HISTORIAS APÓCRIFAS DE UNA VIDA REAL

Ficciones que podrían haberme sucedido, o no

Compuesto por

MARIO SPINA

CON LICENCIA
en el PUERTO de SANTA MARÍA del BUEN AYRE
durante el mes de MARZO del año DOS MIL CATORCE

Publicado por
LEERLIBROSLIBRES.COM.AR

La presente obra fue producida mediante el uso de *software libre* sobre plataforma *GNU/Linux (Linux Mint 16 Xfce).*
La composición, edición y diagramación de páginas se realizó con *Libre Office,* utilizando caracteres tipográficos de la familia *DejaVuSerif.*
Para el pliego de tapas se usó *Gimp* (para la edición de imágenes), *InkScape* (para el diseño vectorial), y tipografía *HVD Bodedo*, produciendo archivos finales en formato .pdf.

Ilustración de tapa: Detalle de *America noviter delineata.*
*A*uct. Jodoco Hondio; H. Picard fecit (realizada entre los años 1637 y 1640).
Esta imagen forma parte del dominio público mundial en razón de la fecha de muerte de su autor y de su fecha de publicación.

La corrección de textos es responsabilidad del corrector, y traductor de inglés > español, *Jesús García Fernández* (jesusgafdez@gmail.com).

Primera edición. Buenos Aires, Argentina, marzo de 2014,
por Leer Libros Libres / http://leerlibroslibres.com.ar.
Contacto con el autor: http://mariospina.wordpress.com.

A Romina Seguí, mi compañera de emociones

Vaya mi agradecimiento a las siguientes personas
que hicieron posible esta edición:

Alicia Curti
Andrés Valle
Carolina Kalbermatten
Cecilia Spina
Charlie Casares Aragona
Claudio Cocconi
Gabriela Labenne
Gabriela Spina
Hernán Gullo
Ivón Renaud Mas
Jesús García Fernández
Josefina Galletti
Laura Lebensztajn
Leonardo Frino
Leonardo Slafer
Lorena Spina
Luis Nantes
Marcelo Di Marco
Micaela Spina
Pau Morey
Paula Vinocur
Romina Seguí
Úrsula Buono
Valeria Espíndola

Ejemplar número

de la primera edición que consta de cien copias impresas, numeradas y firmadas por el autor.

Índice

Pepe, el revolucionario virgen

Ergueta: Además, ¿quién no te dice que eso sea para bien? ¿Quiénes van a hacer la revolución social, sino los estafadores, los desdichados, los asesinos, los fraudulentos, toda la canalla que sufre abajo sin esperanza alguna? ¿O te crees que la revolución la van a hacer los cagatintas y los tenderos?

Erdosain: De acuerdo, de acuerdo… Pero, en tanto llega la revolución social, ¿qué hace ese desdichado? ¿Qué hago yo?

Los siete locos*, de Roberto Arlt*

11 de mayo del 2010, martes de tarde

—Dejate de joder, Pepe, si seguís así nunca vas a cambiar tu realidad.

—Mirá, Ari, yo sé que tus intenciones son las mejores, pero ¿qué querés que haga? No me animo. Dejá, no me presiones.

—¿Presionarte? Eso es imposible, si hasta parece que no tenés sangre.

—Yo pongo mi energía en lo que creo que es útil. El cambio tiene que construirse. ¿Hasta cuándo podemos soportar sobre nuestros hombros el peso del yugo? Tratá de entenderlo si no logramos organizar las bases, nunca vamos a vivir en una sociedad justa, en la que los proletarios reciban lo que realmente merecen por su trabajo. Pensá que sin los brazos de los millones de personas que cada día dan lo mejor de sí mismos, los burgueses y los capitalistas no podrían mantener lo que tienen. Ellos nos necesitan, nos necesitan más que el aire que respiran.

—Sí, claro, "…el cambio vendrá de nosotros, y recién ellos comprenderán…" ya lo aprendí de memoria.

—Y si entendés, ¿por qué insistís con el otro asunto? Sabés que no es mi prioridad.

—¿Sabés por qué? Porque vas a cumplir treinta y dos años y nunca la pusiste. Por eso.

—Sí, tengo treinta y uno, me faltan menos de dos años para los treinta y tres, y a esa…

—¡Dejate de joder con esa boludez de que te vas a morir a los treinta y tres! Si estás bien sanito, gil.

—Para vos es una tontería, para mí, no.

—¿Tontería? Boludez dije. Dale, terminá de firmar esos giros y vamos a tomar una cerveza. Pagás vos. Tengo un rato antes de la facultad.

—Ya termino.

—¿Y si mejor llamamos al Automóvil Club?

—Hace rato que no soy socia, Clara. Cada vez estaba más caro.

—Si querés, llamo yo con mi carné.

—Esperá un poquito más, tiene que arrancar.

—Elena, ¿te conté lo de Carlos?

—No, ¿qué pasó?

—Me parece que anda en algo.

—¿Qué, lo viste, te contaron?

—No, el otro día, a la mañana, mientras se bañaba, le revisé el celular. Tenía un mensaje de una tal Susy. Le decía que lo esperaba a las cuatro.

—¡Ahí arrancó! Yo sabía que mi viejo Renault doce no me iba a fallar. ¿No sería algo del trabajo?

—No sé. Sabés, ya te lo conté, que hace rato no pasa nada. Nunca está en casa, y cuando llega siempre está cansado y se quiere ir a dormir. Pero cuando se va a trabajar está con ganas, hasta se lo ve más contento a la mañana que cuando llega a la noche.

—¿Y que pensás hacer?

—Nada, ¿qué querés que haga? ¿Preguntarle si hay otra para que lo niegue?

—Mirá, nena, te quedan dos opciones. O lo encarás o hacés como que no pasa nada.

—Hay otra opción. Irme.

—¿Dejarlo? ¿Después de casi veinte años? ¿Vos estás bien? Digo, ¿segura?

—De nada estoy segura. De nada.

—Mirá boludo, la flaca esa te está fichando.

—¿Quién? ¿De qué me hablás? Te estaba contando sobre la reunión que quiero armar en el correo para…

—Dejá de hablar de la revolución. Mirala, debe tener veinte años, veintidós a lo sumo. Justo lo que te recetó el doctor.

—¿Qué decís? Mirá si se va a fijar en mí.

—¿Qué, te falta algo? Digo, tenés dos piernas, dos brazos, dos bolas. ¡Usalas!

—Para vos todo es fácil.

—Si no le das bola vos, voy yo.

—¿Y Claudia?

—¿Qué tiene que ver Claudia con ella?

—Ustedes están de novios.

—¿Y desde cuándo eso quiere decir estar preso?

—A veces no te entiendo, Ari. ¿Para qué salís con ella?

—¡Pará, chabón! Ahora, además de revolucionario, sos moralista. ¿Te vas a hacer cura acaso? Mirá que la izquierda y la Iglesia no se llevan bien.

—Bueno, como vos digas. ¿Me vas a escuchar, o no?

—¿Qué cosa?

—Lo de la reunión en el correo con los compañeros.

—Dale, contame. Igual vamos a quedar como unos boludos. La flaca sigue ahí.

—Si logro que los pibes del centro de distribución de correspondencia se plieguen, ya tengo más de doscientas personas.

Si ellos pueden convocar más gente, digamos unas cinco personas cada uno, llegamos a mil. Si esos mil convocan a un promedio de tres cada uno, son tres mil. Si esos tres mil…

—¡Vas a ser como Roberto Carlos!

—¿Roberto Carlos?

—El brasuca ese que cantaba lo del millón de amigos. ¿Y si mejor te hacés un féisbuk, no es más fácil?

—¿Me hablás en serio? Esas cosas están digitadas por corporaciones capitalistas. El cambio debe empezar por el cara a cara. Hay que conocerse, entenderse, compartir experiencias, lograr confianza entre los integrantes de cada célula. Recién en ese momento podremos marchar juntos para construir una sociedad justa y libre.

—En el féisbuk podés ver las caras, compartir, y ¡además hay cada minita! A vos te vendría bien. Te hacés uno, ponés un par de fotos bien sacadas, y empezás a chamuyarla de zurdito. Vas a ver cuántas pendejas se enganchan.

—A veces pienso que con vos pierdo el tiempo. Para vos todo tiene que ser fácil, lo que está servido por el sistema es Dios.

—¿Viste? Yo tenía razón, ahora hablás también de Dios. ¿Querés otra birra?

—No entendés nada.

—Mirá, yo sé que existen dos verdades: la oferta y la demanda. Esa mina está del lado de la oferta y vos, Pepe, del de la demanda.

—Siempre lo mismo, vos en lo tuyo y nunca me escuchás.

—Bueno, al fin algo en lo que nos parecemos. Viste, en el fondo somos similares, por eso nos llevamos bien.

—Sí, Ari, en el fondo nos parecemos. Y dale, pedí otra cerveza.

—Hola, Toto, ¡llegó mami! Totito…, ¿dondé estás? Vení, que te pongo comida… Toti…

—Hola, má ¿con quién hablabas?

—Hola, nene. Llamaba a Toto. No sé por dónde anda.

—Y muy lejos no debe haber ido, estamos en un sexto piso.

A no ser que sea suicida y se tire por el balcón. Fijate en la cama o en la vereda. Si es la primera opción, está durmiendo, si es la segunda, avisame, así bajo a limpiar.

—¡Acá está el negrito de mami! Venga, mi amor, venga que le doy una latita de atún.

—¿Qué tal tu día, má?

—In-ter-mi-na-ble. Hoy los chicos estaban insoportables, y para completar la función vino la supervisora; esa es peor que todos los chicos y los padres juntos.

—¿No pensaste en pedir un cambio de tareas? Quizás algo más tranquilo, administrativo podría ser.

—¡Ni loca! Sabés que me encantan los chicos, es solo que estoy un poco cansada, nada más.

—¿Fuiste al médico?

—Sí, a la mañana.

—¿Y, qué te dijo?

—¿Qué pensás? A ver..., arriesgá.

—Te mandó a hacer estudios.

—¡Bingo! De sangre y orina completos y un hepatograma.

—¿Hepatograma?

—Sí, me dijo que el cansancio puede ser hepático. También puede ser la tiroides, pero es más sencillo el hepatograma, para ir descartando; y me habló del estrés. Qué se yo. Parece que tienen un librito y de ahí no salen. Nunca te preguntan nada de tu vida, no les interesa. Solo análisis y remedios.

—Si querés que te pregunten, andá a ver a un sicólogo o a un médico naturista. El clínico te va a mandar análisis para poder derivarte. Sabés que es todo negocio.

—Bueno, cambiemos de tema, ¿qué querés cenar?

—¿Qué hay?

—Milanesas, ravioles, pollo, arroz...

—Unas milanesas con puré. ¿Hay zapallo?

—¿Mixto?

—Cómo me conocés. Sí, mixto, papa y zapallo.

—El auto empezó a fallar otra vez. El arranque.

—Y ya no da más el pobre. Tiene más de veinte años.

—Yo a los veinte era una piba.

—Sí, me lo imagino; casi que lo recuerdo, yo tenía dos años. Pero al auto no lo cuidaste.

—Mañana lo llevo al taller.

—Eso ya lo escuché, má.

—No me retes. Vení, dame un abrazo, lo necesito. ¿De veras te acordás cuando eras chiquito?

—Algo. Me acuerdo de la pieza, del patio y de un pájaro en un jaulón. Un pájaro chiquito, blanco, en un jaulón grande, también blanco.

—Eras tan hermoso. Tenías el pelo bien negro, lacio. Te gustaba que te cantara canciones suaves, siempre fuiste sensible.

Por más que Elena seguía hablando, recordando a Pepe de pequeño, él ya no la escuchaba, se había quedado veintinueve años atrás, en el patio de su casa, jugando con el osito *beige*. Osi lo acompañaba desde el día en que nació, se lo había regalado su abuelo cuando lo fue a conocer al hospital.

De ese día guarda de recuerdo la pulserita que le pusieron para identificarlo entre los otros recién nacidos. "Elías Raúl Cánepa 5/9/69" es lo que apenas se lee en su superficie gastada y borrosa. En realidad, era uno de los recuerdos que guardaba Elena en su cajita marrón, junto a unos anillos de la madre y el primer diente de leche de su hijo. Pepe la tomó como un trofeo, la piedra fundacional que demuestra que él nació en pleno siglo veinte, unos meses después de la expansión imperialista más allá de los límites de la Tierra. Quizás sea ese uno de los motivos de su lucha permanente contra el sistema occidental.

"Me quedan menos de dos años", pensó. La revolución tiene que ser ahora, es la única salida a tanta miseria y explotación.

El revolucionario —profesor de historia recibido en la Universidad de Buenos Aires, que desde joven decidió no dedicarse a su profesión y optó por el camino de incorporarse al Correo Argentino

como forma de ser obrero y estar cerca de los suyos— piensa, siente, que sus días terminarán cuando cumpla treinta y tres. Por ese motivo está decidido a comenzar con el cambio social lo antes posible: desea vivirlo y ser uno de sus artífices.

—¡Pepe! ¿Me escuchás?

—Disculpame, má, me perdí entre pensamientos.

—¿Podés ir hasta lo del chino y comprar aceite? Queda muy poco, no va a alcanzar para las milanesas.

—El pajarito blanco.

—¿Qué pajarito blanco?

—El del jaulón, en el patio. ¿Era nuestro?

—Del abuelo. Era el único que había quedado después que se enfermaran todos los demás. Tenía más de veinte.

—¿Por eso el jaulón grande?

—Sí. Después que se murieron los otros no quiso traer más pájaros. Ese, el blanquito, vivió como cinco años más. El abuelo siempre decía que cinco años era mucho tiempo para un canario solo.

—Quizás sea más fácil vivir en soledad.

—Más vale solo...

—¡Eso es un cliché má! Es el consuelo de los que no encuentran con quien compartir la vida.

—Gracias por el piropo. ¿Y vos?

—¿Aceite de girasol? ¿Algo más hace falta?

Cuando salió a la calle, se dio cuenta de que había refrescado. Las dos cuadras por Carabobo hasta el mercadito se hicieron sentir. La vereda colmada de hojas secas le recordó que mayo promediaba. El pensamiento de que el mes siguiente comenzaba un nuevo mundial de fútbol le cayó como un balde de agua fría.

—Odio el fútbol —se dijo en voz baja—. Voy a tener que planear la primera reunión para después del mundial. Si convoco ahora, no va a servir de mucho. Lamentablemente, en Buenos Aires, cuando

hay un mundial, no se puede hacer gran cosa, y menos una revolución.

"De cada cual, según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades". Eso voy a exponer y dejar al descubierto: las necesidades que tenemos los proletarios en esta sociedad burguesa. El discurso tendrá que ser más que una sucesión de palabras, tengo que poner de manifiesto los hechos y así lograr que cada uno comprenda que las necesidades reales nada tienen que ver con el bombardeo consumista irreal, sino con la vida, con lo básico. Sin cimientos sólidos no podremos construir nada, y justamente de la construcción de una sociedad justa es de lo que hablará mi propuesta.

—Catolce peso. ¿No tenel más chico?

—No. ¿Te doy cuatro de cambio?

—Sí, glacia.

"Los comunistas consideran indigno ocultar sus ideas y propósitos. Proclaman abiertamente que sus objetivos solo pueden ser alcanzados derrocando, por la violencia, todo el orden social existente. Las clases dominantes pueden temblar ante una revolución comunista. Los proletarios no tienen nada que perder en ella, más que sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo que ganar".

Pepe no podía alejar de sus pensamientos lo escrito por Marx. Todos los días, antes de acostarse, repetía estas palabras como una oración religiosa. Recién en ese momento se sentía en paz consigo mismo como para descansar.

12 de mayo del 2010, miércoles de mañana

A diferencia de la mayoría de los mortales que tienen un trabajo rutinario, a Pepe no le molestaba pasar sus días —"de lunes a viernes de 10 a 18 y los sábados de 10 a 13", como solía decirles a los clientes— en esa sucursal del correo. Al contrario, a

él le servía como motivador revolucionario. Estar en contacto con la gente, con mucha gente, aunque más no fuera por un par de minutos, le traía permanentemente a la cabeza todo lo que tanto despreciaba del capitalismo. Siempre estaba dispuesto a escuchar una queja, a ayudar cuando le era posible, a ponerse en el lugar del otro.

Esta forma de ser le sirvió en gran medida para ganar amistades de muy diversa condición social: desde el desocupado que tramitaba algún subsidio, pasando por los empleados de los más diversos rubros, algunos comerciantes, pequeños empresarios, profesionales y hasta amas de casa. Este conjunto formaba, lo que él llamaba "la masa crítica", con la que contaba para las primeras acciones revolucionarias.

Lo que más le molestaba, y a la vez más lo motivaba, eran las personas que venían a tramitar un telegrama de renuncia. Eso le daba asco, le revolvía profundamente las tripas. "¡Ja, renuncia! ¿Quién, en estos tiempos, va a renunciar por su propia voluntad?". Siempre se repetía esta pregunta, a veces en voz alta, llamando la atención de su cliente; de sus compañeros ya no, lo conocían y sabían cómo opinaba. Estos renunciantes eran víctimas, humildes trabajadores a los cuales empresarios burgueses convencían con argumentos falaces para que enviaran ese documento postal que los alejaba de cualquier reclamo. A muchos despedidos-renunciantes los había podido frenar, explicándoles sus derechos y sugiriéndoles que se acercaran a algún sindicato o a algún abogado, por más que Pepe desconfiaba de ambos. De los primeros, por responder a intereses políticos mezquinos, y de los letrados, por ser una de las lacras del sistema capitalista. Sabía que en ambos bandos había algunas excepciones, pero eran las menos. "Si tan solo fuéramos fieles a la ética y no le hiciéramos a otros lo que no nos gusta que nos hagan" era otro de sus pensamientos habituales, plasmado en un cartelito escrito a mano en letra de imprenta que había pegado en la pared, a la entrada de la sucursal.

—Che, Pepe, hablé con Suárez, el del centro de distribución. Le dije que querías armar una reunión con los pibes. El muy turro me dijo, cagándose de risa: "¿El zurdito quiere hablarnos? Era hora que se decidiera". Parece que ya sabía algo.

—Alguna vez hablé con él. Es un buen tipo, con un humor bastante ácido pero buena gente. A pesar de ser el coordinador de la sección, varias veces se la jugó por los suyos, los muchachos lo respetan y lo aprecian.

—Llamalo, te está esperando.

—Gracias, Ari. ¿Por qué lo hacés?

—¿Qué hago?

—Ayudarme. Vos no creés en el cambio. Para vos el mundo está bien así.

—Por vos, loco.

Pepe se quedó pensando en estas últimas palabras de Aarón.

—Lástima que no crea en que hace falta cambiar— se dijo en voz muy baja.

—Sos una perseguida. Ya me tenés los huevos al plato.

—Claro, el señor no encuentra argumentos y entonces me tira el tema a mí. ¡Sos un sorete!

—¡Pará, loca de mierda! Ya te dije que no hay nadie más, que Susy es la asistenta de Moyano, el tipo de sistemas.

—¿Y por qué te esperaba a las cuatro?

—Ya que me espiás el teléfono, aprendé a leer. El mensaje decía "que me esperan a las cuatro", con ene final, en plural. Me esperaban Moyano y la gente que viene a presentar el nuevo sistema de gestión contable.

—Y entonces, ¿por qué no me das bola? Estoy cansada de tocarme sola.

—Si querés, te compro un consolador.

—No, dejá. Mejor me voy a conseguir un chabón que tenga un buen pedazo.

—Clara, pará. Nos estamos yendo a la mierda. Bajemos un cambio. Estoy cansado, la empresa tiene deudas muy grandes y yo estoy a cargo. En lo que menos pienso es en coger.

—Enterate que yo sí pienso, y bastante seguido. Entiendo lo que decís, pero no soy boluda. Si seguís así, te va a dar un bobaso o se te va a tapar una arteria en la cabeza. Relajate, Carlos, permitite disfrutar un rato.

—No puedo. No puedo.

12 de mayo del 2010, miércoles al mediodía

—Hola.

—Buen día, con Suárez, por favor.

—¿De parte?

—Cánepa, de la sucursal Caballito.

—Momento...

—¿Cánepa? ¿Cómo andás, pibe? ¿Cuándo venís para empezar con la revoluta?

—Buen día, Suárez. De eso quería hablar. Había pensado charlar con los muchachos, por eso lo llamo.

—Sí, ya sé. No des más vueltas, ¿cuándo?

—¿Le parece el lunes? A las siete, cuando terminan de trabajar.

—No, pibe. El lunes siempre falta alguno, y después del trabajo no se va a quedar ni el loro. Mejor el martes a las cuatro de la tarde, así están todos.

—Gracias, Suárez. Sabía que podía contar con usted.

—Mirá, pibe, yo hace rato que dejé las ideologías, pero me gusta que haya gente como vos. Además, la mayoría de estos pibes no tienen ni idea de que si quieren cambiar algo tienen que juntarse. Mirá que están en otra, mucha tele, mucha boludez, te va a costar. Si hasta trabajan con los auriculares puestos, aislados del mundo.

—Haré lo posible para que entiendan.

—Escuchame, ¿tenés algún panfleto que explique algo?

—No, pero lo puedo hacer en la computadora.

—Traémelo ese día temprano, que acá le saco fotocopias.

—Gracias de nuevo, Suárez. Muchas gracias.

—No me agradezcas. Te escucho hablar y es como si los años no hubieran pasado. Me vuelve a correr la sangre. Quizás no fue al pedo tanta muerte y tanto sufrimiento. Contá conmigo, pibe.

—Y que querés, me negó todo.

—¿Le creíste?

—La verdad es que no, por más que me explicó todo el asunto del mensaje, quién era esa Susy y por qué se lo había enviado. No sé, hay algo en su mirada, en el tono de la voz, que me da que pensar.

—¿Y qué pensás hacer?

—Por ahora, estar atenta y acomodar mis ideas.

—No hagas ninguna tontería, nena.

—No te preocupes. Gracias por estar.

—Te quiero, tonta, y quiero que estés bien. Te lo merecés.

Ari tenía una idea que se había convertido en una obsesión. Quería convencer a Pepe para que, además de hacer la revolución social, hiciera su propia revolución personal. Tenía que presentarle una mujer que lo ayudara a descubrir el mundo sexual. Pensaba que recién en ese momento su amigo podría ser un hombre hecho y derecho, como le había dicho su padre en esa charla que tuvo con él hacía más de diez años.

“Pobre Pepe —pensaba Ari— él se crio con Elena. Ella es una muy buena madre, pero hay charlas que solo se tienen con otro hombre, y si ese hombre es el padre, mucho mejor”.

Aunque era más joven que el amigo, tenía veintisiete, su pensamiento era bastante tradicional, venía de una familia de clase media, de tradición judía, y por más que renegaba de los duros conceptos y creencias religiosas de sus padres, ellos lo habían criado en un hogar donde se pensaba que el hombre no debe estar solo. “Con ellas es difícil vivir, sin ellas sería imposible” siempre le decía su padre.

Ari se sentía responsable de tener una charla de padre a hijo con Pepe. Un padre cuatro años menor que el hijo.

—Pero mi jefe me pidió que le enviara un telegrama de renuncia.

—Te entiendo, pero ¿vos querés renunciar? ¿Tenés otro trabajo?

—No.

—Y entonces ¿por qué lo hacés?

—Es que él me dijo que ya no me necesitaba.

—Entonces te tiene que despedir. Mirá, en un rato cerramos. Si querés, esperame en el bar de la esquina y te explico mejor. Si no quedás conforme con lo que te digo, venís mañana temprano y le mandás el telegrama. ¿Te parece bien?

—Bueno, parece que usted sabe de esto. Está bien, lo espero en el bar. Mire que no tengo plata.

—No es por plata, es una cuestión de principios y de justicia. No te preocupes, el café lo invito yo.

—¿Puede ser una coca? No tomo café.

—Sí, dale. Ahora voy.

—Vos seguí así, boludo. ¿Por qué no te ponés un consultorio sentimental? Quizás hasta enganchás alguna mina.

—*Ari, el solidario* ,te voy a bautizar.

—Y a vos *Pepe, el bolú*. Parecido al zorrino de los dibujitos. Bueno, en realidad no tanto, el bicho ese se la pasaba tratando de darle a la gata. Che, ¿no serás trolo vos?

—Sabés que me gustan las mujeres, solo que no se me dio todavía, nada más.

—Eso de “no se me dio” parece el discurso de un burrero después de pasarse el día en el hipódromo, en el micro de vuelta sin un mango en el bolsillo. Pepe, estas cosas no se dan, tenés que buscarlas.

—Pensé que no venía.

—Disculpame. Tuve que hacer la caja, había una diferencia, faltaban noventa pesos.

—Está bien. Por favor, cuénteme cómo es eso del despido.

—Me podés tutear; decime Pepe.

—Mucho gusto, Pepe, yo soy Maxi —le contestó el joven estrechándole la mano.

—Mirá, Maxi, la cosa es sencilla. Si tu jefe quiere que te vayas, te tiene que despedir. Tiene que enviar un telegrama de despido y, según lo que me dijiste, si no tiene motivos para echarte, te debe pagar lo que manda la ley. ¿De qué gremio son en la empresa?

—No sé, venden repuestos de tractores.

—Deben ser de comercio. Te recomiendo que vayas al sindicato. Ellos te van a asesorar mejor, van a calcular lo que te corresponde cobrar.

—Y si no renuncio, ¿qué me puede pasar?

—Nada. Como mucho te van a echar. Si vos renunciás, perdés todos tus derechos a una indemnización, o sea, te pagan el sueldo de este mes y nada más. Si te despiden, te tienen que pagar el valor de un mes de sueldo por cada año trabajado más lo que te corresponda por aguinaldo y vacaciones. Una pregunta, ¿en tu recibo de sueldo dice lo que cobrás, o tiene un valor menor?

—No sé, hace tres meses que no me lo dan. Pero antes decía que trabajaba media jornada, y en realidad trabajo diez horas.

—¡Qué hijos de puta! Perdón, Maxi, sé que es una grosería, pero estas cosas me sacan, me indignan.

—Está bien. Yo te agradezco mucho. Mañana temprano voy al sindicato, aprovecho que tengo que trabajar en el turno de tarde.

—Lo que necesites, contá conmigo.

—Hola.

—¿Elena?

—Sí, ¿quién habla?

—Claudia, la novia de Ari, el amigo de Pepe.

—Hola, linda, ¿cómo estás?

—Bien, bueno, más o menos.

—¿Qué te pasa, nena?

—Mire, la llamo porque quiero preguntarle algo. En realidad no sé con quien hablar y se me ocurrió que quizás usted, bueno, si no es mucha molestia, me podría ayudar.

—Dale, nena ¿qué pasa?

—Vea, Elena, en realidad usted puede pensar que yo soy una tonta, después de todo nos conocemos muy poco. Digo, si no me sintiera tan confundida, no la molestaría, disculpe...

—Ay nena, cuánto misterio. Relajate, si se te ocurrió llamarme es por algo. Tranquila, decime qué te sucede.

—Es Ari.

—¿Le pasó algo? ¿Está bien?

—Sí, no se preocupe. No es eso.

—Y entonces...

—Lo que pasa es que creo que Ari anda en algo, con otra mujer, eso es.

—¿Ari? ¿Segura?

—En realidad no estoy segura de nada. Lo veo poco. Siempre tiene algo que hacer, entre el trabajo y la facultad casi nunca está para mí. Por eso la molesto, para preguntarle si usted sabe algo.

—¿Yo? No, la verdad que ni idea. Hace bastante que no lo veo.

—¿No estuvo el lunes en su casa?

—¿El lunes? Yo no lo vi. Pero esperá, el lunes fui a pilates después del colegio, llegué a casa como a las nueve y media. Pepe estaba solo en su habitación, escribiendo.

—Porque a mí me dijo que cenaba con Pepe, que lo iba a ayudar con algo, no me dijo con qué.

—Quizás vino antes, pero cenamos los dos solos y después Pepe se fue a su habitación a seguir escribiendo. Yo vi una película, me acosté como a las doce y media. Después no sé. Pero acá no cenó.

—Entonces tengo motivos para desconfiar.

—Bueno, mirá, que no haya cenado acá no quiere decir que haya salido con otra. No te atormentes, no sirve. Tranquilizate.

—Pero no sé qué pensar.

—Calmate. ¿Por qué no hablás con él?

—Ya hablé. Bueno, le pregunté si había otra y me lo negó. Pero la verdad es que mucho no le creí, no sé, había algo en su mirada que no me inspiraba confianza. Está bastante cambiado.

—Mucho más que sugerirte que vuelvas a hablar con él no te puedo decir.

—¿Usted puede preguntarle a Pepe? Digo, si sabe algo.

—Bueno, está bien. Dejame ver qué puedo hacer. Llamame mañana y te cuento.

—Gracias, Elena. Muchas gracias.

—No tenés que agradecer. Todavía no te ayudé en nada. Tranquilizate.

—Bueno, mañana la llamo. ¿A esta hora?

—Sí, entre las seis y media y las siete, que estoy sola.

—Gracias. Hasta mañana, Elena.

—Hasta mañana, linda. Y relajate.

—Bueno, parece que me toca el turno de hacer de sicóloga y de investigadora. Primero Clara y ahora esta chica. Sigo pensando que mejor sola... —musitó Elena mientras colgaba el auricular con la promesa de averiguar algo que confirmara, o diera por tierra, las sospechas de la joven.

13 de mayo del 2010, jueves de mañana

Desde la noche anterior, Pepe no podía pegar un ojo. Sentía una rara mezcla de ansiedad, tensión y alegría ante la inminente reunión con los compañeros del centro de distribución.

Esa mañana, y debido a su cúmulo de sensaciones, se levantó con una fuerte descompostura, retorcijones incluidos, por eso ese jueves no fue a trabajar, muy a pesar de él mismo.

Faltar al trabajo producía en Pepe sequedad en la garganta,

tensión en los hombros y hasta llegaba, ocasionalmente, a sentir palpitaciones. Para él había una sola cosa más importante que el cumplimiento, y eso era lograr hacer realidad su sueño libertario, o como a él le gustaba nombrarlo, “el principio del cambio de los paradigmas burgueses”. Este fin bien valía que ese día incumpliera sus obligaciones laborales.

Cuando Elena se levantó y vio a Pepe en pijama, sentado en la cocina tomando un té con limón, rodeado de papeles, anotaciones, libros y varias lapiceras de colores, no pudo disimular su sorpresa y preocupación. A esa misma hora él siempre estaba listo para salir al trabajo.

—¿Qué pasa, bebé? ¿Te sentís mal?

—Hola, má, ya te dije un montón de veces que hace rato no soy un bebé. Sí, me siento mal, bastante descompuesto, hoy me quedo.

—¿Tomaste frío? ¿Te pasó algo?

—Estoy nervioso. El martes tengo una reunión importante con la gente del centro de distribución. Eso se ve que me afecta. Me quedo, descanso y de paso termino de armar el material para la reunión.

—¿Reunión de trabajo?

—De militancia, má. Quiero que los compañeros entiendan que si no empezamos a trabajar para un cambio de raíz, siempre vamos a estar igual, sometidos.

—Me gustan tus ideales, siguen intactos, el sistema no pudo con vos.

—Ni va a poder, nunca. Estoy convencido de que si nos quedamos con los ideales guardados. y los brazos cruzados, no hacemos nada para llevarlos al terreno de los hechos. Por eso quiero pasar a la acción.

—¿Tenés apoyo? De algún compañero o de alguien.

—Ari habló con el jefe del centro de distribución, Suárez se llama. Le contó lo que yo quería hacer. Suárez dijo que lo llamase, lo hice el miércoles.

—¿Y qué te dijo?

—Me dio su apoyo. Él me arma la reunión el martes a las cuatro de la tarde, cuando están todos. A esa hora los carteros ya están de vuelta del reparto. Me dio la impresión de que Suárez fue militante, parece un buen tipo.

—¿Necesitás ayuda? ¿Puedo hacer algo?

—Gracias, má, por ahora me arreglo. Si veo que la gente responde, había pensado que quizás me puedas dar una mano en la escuela, donde vos trabajás.

—¿La escuela? ¿Qué tenés pensado?

—Mirá, una revolución necesita de dos tipos de personas. Por un lado, hacen falta los que están dispuestos a entrar en acción y, por otro lado, gente con capacidad de conducción, que puedan aportar al debate de ideas. Por eso pensé en maestras y maestros, gente preparada para comunicarse con grupos de personas y que además tengan necesidades insatisfechas por ser trabajadores.

—Mirá, Pepe, muchos de los que conozco tienen la postura de dejar las cosas como están. Tienen hipotecas, autos, les gusta poder comprar un plasma, un celular con Internet o tomarse dos meses de vacaciones. No sé a cuántos vas a poder encontrar que compartan tus ideas.

—Igual lo quiero intentar. ¿Me vas a dar una mano?

—¡Por supuesto! Vos decime cuándo. Si querés, puedo empezar a comentar algo.

—¡Esa es mi madre! Esperame hasta después de la reunión en el correo.

“Sicóloga, investigadora y ahora también revolucionaria”, pensaba Elena mientras escuchaba a su hijo.

—Pepe, tengo que preguntarte algo. La verdad es que no lo iba a hacer tan directo, pero a vos no te puedo dar vueltas.

—¡Cuánto misterio! ¿Qué pasa, má?

—Es sobre Ari.

—¿Ari?

—Sí. Ayer me llamó Claudia, la novia...

—¿Para?

—Anda preocupada. Bueno, preocupada es una forma sutil de decirlo, sonaba más bien perseguida. Piensa que Ari la engaña.

—¿Y por qué te llamó a vos?

—Para preguntarme si el lunes Ari había estado cenando acá, con vos.

—El lunes... El lunes yo estuve acá, escribiendo. Me acuerdo porque estuve todo el día con algunas ideas en la cabeza, por eso vine directo del trabajo. ¿Y por qué no le pregunta a él?

—Ya lo hizo. Dice que le negó que haya otra. ¿Vos sabés algo?

—¿De qué Ari tenga otra? No, ni idea. Él no suele contar mucho de sus cosas personales, con esos temas es más bien reservado.

—Pero ustedes hablan bastante, son amigos.

—Sí má, pero no sé nada. Que Claudia haga o piense lo que quiera, pero te aviso de que yo no me meto en el medio, esas cosas terminan mal.

—Tenés razón. La tendrías que haber oído, está muy perseguida, nerviosa, no sabe qué hacer.

—No es nuestro tema, má.

—Está bien, está bien. Solo que me pongo en su lugar, eso.

—No estás en su lugar.

—Bueno, vos tampoco estás en el lugar de las masas oprimidas y, sin embargo, querés hacer algo.

—Es distinto... Y yo sí que estoy cerca de los trabajadores, me identifico plenamente, soy uno más.

—Y yo con Claudia, lo que le pasa a ella me podría pasar a mí.

—Lo que les pasa a los trabajadores también te pasa a vos. Y eso no es condicional, es real.

—Pará, Pepe, no todo es hacer una revolución. A la gente, a nosotros, nos pasan cosas todos los días, cosas más pequeñas que una revolución, pero muchas veces más profundas, como estar enamorada.

—Má, no hay nada más profundo que una revolución. Ella es el cambio total, cualquier otra cosa, grande o pequeña, girará a su

alrededor. El cambio es necesario, imprescindible. No podemos seguir así, con todo como está establecido. Hay que producir una ruptura en este sistema, después habrá tiempo para todo lo demás. Y sobre el amor, no hay acto de amor más profundo e intenso que una revolución; justamente de amor y de odio se trata.

—¿Sabés algo? Te discuto y con tu respuesta confirmo que te entiendo y que te seguiré apoyando. Cuando yo pude hacer algo, no se podía hacer nada. Los ideales quedaban bien guardados; si llegaban a salir a la luz y se daban cuenta, estabas en problemas. Y yo no me podía dar ese lujo, tenía un hermoso bebito que cuidar.

—Sí, ya sé, pero el bebito creció.

—¡Qué tarde se me hizo! No importa, esta charla valió la pena, hijo. Desayuno en la escuela.

—Que tengas un buen día, má.

—No lo dudes, ya empezó bien.

Cuando Pepe se quedó solo pudo volver a concentrarse en la reunión del martes. En los últimos meses había juntado bastante información sobre el deterioro permanente, y constante, de los salarios en los últimos quince años. Tomó la decisión de poner como fecha de inicio de la recopilación de material el año 1985. Por más que no congeniaba ni compartía casi nada con el gobierno radical que asumió en 1983, posdictadura asesina, definió los dos primeros años de ese gobierno elegido por la mayoría como período suficiente para, aunque fuera, proponer algún cambio en el sistema. Aunque en su fuero íntimo sabía que ese gobierno de tibios no haría nada innovador, había prometido bastante en la campaña electoral y, con la oposición debilitada (el partido opositor principal —el justicialismo— venía de su peor fracaso como gobierno devenido en una derecha represora), tuvieron la oportunidad histórica de producir algún cambio, pero fueron incapaces. Y esa no fue la única vez: la historia se repetiría quince años después. En el medio, otro fracaso: el primer caudillo provincial en llegar al poder defraudaría en sus dos períodos de

gobierno; seguiría con el modelo y lo potenciaría hasta niveles increíbles, sirviendo (de servidumbre) a los sucios intereses del imperio. Luego pasaron varios presidentes, algunos duraron un día, hasta que comenzara —en 2003— el período que más cambios produjo en la economía nacional, llevado adelante por un exgobernador y su esposa. Si bien durante los primeros años el país repuntó, los cambios de fondo nunca se llegaron a producir la política siguió en manos de inescrupulosos que solo buscaron el bien propio. La economía de este período funcionó a fuerza de asistencialismo, subsidios y negación de la realidad. Para Pepe, otra profunda desilusión.

—¡Qué bueno, Janis Joplin en la radio! Lástima que en seguida pasarán una publicidad de líquido lavavajillas. Una de cal y muchas de arena, ¿y el cemento para cuándo? —se dijo a sí mismo en voz baja.

Lo que más le indignaba era el hecho de que cada nuevo gobierno no propusiera nada. En realidad, proponer, siempre proponían, prometiendo en sus campañas un paraíso, pero gradual y permanentemente se continuaba favoreciendo a los mismos intereses, regalando nuestras riquezas naturales y, fundamentalmente, las humanas: espaldas, brazos y capital intelectual del pueblo; y que con ese regalo constante se continuara condenando a las futuras generaciones al sometimiento y a la degradación.
Y encima este regalo se pagaba, ya que cada gobierno reconocería la deuda fraudulenta contraída con los buitres internacionales. Asco, eso sentía. Y ese asco lo acercaba cada vez más al odio, y el odio era puro amor.

Con esos datos de esta década y media, y su profundo convencimiento, encararía la reunión en el correo. Sabía que no podría evitar sus sentimientos, se conocía. Decidió no ir contra sí mismo. Lo único que intentaría sería comenzar la charla con tranquilidad, exponiendo el conflicto para recién después plantear la posible solución. En ese momento podrían aparecer sus sentires,

recién allí, de lo contrario la gente se alejaría, lo podrían ver como alguien peligroso. Y él no era un individuo peligroso para sus compañeros, lo era para el sistema. Cuando se pensaba en ese rol, se veía invencible. Ese era el verdadero Pepe, el que sentía orgullo de ser él mismo.

—¡Lástima que los superhéroes sean siempre imperialistas! —dijo en voz alta y con bronca.

—Hola.

—¿Qué acelga? ¿Te duele la pancita?

—Hola, Ari. Sí, ando medio descompuesto, estoy entre nervioso y ansioso.

—Me imaginé. Para que vos faltes al laburo tiene que haber un gran motivo... ¿Algo parecido a una revolución, o la pusiste?

—Desde anoche, casi no dormí. Sí, es por lo del martes, estoy con eso.

—¿Necesitás algo? ¿Unas buenas tetas quizás?

—No, gracias, Ari.

—¿Vas a estar a la tarde? Así paso un rato, por unos mates. Si te sentís mejor, si no con un vaso de sevenap dietética sin gas me conformo.

—Dale, venite. ¿A qué hora salís?

—A eso de las siete, quizás antes. Hoy no vino mi jefe, si puedo me rajo temprano.

—Ojo, Ari. Dejá la caja hecha y los giros sellados y...

—Sí, papá, voy a hacer la tarea. Te veo después.

—Dale, abrazo.

—Otro.

—Necesito hablar con vos, Elena.

—¿Clara? ¿Qué pasa? Estoy en la escuela, atendí porque justo es hora libre.

—¿Podés hoy?

—Salgo a las cuatro y media. Si querés, te veo en el barcito, frente a la escuela.

—Dale, gracias.

—Ahora también hago terapia de urgencia, y lo peor es que me está gustando —se dijo la maestra a sí misma, como si hablara con una amiga.

13 de mayo del 2010, jueves de tarde

—¿Quién es?... Bajo a abrirte.

Mientras Pepe esperaba el ascensor pensaba que no tenía galletitas para el mate, solo había de las de salvado de Elena, pero esas eran como decía él mismo “in-co-mi-bles”, con la separación silábica bien marcada. Se le vino la imagen de unas medialunas recién horneadas; en ese momento se dio cuenta que ya se sentía mejor. El hecho de haberse quedado en casa, preparando la reunión del martes, y la dieta autoforzada, surtió el efecto esperado, y ahora tenía hambre.

—Hola, Ari. Pasá.

—Tomá, Pepe. Como a vos te gustan, de grasa y calentitas.

—Sos un genio. Me conocés bien.

—Y sos mi amigo, mi jefe y me das consejos de padre, ¡como para no conocerte! ¿Te sentís mejor?

—Sí, mucho mejor. Más tranquilo y con hambre.

—Buenísimo. No tenía ganas de sevenap. Ahora te preparás unos amargos y le hacemos el honor a estas preciosuras.

—Dale, tengo yerba misionera, de la que está estacionada y secada al sol. Bien gustosa, suave y nada ácida.

—Justo lo que me recetó el médico para después del laburo: mate, medialunas y una buena charla. ¡Ah!, antes de que me olvide. Vino un chabón, un tal Maxi, te buscaba. Me lo pasaron a mí. Me dijo que te diera un abrazo, que estaba muy agradecido por lo que le dijiste del laburo y sobre el hecho de que no renunciara. Fue al sindicato y le dijeron lo mismo. Si lo rajan, le corresponden como veinte lucas. El pibe estaba feliz, dijo que ni loco renunciaba.

También te trajo bizcochitos de grasa, de regalo. Estaban ricos, tomá, te traje la bolsita, quedaron dos.

—¡Sos increíble! Eran para mí.

—Bueno, te compro un paquete. Estaba cagado de hambre, vino como a las doce.

—No, dejá. No es por los bizcochitos. Estas cosas me emocionan y confirman que estoy en el camino correcto. Si ese chico no se enteraba de sus derechos, iba a ser otra víctima más de este maldito sistema.

—Sabés, te voy a terminar dando la razón.

—Sí, lo sé. Sé que vas a luchar en esta revolución. Estoy seguro de eso.

—¡Pará! Momentito. A mí eso de luchar mucho no me cabe. Te doy la razón y te apoyo. Si querés, te armo un perfil o mando *mails* convocando. Hasta podría hacer prensa, pero la lucha no es para mí.

—Ari, entendé que la lucha es cosa de todos. Y luchar no es solo tomar las armas, hacer la prensa y comunicación también es una forma de lucha.

—Che, me gusta. En esa me prendo. ¿Cómo me ves? El RR. PP. de la revolución.

—Pará, loco, hay cosas que definir y condiciones que conversar.

—Sos el líder revolucionario, vos mandás.

—¿Y vos lo conocés?

—Sí, trabaja en el mismo correo que Ari. Estaría bueno que se conozcan, podríamos salir los cuatro.

—No sé, estoy en un momento complicado..

—Vas a ver que te gusta. Es bastante intelectual, justo para vos.

—Bueno, una salida. No te prometo nada...

Los motivos que llevaban a Claudia a que Silvia y Pepe se conocieran eran bastante más amplios y complejos que lo que la morocha de ojos pardos podía imaginar. Si bien era cierto que

Claudia conocía la realidad del revolucionario con respecto a las mujeres, también deseaba acercarse a Ari, a quien perdía poco a poco. Por eso pensó que Silvia podía servir a ambas causas, una mujer para el hombre solo y salidas en grupo, lo que le aseguraría compartir más tiempo con Aarón. Solo faltaba lo más difícil, que Pepe se interesara por la amiga. Resolvió no contarle nada a nadie, lo haría a su estilo.

—Buenas tardes, ¿le traigo la carta?

—No, está bien. Espero a una amiga y le pedimos juntas.

—Cómo no, señorita.

—Gracias.

Mientras Elena esperaba a Clara pensaba en Claudia. Esa situación le traía recuerdo de cuando el padre de Pepe la abandonó. Ella estaba embarazada de dos meses, luego de escucharla sencillamente desapareció. Ni los padres sabían dónde se había ido, o por lo menos eso dijeron. Con el tiempo comprendió que, por más dura que hubiera sido esa época, había construido su vida sin depender de nadie. Eso la hacía sentir plena y muy satisfecha. Desde ese momento no sintió necesidad de la compañía de un hombre, se dedicó a su profesión y a la crianza de su hijo.

—Hola, nena, ¡qué pensativa estás! ¿Te pasa algo?

—Siempre pasa algo. El día que no me pase nada va a ser muy triste, y si ese día llega, lo que me va a pasar será eso, nada.

—Y eso que te pasa, ¿querés compartirlo?

—Pensaba.

—Sí, me di cuenta. ¿Te acordás de que esta conversación empezó cuando entré y te vi pensativa?

—Sí, claro.

—No, Clara.

—Tonta. Bueno, contame. Me dejaste intrigada con tu llamado telefónico.

—Conocí a alguien. Por eso no fui a la escuela.

—¡Contame! ¿Quién es?

—Ayer, cuando salí del colegio, en el súper.

—Si va al supermercado, solo puede ser por dos motivos. Vive en soledad o compra para la familia

—Tres motivos... O trabaja allí.

—¿Trabaja en el súper?, ¿en cuál?

—En lo del chino, a la vuelta de casa, en la caja.

—Si es cajero en un supermercado chino... ¿Es el dueño?

—¿Quién te mencionó el pronombre él?

—Pará, pará, pará... ¿Es “ella”?

—Sí.

—Y vos, ¿desde cuándo?

—Desde ayer. Me atrajo, sonreímos. Me pareció muy dulce.

—¿Edad?

—Veintidós.

—Clara, podría ser tu hija.

—Pero no lo es.

—Mmmmm, esta charla parece de hombres.

—Me hacés reír.

—Bueno, ¿y cómo fue? Digo, ¿qué pasó?

—Todo empezó en la caja. Como no había gente, hablamos un rato. Está sola, sin pareja. Me dijo que ya me había visto y que le llamó la atención mi mirada. Se llama Silvia.

—Esperá, Clara. ¿Cómo fue que llegaron a ese momento? A que te dijera que le gusta tu mirada y a que te cuente cosas de ella.

—La verdad, no sé. Lo que recuerdo es que ella estaba pasando las cosas que compré por el lector de precios y de repente nos estábamos mirando a los ojos. Sentí cosquillas, acá en la panza. Cuando empezó a hablarme me acaloré, estaba excitada, caliente.

—¿Todo eso te pasó? ¿Cuánto tiempo estuvieron hablando?

—No sé, diez minutos...

—Bueno, parece fuerte lo que les pasó. ¿Y entonces?

—Hoy vino a casa cuando Carlos se fue a trabajar. Nos quedamos juntas hasta hace un rato, cocinamos y..., bueno, pasó.

—¿Y cómo te sentís?

—Mejor que nunca.

Luego de la visita de Ari, el historiador se quedó motivado. El hecho de haber evitado un despido encubierto le inyectaba más fuerzas en las venas. Mientras pensaba en ese joven y en todos los que a diario sufren abusos de la patronal, garabateaba en un papel “todo lo que existe merece perecer”.

Del mismo modo en que Marx se dio cuenta de que la revolución no podría producirse solamente por un esfuerzo de voluntad, sino que debía darse a partir de condiciones reales, Pepe, en su trabajo de investigación, reveló la realidad actual de los asalariados encontrando infinidad de motivos para seguir adelante con su causa.

Después de todo, la relación actual entre los capitalistas y los proletarios no dista mucho de la que existía en el pensamiento de Hegel, entre el señor y sus siervos. Hoy los empleados son siervos del mercado de consumo, del imperio del plástico como medio de pago y esclavitud financiera y del pensamiento simplista de “si fulano lo tiene, yo lo quiero”. Muchos paradigmas por cambiar, muchos fantasmas por vencer, demasiados engaños por descubrir y mucha televisión por apagar.

Mientras acomodaba sus ideas, Pepe escuchó las llaves abriendo la puerta del departamento: era su madre.

—Hola, bebé.

—Ma...

—¿Cómo te sentís?

—Bien, ya estoy recuperado. Vino Ari y trajo medialunas, me comí seis.

—¿Te hizo bien descansar, relajarte?

—Sí, me hizo bien concentrarme en el material que estoy preparando para la reunión del martes con los muchachos del correo.

—Y sí, cuando hacemos lo que queremos nos sentimos bien. Te hace falta ocuparte más de vos mismo, trabajás mucho.

Mientras charlaban, comenzó a sonar el teléfono. Elena se dirigió al *living* para atender.

—Hola... Sí, ya te paso— Mientras tapaba el auricular con la mano izquierda le dijo, en voz baja a su hijo— Es Claudia, la novia de Ari.

—¿Claudia, para mí?

La madre le contestó levantando las cejas y los hombros, mientras, con ambas manos, le acercaba el teléfono.

En realidad, Pepe nunca había hablado con Claudia, solo algún saludo las pocas veces que la joven fue a buscar a Ari al correo. Por ese motivo la llamada lo sorprendía.

—Hola... No, está bien, no estoy ocupado, puedo hablar.

Claudia le comentó que el sábado siguiente cantaba una amiga en un bar. Ella iría con Ari y le preguntó si quería ir con ellos. La cantante interpretaría blues y, como a él le gustaba el jazz, pensó que le podía interesar. También le confesó que las cosas con Ari no estaban bien, y que si él aceptaba la invitación, ayudaría bastante. Lo que no le dijo fue que luego del espectáculo le presentaría a Silvia, la cantante, su amiga.

Pepe pensó un momento y le contestó.

—Mañana te confirmo, le aviso a Ari. Gracias por la invitación.

Mientras colgaba el auricular, le comentó a su madre.

—Me invita a ir a un espectáculo de blues, el sábado. No sé si ir, la verdad es que no tengo ganas.

—Andá. Te viene bien despejarte, liberar un rato las ideas ayuda a una mejor concentración. Lo del correo es recién el martes, tenés tiempo.

—Puede que tengas razón, má.

—¿Querés fideos con tuco?

—Dale, con mucho queso rallado.

14 de mayo del 2010, viernes de mañana

El viernes, Pepe llegó al trabajo más temprano que de costumbre. Sabía que seguramente habrían quedado cosas sin termi-

nar del día anterior, y no se equivocó. Cada vez que él faltaba, quedaba algo pendiente, esta vez unos veinte telegramas sin enviar por fax. "Apenas llegue Ari se lo digo, él es el responsable cuando no estoy", pensaba a medida que las hojas entraban en la máquina, una a una, y su bronca aumentaba; recién con el último vestigio de papel se tranquilizó. Después de todo, por más que se enojara con el amigo, nada cambiaría. Ari no asumía las responsabilidades laborales del mismo modo que él. Para el joven estudiante de marketing, el correo era un trabajo de paso en cambio, para Pepe formaba parte de una elección, ya que le serviría como plataforma para desarrollar su gesta.

A eso de las nueve y media llegó Ari: vestía una campera a cuadros y anteojos de sol. Entró a la sucursal cantando a viva voz, casi a los gritos; los auriculares emitían un sonido monocorde y rítmico que Pepe escuchó desde el mostrador. Cuando vio al amigo, levantó la mano izquierda con el puño cerrado. Pepe lo miró y le contestó con una sonrisa: sabía que ese saludo contenía partes iguales de ironía y admiración.

—¿Cómo va la mañana, comandante?

—Bien, Ari. Te olvidaste de mandar estos telegramas. Por favor, cuando no esté, poné más atención.

—Ok, jefe, así será.

—Ayer me llamó Claudia, me invita a que los acompañe a un recital de blues en un barcito, el sábado. Si te parece bien, decile que voy con ustedes.

—Buenísimo. No estaba enterado, pero me alegra que podamos compartir una salida. Voy a avisar, aunque no tengo ni idea de dónde será, que vayan enfriando mucha cerveza negra, así brindamos por la revoluta. Che, vamos en mi auto, en tu Zanella no entramos los tres. Prometo no poner cumbia, así disfrutás del viaje.

—Como digas Ari, como digas.

15 de mayo del 2010, sábado de tardenoche

Cinco minutos antes de las diez de la noche, mientras Pepe se

termina de recortar la barba, recibe el llamado de Ari para avisarle que a eso de las once lo pasarán a buscar para ir al bar; tocarán dos veces el timbre y lo esperarán abajo, en el auto. Lo que Pepe no sabe es que Claudia tiene planes para él y su amiga Silvia, la morocha que esa noche brillará a ritmo de blues. Mientras se termina de atar su largo pelo negro, con algunas canas que le dan un perfil de entre músico de rock e intelectual de izquierda, piensa en su proyecto de cambio social, en la reunión del próximo martes con los muchachos del correo y en que tiene muchas ganas de disfrutar las cervezas negras prometidas por el amigo para esa noche. A las once suena el timbre y Pepe baja sin atender el portero eléctrico. Seis pisos por la escalera, el ascensor está atorado en el noveno. "Un poco de ejercicio no viene mal antes de salir". En el auto lo esperan Ari y Claudia; media hora después se encuentran sentados en una mesa del bar, al lado del pequeño escenario. Dos botellas de esnéider negra, bien fría y espumosa, una bandeja de maníes con cáscara y a esperar el espectáculo.

La cabeza de Pepe sigue en otro lado: se ve a sí mismo frente a los compañeros del Correo, explicándoles el porqué de sus planteos. De fondo Dexter Gordon y la magia de su saxo, Pepe se transporta con la melodía. Tanto que casi no se da cuenta cuando sube la banda de blues a escena. "Maldito piano" suena y la voz de la morocha rompe con el murmullo, los primeros acordes despiertan la sensibilidad de sus oídos y captan la atención de los presentes.

En la otra punta del bar, entre el público, se encuentra Maxi, el joven al que Pepe asesoró unos días antes en el correo sobre el telegrama de despido. Cuando ve a quien lo ayudó desinteresadamente, trata de acercarse, pero se da cuenta de que no es el momento, luego de que finalice el recital irá hasta la mesa para agradecerle en persona, ya que anteriormente no pudo.

—¿Y te gusta cómo canta?

—La verdad es que me sorprendió, Ari, me gusta la voz y cómo entona.

—Además de su arte, es muy bonita, ¿no te parece, Pepe?

—La belleza es una apreciación subjetiva, Claudia. No suelo calificar a la gente por su apariencia exterior, lo importante son sus ideas y acciones.

—¡Buenísimo! Entonces te la voy a presentar, así después de que charles con ella me contestás la pregunta que te hice.

Al revolucionario mucho que digamos no le interesó la propuesta de la novia de su amigo. Sus energías están concentradas en la lucha social, "no hay tiempo para distracciones", pensó.

Media hora después, los artistas anuncian un intervalo. Silvia, la cantante, baja del escenario y se acerca a la mesa para saludar a Claudia, quien, luego de un abrazo, le presenta a Pepe.

—Sil, él es Pepe. Pepe, ella es Sil. ¿Te sentás un rato con nosotros? ¿Qué querés tomar? Ya sé, no me digas, un daiquiri.

—Dale, un daiquiri podría ser. —Mientras le contestaba a la amiga, observó al invitado. "Bastante interesante. Veremos" pensó mientras saludaba— Hola, Ari, hola, Pepe.

—Hola, Silvia —primero habló Ari— che, que bueno sonó.

—Claudia no me mintió cuando dijo que me iba a gustar como cantás —acotó el historiador.

—Gracias, chicos, me van a hacer poner colorada.

Mientras escuchaba esta respuesta, Claudia le hacía una seña con las cejas a su novio, invitándolo a que se separara de esa conversación. De entre la gente se acerca un joven para hablar con Pepe.

—Disculpame que te interrumpa. ¿Te acordás de mí? El otro día, en el correo, me sugeriste que no mandara el telegrama de renuncia.

—Sí, claro que me acuerdo. Maxi, ¿es así?— El muchacho asintió con la cabeza mientras lo escuchaba— Me contó mi compañero que pasaste a agradecerme y que dejaste bizcochitos, y que estaban muy ricos— Mientras decía esto lo miraba fijo a Ari.

—Sí, gracias de nuevo. Me querían hacer renunciar, tenías razón. Averigüé en el sindicato y me corresponden unos cuantos pesos.

—Suele ser así. Los capitalistas solo buscan su conveniencia, poco le importan los obreros. Pero esto va a cambiar, depende de todos nosotros.

—Bueno, yo no los molesto más, solo te quería agradecer.

—A vos. Lo que necesites, sabés donde estoy.

El apretón de manos del joven impactó en Pepe, su expresión se fue transformando del habitual aspecto serio a una sonrisa sutil pero plena de satisfacción. La voz de Silvia lo sorprendió.

—¿Cómo es eso de que vos lo asesoraste? ¿Sos abogado? —preguntó la morocha, fingiendo que no sabía nada sobre Pepe.

—No, trabajo en el correo, con Ari. El pibe estaba a punto de renunciar. Los capitalistas para quienes trabaja son unos cerdos, explotadores, como todos los de su condición.

—¿Capitalistas, cerdos, explotadores? Esas palabras me suenan como pasadas de moda, muy del siglo pasado. Mi viejo hablaba así.

—Te parecerán del siglo pasado, pero cada día son más actuales. La explotación continúa creciendo, cada vez son más los oprimidos y mucho más poderosos los opresores, pero eso tiene que cambiar pronto, mucho antes de lo que se imaginan.

—¿Cambiar? ¿Qué es lo que va a cambiar? ¿Cómo? ¿Cuándo…?

—Son muchas preguntas que necesitan de muchas respuestas. Si querés, cuando termines de cantar te lo cuento mejor, con más tiempo.

—Dale, en un rato termino. Este tema me interesa, personalmente creo que las cosas ya cambiaron bastante, por lo menos en Latinoamérica, y especialmente en nuestro país.

La morocha vuelve al escenario, el público aplaude y Pepe se queda pensando en estas últimas palabras. Ella piensa distinto que él, y eso a él lo atrae. Normalmente no le agradan mucho los que suponen que el mundo está bien así como está, pero esta vez le pasa algo distinto. Para él, esa mujer tiene algo más que su condición natural, siente que dentro de esa cabeza enrulada pasan cosas, y quiere averiguarlas. Se siente raro y eso lo motiva aún más a llevar sus planes al mundo de las certezas. Algo importante va a

suceder, está convencido, lo siente cerca, vibra en su interior como un llamado sagrado.

—¡Qué ironía! —se dice a sí mismo, él, Pepe, el revolucionario, pensando en acontecimientos sacros. Sí, definitivamente se siente raro.

Casi una hora después, y luego de varios bises, Silvia estaba nuevamente sentada a la mesa con Claudia, Ari y Pepe charlando sobre el *show* y las reacciones del público; poco a poco los fueron dejando nuevamente solos. Casi sin darse cuenta, se enredaron en una discusión política. Silvia defendía al gobierno actual y la realidad latinoamericana; Pepe le explicaba que mientras se siguiera respondiendo a los intereses del capital, nada cambiaría.

—Te lo vuelvo a decir, tu discurso me suena muy fuera de época. Estamos en medio de la globalización, lo que se produce en un extremo del mundo se consume en otro. Es el momento de Latinoamérica, este rinconcito del planeta está cambiando y en pocos años será el lugar al que todos quieran venir. Si mirás alrededor, te encontrás con realidades similares. Venezuela, Cuba, Bolivia, Uruguay, Argentina y, por qué no Brasil, todos cercanos al nuevo socialismo del siglo XXI. Acordate de lo que fueron los noventas y mirá la realidad actual.

—En algo coincidimos.

—¿Sí? ¿En qué?

—En que el cambio será un realidad y, que comenzará en este rinconcito del planeta.

—¿Será? ¡Es! Ya empezó, hace ocho años que empezó.

—Lo que empezó hace ocho años es un proceso populista que no se acerca, ni por casualidad, a algo parecido a algún tipo de socialismo. En los sesenta y setenta, en nuestra Latinoamérica fue el momento de las dictaduras y el principio de un proceso liberal, que volvió a instaurar el colonialismo conservador; los ochenta y noventa marcaron la consolidación del liberalismo y de la economía de mercado basada en el consumo; el nuevo siglo trajo aires de su-

puesto cambio para que nada cambie. Una pantalla, un poco de gatopardismo, mucho aparato de propaganda y todo sigue igual: los oligarcas son cada vez más poderosos y los trabajadores compran el modelo que baja a través de los medios y que los contenta con el consumo de celulares, zapatillas deportivas, redes sociales y tarjetas de crédito. Nada muy distinto a los inicios del siglo XX. ¿Oíste hablar de las luchas sociales? ¿De los anarquistas y los socialistas? ¿Del sindicalismo organizado? Bueno, te cuento que todo eso desapareció, se lo comió el mercado. El menú principal fue el ser humano y la bebida elegida, la sangre obrera. Por eso quiero comenzar un proceso de revolución social.

—¿Y cómo pensás hacerla? ¿Acaso vas a empuñar un arma? Te cuento que eso no sirvió para nada.

—Si hace falta, lo haré, pero creo que el cambio será real recién cuando los participantes de la revolución estén convencidos de que hace falta un mundo distinto y una organización social más justa. El proceso no comienza con las armas en la mano, comienza con libros y, quizás, el desenlace sea por el camino armado. Pero eso lo sabremos una vez que estemos en movimiento.

—No sé, Pepe, te escucho así, apasionado, y lo que decís me atrae, pero no pienso igual. Quizás sea tu modo sanguíneo de decirlo. No veo la realidad como la ves vos. Igual te confieso algo, esta charla me gusta.

—A mí también, por más que estés domesticada por el sistema.

Luego de un rato más de charla, Pepe se ofreció a acompañar a Silvia a su casa. Ari y Claudia se habían ido sin que ellos se dieran cuenta. La morocha aceptó. Se despidieron coincidiendo en algo: “Nos podríamos volver a ver”.

16 de mayo del 2010, domingo de tarde

—Hola, Sil. ¿Querés ir a tomar algo? Carlos se fue a trabajar, estoy sola.

—Hola, Clara. Dale. ¿Me pasás a buscar?

—¿En una hora te parece?

—Bueno. ¿Sabés? Tengo ganas de verte.

—Y yo a vos. Anoche te llamé al celular, daba apagado.

—Sí, anoche canté en un bar y después salí con unos amigos.

—Estuve sola, quería estar con vos.

—Entonces cambiate rápido y venime a buscar.

La tarde fue intensa y se extendió en una noche apasionada, compartida en un hotel de la zona de Boedo. Clara volvió a expresar su deseo de estar más tiempo con la morocha. Le confesó que la quería para ella sola, que los momentos que compartían eran los mejores. También le dijo que pensaba en separarse de Carlos, que no lo soportaba más y que junto a ella estaba conociéndose y por primera vez se sentía plena. Silvia la escuchó atenta y, mientras la acariciaba, le dijo que ella también se sentía cómoda, pero le pedía que no se precipitara, que fueran tranquilas y que disfrutaran lo que estaban viviendo. Después de todo, hacía unos pocos días que se conocían. Estos comentarios de la joven no le cayeron en gracia a Clara: ella, a sus cuarenta y dos, no quería perder ni un minuto; Silvia, en cambio, con sus radiantes veintidós, tenía el mundo por delante.

17 de mayo del 2010, lunes

El lunes, al mediodía, Suárez llamó por teléfono a Pepe y le avisó de que mejor dejaban la reunión con los compañeros del centro de distribución para la semana siguiente. Le propuso el jueves 27, a la misma hora planteada. Le comentó que durante la presente semana estarían con una auditoría y que, seguramente, tendrían que trabajar hasta tarde y estarían de muy mal humor.

—No te conviene agarrar a estos salvajes con ese estado de ánimo, no te van a escuchar, pibe, y lo tuyo les tiene que llegar bien adentro, a ver si de una vez por todas se despiertan y se dejan de boludear.

A pesar del cambio de planes, Pepe se motivó más. Los deseos de Suárez le confirmaron que ese hombre pensaba como él. El día

de la reunión iría un rato antes para hablarle e invitarlo a ser un integrante activo en el proceso de cambio.

Ese mismo lunes, 17 de mayo, Ari cumplió veintiocho años y lo festejó entre amigos en un barcito de Palermo. Claudia llegó apenas empezada la reunión, a eso de las diez de la noche, acompañada de su amiga Silvia quien, pensando en la carrera que estudiaba el cumpleañero, le obsequió el *Manual de marketing político*. Media hora después llegaba al lugar Pepe traía un paquete envuelto para regalo que le entregó al amigo.

—Hummm, rectangular... ¿Alfajores?

—Abrilo —respondió el revolucionario— Si podés, devorátelo, pensá que son alfajores, alfajores para el espíritu.

Él también había elegido un libro, un regalo pensado especialmente para Aarón con el objeto de concienciarlo y mostrarle por qué esta región está como está, *Las venas abiertas de América Latina.*

—Gracias, Pepe. Con este título me dan ganas de leerlo, ¿es de terror?

—Bastante, se trata de la historia de cómo los malos sometieron, como siempre, a los buenos —le respondió con cierta ironía el amigo—. Galeano tardó cuatro años de investigación y recolección de la información que necesitaba y unas noventa noches para escribirlo. Tenía tres trabajos y menos de treinta años.

Ari, mientras escuchaba al amigo, se sentía cada vez más a gusto, casi como si las palabras que escuchaba llegaran a su interior acariciándolo. Sabía que si Pepe había elegido ese libro para que él lo leyera, algo tendría en sus páginas: él no hacía un regalo sin pensar en el homenajeado. Mientras sus pensamientos se alejaban de la escena y volvían lentamente al lugar, escuchó una frase ya comenzada. Era Silvia preguntándole a Pepe.

—¿... años tiene?

—¿Galeano? Si no me equivoco, nació en mil novecientos cuarenta... Unos setenta años.

—O sea, que este libro tiene cuarenta años. Un poco desactualizado, ¿no te parece? En esa época estaban en auge muchos movimientos revolucionarios que hoy en día no se podrían sustentar.

Mientras escuchaba las palabras que los labios de la morocha emitían, se sentía muy raro, como dividido en dos Pepes distintos, opuestos. El Pepe de siempre no podía entender cómo una joven que demostraba tener más de una neurona activa podía tener un pensamiento tan retrógrado, liberal en el peor sentido de la palabra; el otro Pepe se excitaba al reconocerla tan diferente a él mismo, tan distante, tan poco comprometida con el desarrollo humano, tan convencida de que este sistema está sano, tan en la vereda de enfrente, tan hermosa.

—Reaccioná, no es momento de distracciones —se dijo en voz muy baja, casi imperceptible. Su destino era otro. Si realmente quería cambiar algo, debía concentrarse. El inicio de la revolución estaba cerca, lo podía sentir en el aire, en sus venas latinas.

—¿Y entonces...? —terminó la frase la morocha, dejando abierta la pregunta.

—¿Y entonces qué? ¿Acaso vos pensás que las ideas y los ideales, son cuestiones relativas a una época determinada?

—Sí, sin dudas que es así. Imaginate en pleno siglo veintiuno las ideas de la Santa Inquisición.

—Siguen vigentes, la Iglesia sigue pensando igual sobre los herejes, lo que pasa que desde hace un tiempo existe algo llamado derechos humanos que, aunque no los respeten del todo, los hombres que visten sotana tienen que hacer como que sí los consideran, aunque en el fondo la gran mayoría siga pensando igual. ¿O acaso no te alcanza con la impunidad con la que se manejan en el mundo, un asquito, un completo asquito, propio de los "torquemadas" contemporáneos?

—¿No se te va la mano con esos pensamientos? ¿No sentís que algo está cambiando en el mundo y sobre todo en Latinoamérica? Desde hace casi una década tenemos gobiernos populares en Venezuela, Bolivia, Brasil, Ecuador y acá en Argentina.

—¿En serio te crees eso? ¿Acaso ves algún cambio de fondo? ¿Los pobres dejaron de ser pobres o se los calló un rato mediante limosnas? Hasta que no haya un cambio de raíz, todo seguirá igual, las riquezas en las mismas manos y la miseria en los mismos cuerpos.

—¿Y nosotros, los del medio?

—No hay nosotros, no hay nada en el medio. Somos lo mismo que los que menos tienen, tan solo seguimos subsistiendo un rato más porque a los que manejan los hilos les sirve.

—Tenés un pensamiento fatalista, Pepe, muy cerrado como para ver los cambios reales. Hace años que dejamos de estar cerca de la miseria. Desde el dos mil tres tenemos un futuro, lo estamos construyendo día a día.

La conversación llegó a un punto en el cual Pepe sintió que no avanzaría, y menos con la música que sonaba de fondo, animando la reunión. Mejor dejaban esa charla para otro día, café de por medio. Se lo hizo saber a la interlocultora, dejando implícita la invitación para volver a verse. La joven asintió con una hermosa sonrisa que él fotografió en sus retinas.

Una hora después le dijo al amigo que se iba para su casa, lo abrazó volviéndole a desear un feliz cumpleaños y le sugirió al oído que al día siguiente no fuera a trabajar, que ese era otro regalo de cumpleaños.

—¿Sabés que sos un groso, Pepe? Un viejo obstinado, a veces medio amargo y calentón, pero un tipazo. Te quiero, sos como mi viejo y mi hermano, pero mejor.

La sonrisa del amigo sirvió como gesto de despedida de los presentes. A sus espaldas, los parlantes invitaban a bailar.

—Llegó el momento que tanto me gusta —pensó, irónico, mientras salía a la fresca y lluviosa noche.

20 de mayo del 2010, jueves de tarde

La conversación entre Pepe y Silvia continuó el jueves. El miér-

coles, ella lo llamó por teléfono y le dijo que al día siguiente tenía que hacer unos trámites cerca de donde él trabajaba, que si le parecía bien lo esperaba en el bar de la esquina y, café de por medio, continuaban con la charla trunca. Sin mucho tiempo para pensar debido a la sorpresa que le causó el llamado, le dijo que sí, que a las siete de la tarde terminaba en el correo.

—¿Me podés decir por qué le dije que sí? No me tengo que distraer, tengo que concentrarme en lo que realmente me interesa.

—Un polvito, Pepe, un polvito, no más.

—¿De qué me hablás, Ari? Si solo vamos a tomar un café y a charlar un rato.

—Y entonces relajate, charlar un rato con una mina no te va a sacar las fuerzas para cambiar el mundo. O te pensás que Fidel Castro no se echaba uno cada tanto.

—¡Bueno! Por lo menos ya sabés el nombre de algún líder de la revolución, vas mejorando.

—No te hagás el boludo, Pepe, a la morocha le gustás y ella te atrae, dale para adelante, hermano.

—En algo tenés razón, me atrae cómo piensa, quiero entender por qué una mujer joven e inteligente ve el mundo desde el lugar que ella lo hace.

—Sí, además tiene dos buenas tetas que también te miran cuando vos le hablás.

—Mejor andá a buscar formularios de giros postales al depósito y repartilos en las cajas, que casi no quedan. Y ya que vas, traé etiquetas para franqueos y bolígrafos.

—Sí, señor jefecito, cambie el tema, hágase el dolobu.

Esa mañana, Silvia avisa a Clara de que no podría verla a la noche. Que la disculpara, que ella también tenía ganas de sentir su piel cerca, pero que tenía que ensayar. A Clara la excusa le sonó vacía, pero decidió hacer como que no tenía mucha importancia. Sabía que si se enganchaba en sus pensamientos tortuosos, la que

lo pasaría mal sería ella misma. Pero, por más que lo intentó, no pudo dejar de pensar en la amante: extrañaba el olor de su cuerpo, su respiración cerca y el buen humor que la caracterizaba y que tanto bien le hacía. Fue una noche larga, de desvelos y de películas malas en el cable.

Silvia llegó al bar a las seis, una hora antes de lo acordado. Se sentó al fondo del local, pidió una coca y se dedicó a la lectura; estaba enganchada con un libro sobre el peronismo en la década de los setenta. Cuando Pepe entró, quince minutos antes de lo previsto, se detuvo a metros de la mesa y observó a la morocha, concentrada en su lectura. En su mano derecha sostenía un lápiz con el que marcaba párrafos y dibujaba signos en el margen del libro. Cada tanto lo llevaba a sus labios, mordisqueándolo suavemente. Esa imagen pasó a formar parte del registro visual que, involuntariamente, venía armando desde el primer encuentro con la joven.

—Hola. ¿Leyendo un poco de ficción?

—¡Hola! Me sorprendiste. No, ficción no, es sobre el peronismo en los setentas.

—Por eso, ficción.

—Ja, ja... ¿Y vos? ¿Que leés? ¿A Marx?

—Siempre. Ahora, más que leyendo, me encuentro a punto de pasar a la acción. Ya leí bastante, llegó el momento de hacer algo para cambiar.

—Humm... Suena interesante. ¿Me contás más?

—No sé, quizás te aburra con mis ideas.

—Dame margen. Si me aburrís, te lo digo, o me duermo, o sigo leyendo.

En el pecho del hombre reaparecieron el ardor, la ansiedad y el vértigo. Algo le pasaba cada vez que estaba cerca de Silvia, algo que hasta ahora no había sentido. Algo que lo distraía. La charla duró más de cinco horas y varias tandas de café. Fue el mozo quien los hizo darse cuenta de la hora cuando les vino a decir que

estaban por cerrar, que les tenía que cobrar. Pepe se hizo cargo de la cuenta, por más que la morocha insistiera en compartirla.

Cuando salieron del bar, comenzaron a caminar por la avenida en silencio. Ambos pensaban cosas distintas; sin embargo, esos pensamientos los llevaban a conclusiones similares. La joven no sabía si avanzar un paso más allá de la charla. El motivo era la relación que llevaba adelante con Clara, que, si bien recién empezaba, la movilizaba bastante. Pepe no sabía qué hacer, se sentía muy bien con Silvia, pero sus energías estaban en otro lado, en su revolución. Ninguno de los dos quería que ese encuentro terminara, pero tampoco se animaban a tentarse. Se despidieron un par de cuadras después, en la parada del colectivo, sin un beso, solo un “chau, nos vemos, lo pasé muy bien” de los labios de Silvia, que subió, sacó boleto y se sentó sin mirar hacia atrás. Pepe se quedó, sin poder contestar, viendo como desaparecía al doblar en la siguiente esquina.

21 de mayol de 2010, viernes de mañana

La noche anterior, Pepe casi no pegó un ojo. Los pensamientos se repartían entre lo que estaba por comenzar y la imagen de Silvia frente a él, en el bar, escuchándolo mientras le relataba sobre el proceso que tenía planeado para iniciar la revolución. Ese viernes no desayunó en su casa, llegó muy temprano al correo, pasó por el bar de la esquina y se sentó en la misma mesa que habían compartido la tarde anterior con la morocha. Fue el mozo quien se lo hizo notar cuando le dijo “Buen día, ¿hoy vino solo?” y lo remató confesándole: “¿Sabe?, desde que usted con la señorita estuvieron sentados ayer, nadie ocupó esta mesa”. Pepe le respondió el saludo y le pidió un café con leche y tres medialunas de grasa mientras hacía como que no escuchaba y se cambiaba de mesa, a la otra punta del salón, frente a la vidriera. La idea de la mesa compartida era muy fuerte para él.

—¿Quiere el diario mientras le preparo el café con leche?

—Me leíste el pensamiento, justito te lo iba a pedir. Un poco de realidad no me viene nada mal.

—Bueno, si busca realidad, no lea el diario, todo lo que publican está armado con otros fines. Si quiere realidad, salga un rato a la calle, o quédese acá, atendiendo a los clientes. Bueno, a usted no hace falta que se lo explique, con el correo tiene bastante.

—¿Te puedo preguntar algo?—, y, sin esperar la respuesta del joven, que lo escuchaba muy atento, remató— ¿Cuál es tu idea del futuro?

—¿Futuro? ¿Acá, en este rincón del mundo? Si las cosas no cambian, no creo que haya futuro. Pasan los gobiernos y es más de lo mismo. Yo nunca voy a entender en qué está pensando la mayoría cuando vota. Después vienen acá y se quejan, nadie eligió a quienes fueron elegidos; no sé cómo llegan al poder. Así como vamos, no hay arreglo posible, solo más de lo mismo. Yo pienso que hace falta un cambio, de raíz. Bueno, usted preguntó. Mejor le preparo el desayuno, se le va a hacer tarde.

—El pibe del bar, otro más para la lista. Creo que, cuando esto empiece, no nos para nadie—. Pepe se hablaba a sí mismo en voz baja, como reafirmando lo que pensaba desde hacía años. La diferencia de ese día fue que sus pensamientos estaban divididos en dos: por un lado, la revolución, y por el otro, la morocha de rulos. Por momentos, uno superaba en intensidad al otro y luego esta relación se invertía. La lógica le hacía ver el acto de cambio social como la prioridad suprema; algo en su interior le reclamaba lo opuesto.

Mientras ojeaba el diario, distraído y enfrascado en su mundo, vio un pequeño aviso que le llamó la atención. Esa noche tocaba una banda de jazz y blues que, según había leído, sonaba muy bien. Sin pensarlo mucho, y guiándose por el instinto más que por la razón, decidió llamar a Silvia e invitarla a ir. Apuró el café con leche, comió una medialuna y envolvió las dos restantes en una servilleta de papel —luego las comería en el correo—, dejó diez pesos sobre la mesa y salió rápido, dejando la puerta abierta.

—Hola.

—¿Silvia?

—¿Quién habla?

—Hola, buen día. Soy Pepe.

—¿Pepe? ¡Qué temprano!

—Disculpame, ¿dormías?

—Maso. Está bien, no hay drama. Decime.

—Es que leí un aviso en el diario, hoy toca una banda de jazz, tengo entendido que suenan bien. Son cordobeses. Comenzaron a tocar hace unos años, en la universidad, eran compañeros de estudios, de medicina. Son cinco, bajo, trompeta, saxo, piano, guitarra eléctrica y percusión.

—Ajá... ¿Y me llamás para contarme sobre los inicios de la banda y su meteórica carrera en ascenso?

—No, no. Es para invitarte, para saber si querés que vayamos a verlos. Tocan a las diez.

—En realidad tengo algo que hacer...

—Está bien, no hay problemas. Otra vez...

—No, esperá, no te dije que no. Te iba a decir que podía dejar lo que tengo que hacer para otro día. ¿Dónde nos vemos?

—Tocan en un bar de Floresta. ¿Querés que te vaya a buscar con la moto?

—¿Vos vivís en Flores, no? Si es así, es cerca. Yo estoy en Lugano, más lejos. Si te parece bien, puedo pasar yo a buscarte.

—Está bien. Pero a la vuelta te llevo hasta tu casa. ¿Tenés para anotar?

—¿Tenés dos cascos? Dale, decime, tengo buena memoria.

—Claro que tengo dos cascos, uno rojo y otro plateado, podés elegir. Carabobo, ciento treinta y cinco, sexto A. ¿Te parece bien a las ocho?

—¿De qué color es la moto? Me parece bien a las ocho.

—Roja. Te espero entonces.

—Si es roja, quiero el casco plateado, creo que combina mejor.

—Bueno, entonces lo lustro, así brilla como tu sonrisa.

—Entonces sacale bastante brillo—. Mientras la morocha sonreía, agregó un "te veo después".

—Hasta la noche.

Cuando colgó, no podía creer la forma en que había actuado, impulsivo, sin pensar. ¿Qué era eso de "entonces lo lustro, así brilla como tu sonrisa"? Ese no era él, algo le pasaba.

Silvia se quedó con el auricular en la mano, pensando en una excusa para decirle a Clara: sería otra noche en la que no se verían. Ella también sentía algo extraño; en realidad eran dos sentimientos enfrentados: por un lado, el deseo de estar con la mujer que, en tan poco tiempo, la había hecho sentir tan bien; y por otro lado, las ganas de la cercanía de ese hombre que demostraba tanta seguridad por lo que deseaba lograr. "Ojalá fueran uno solo", pensó mientras colgaba el teléfono.

21 de mayo del 2010, viernes de noche

Pepe bajó los seis pisos por la escalera corriendo, no quiso esperar el ascensor. Cuando le faltaban solo unos escalones para llegar, se dio cuenta de que había olvidado la llave del candado de la moto en el departamento. Pensó en subir a buscarla; sin embargo, siguió bajando. Al llegar a la puerta y ver a Silvia, volvió a sentir calor y una sensación similar al vértigo en la zona abdominal.

—Hola, llegaste temprano.

—¿Estabas ocupado? Vuelvo más tarde si querés.

—¡No, para nada! Hace un rato que estoy listo.

—¿Vamos entonces?

—Esperá, me olvidé la llave del candado de la moto. Subo a buscarla. ¿Me acompañás? Digo, así no esperás acá.

—Como quieras.

Mientras subían en el ascensor, Silvia pensaba en si Pepe realmente habría olvidado las llaves o si sería la forma en la que la "invitaba" a su casa. Apenas empezó a pensar en esa posibilidad, se dio cuenta de que no podía ser real: Pepe era, ante todo, un ca-

ballero y ese tipo de mentiras no estaba a su altura, se notaba con solo mirarlo, o escucharlo hablar.

—Vení, pasá, es acá. ¡Má, volví! Me olvidé las llaves—. Pepe parecía exhaltado, sus palabras salían de la boca apresuradas, casi sin dejar espacios de silencio para entender lo que decía y a quién le hablaba. Esa era la primera vez que el hijo llevaba una mujer a su casa. Mientras movía ambas manos, señalando primero a la joven y luego a Elena, dijo, en voz bastante baja:

—Ella es Silvia; ella, mi mamá.

—Hola, querida, bienvenida a casa. ¿Querés tomar algo? ¿Unos mates?

Sin darle casi tiempo a la respuesta, Pepe remató:

—No, dejá, ya nos vamos, subimos a buscar la llave de la moto.

La morocha le contestó el saludo con un "Hola, es un gusto, señora; no me la imaginaba tan joven y elegante".

—Gracias por el cumplido, y por favor, no me digas "señora". Elena. Elena está bien.

—Otro día le acepto los mates, Elena.

Se despidieron con un beso. Se notaba la sinceridad, ambas se sintieron cómodas y se agradaron. Pepe, mientras las miraba, pensaba en si había hecho bien en hacer subir a Silvia. Esto de que quisieran matear juntas mucho no le agradaba, los mates llevarían a la charla y a la complicidad, y realmente era lo que menos quería para esta etapa de la vida; también pensaba que se estaba preocupando por demás, y que su mente debía estar en otras cosas. En ese momento se arrepintió de haber invitado a Silvia. En vez de ir a escuchar música se podría haber quedado pensando estrategias para el inminente inicio del cambio social. Pero ya era tarde. "Mañana retomo el camino de la revolución", pensó mientras abría la puerta del departamento y se despedía de su madre

La moto de Pepe era una Zanella Sapucai del año setenta y ocho, roja, impecable, parecía recién salida de fábrica. La guardaba en un garaje a la vuelta de la casa, en la calle Ramón Falcón,

cubierta con una funda de paño. Verlo sobre la máquina, vestido con pantalones y campera de *jean*, camisa a cuadros, botitas cortas de descarne y el pelo atado con una larga cola, en el que asomaban algunas canas, daba la sensación de retroceder treinta años en el tiempo. A la joven esa imagen le gustó, pensó que completaba en algo la idea que se venía armando sobre él.

—Tiene mi misma edad —comentó mientras ponía en marcha la moto con una patada firme.

Silvia pensaba en que por segunda vez en dos días le había mentido a Clara; el motivo de las mentiras era este hombre, mezcla de niño y revolucionario, ahora montado en una moto de color rojo, muy acorde con sus ideales. El cuerpo le pedía la compañía de la amante, pero dentro de ella resonaba el deseo de conocerlo más; con ella pasaba muy buenos momentos físicos, con él empezaba a compartir charlas y discusiones que la hacían sentir plena.

La noche transcurrió al ritmo del jazz, del blues y del intercambio de ideas. Cuando miraron el reloj, habían pasado más de seis horas entre sonrisas y cervezas. Pepe, tal como había prometido, llevó a Silvia a casa. Se despidieron en la puerta del edificio con la promesa de volver a verse, con un beso en la mejilla, sin animarse a más. Ambos tardaron horas en conciliar el sueño, cada uno en su casa, cada uno en su mundo interno.

22 de mayo del 2010, sábado de mañana

Ese sábado, Clara se despertó muy temprano, estaba sola; Carlos estaba de viaje desde el jueves anterior y volvería recién el martes siguiente. En sueños había visto a Silvia en una cama, con un hombre: los amantes la miraban y se reían de ella mientras se entrelazaban y movían con ritmo sincopado. La cara de la mujer era real, la del hombre no la recordaba. Esa imagen le provocó angustia y bronca, intensificando lo que sentía a raíz de las excusas que la joven amante utilizara para evitar un encuentro con ella.

Mientras trataba de acomodar sus ideas y sus sentires, y el café se terminaba de preparar, decidió tomar una ducha.

Con la toalla todavía sobre el cuerpo, llamó a Elena para contarle lo que le estaba pasando. La amiga le dijo que se tranquilizara, que se estaba enroscando de más, que lo único que faltaba era que contratase a un detective para seguir a la joven. Sin saberlo, sin pensarlo realmente, esa idea sería el disparador necesario para el próximo paso de Clara.

La mujer apuró el fin de la charla, se terminó de secar, se vistió, y rápidamente se dirigió al gimnasio. Si había una persona en este mundo que pudiera ayudarla, trabajaba en ese lugar. Raúl, además de instructor de pilates, era —según lo que él mismo le contara— miembro de un grupo que realizaba algunos trabajos especiales a pedido: "Ayudamos a la gente a solucionar sus problemas, investigamos y, si el cliente lo pide, actuamos". Esas habían sido las palabras del atleta que quedaron grabadas en la memoria de la mujer. En realidad, Clara nunca se habría imaginado consultándolo para ella misma, siempre pensó que quien podría necesitar de los servicios sería su esposo.

En el gimnasio le dijeron que Raúl no iría a trabajar, que no se sentía bien. Esto a Clara no le importó mucho, ya que recordó que el joven le había dado su número de celular por si algún día lo quería llamar para divertirse juntos. Ese día había llegado, pero no para cumplir el deseo del joven.

La respuesta fue afirmativa a medias: sí la podía ayudar, pero no él directamente. Le pasó otro número de teléfono —de un especialista en seguimientos, un suboficial de la policía bonaerense que trabajaba en una brigada antidrogas— y una breve explicación de cómo contactarlo. "Nada de explicaciones telefónicas" le dijo. Clara volvió a su casa y lo llamó.

—Hola.

—Buenos días, ¿hablo con el señor Santino?

—Puede ser. ¿De parte...?

—Mi nombre es Clara. Raúl me dijo que le dijera que nos encontráramos para que le cuente.

—Okey. En una hora en el bar de Salta y Cochabamba. Es en la zona de Constitución, ¿se ubica?

—Sí, está bien. ¿Cómo lo reconozco?

—Usted siéntese no más, elija una mesa lejos de las ventanas, yo la contacto.

Dicho esto último, el interlocutor colgó. Clara se quedó impresionada por la forma en que la conversación había transcurrido. Si quería llegar a la cita, debía apurarse.

El trayecto en taxi desde su casa en el barrio de Belgrano hasta el lugar de la cita duró veinte minutos, por lo que llegó casi media hora antes de lo acordado. Pensó en caminar un rato por la zona, pero cuando hizo una cuadra se dio cuenta de que no era el mejor lugar de la ciudad para pasear, por lo que se dirigió al bar acordado, buscó una mesa libre "lejos de las ventanas" y pidió una lágrima en jarrito.

Cinco minutos antes de la cita, entró un hombre corpulento, de tez muy blanca, con anteojos de sol espejados. Calzaba zapatos negros y vestía un pantalón gris con una camisa rosa pálido, bajo el brazo izquierdo llevaba un diario. Luego de recorrer el local con la mirada, se dirigió directamente a la zona de los baños. Tardó unos minutos. Cuando salió se acercó a la mesa de Clara y, mientras se sentaba, le dijo en voz baja:

—Buen día, señora.— Y en voz más alta, mirando hacia el mostrador, pidió un café corto.

—Buen día, ¿señor Santino?

—Santino a secas, señora. Soy todo oídos.

Charlaron unos diez minutos. El hombre, luego de escuchar lo relatado por Clara, le dijo que le proponía seguir a Silvia durante unos cinco días y luego informarle acerca de los movimientos de la joven. El precio sería de quinientos dólares. Luego, ella resolvería qué hacer; si deseaba continuar, acordarían nuevamente. El pago lo debería hacer por adelantado. Clara estuvo de acuerdo, pero le pidió que si él comprobaba que Silvia estaba saliendo con alguien

más, le pegara un susto para ahuyentarlo, o ahuyentarla; quien fuera no le importaba, lo que ella deseaba era no perder a la joven amante. El interlocutor le dijo que entonces la tarifa sería de trescientos dólares extra.

Quedaron en dirigirse a la casa de Clara para hacer efectivo el desembolso de dinero. Santino tenía un Chevrolet Corsa bastante maltrecho, que igual sirvió para el viaje hasta Belgrano. Esperó a Clara a dos cuadras de su casa. "Así nadie piensa mal, señora", le dijo el hombre cuando estaban llegando. Clara buscó el dinero. Por suerte había juntado unos dólares pensando en algún viaje sola. Gracias a eso no tendría que inventar ninguna excusa para justificar con Carlos el gasto.

—Antes del jueves tendrá novedades mías. Quédese tranquila.

Clara no se quedaría muy tranquila, la espera sería bastante angustiante. La idea de que Silvia estuviera con alguien más no le permitía descansar. En tan poco tiempo había conocido un mundo nuevo y se comenzaba a sentir valorada nuevamente... Volver atrás no estaba entre sus posibilidades ni sus deseos.

A las cuatro de la tarde sonó su teléfono, era Silvia. Cuando Clara reconoció el número de teléfono de la morocha, sintió una breve palpitación en el pecho, mezcla de emoción y bronca. Estuvieron hablando un rato y quedaron en verse a eso de las siete en un bar de la zona de Palermo, en Paraguay y Humboldt. A Clara le gustaban los barcitos de esa zona y Silvia —aunque hubiera preferido algo distinto, más sencillo— estuvo de acuerdo. Clara, además, conocía un hotel a dos cuadras de allí, en Paraguay y Godoy Cruz, y deseaba que esa noche lo pudieran visitar juntas. En el bar estuvieron lo que tardaron en tomar un café, las siguientes cuatro horas transcurrieron de manera intensa en el destino elegido por la maestra. Se amaron casi sin palabras, sintiendo la piel y el fuego interior, solo caricias, besos y miradas.

El encuentro produjo sensaciones mezcladas en Clara. Se sentía culpable por dudar de la joven y ansiosa por saber si salía

con alguna otra persona. Decidió relajarse y disfrutar del momento. Invitó a Silvia a su casa a comer. Compartieron la cena, una botella de malbec y una noche que ambas desearon, no terminara. Amanecieron abrazadas el domingo, a eso de las dos de la tarde.

23 de mayo del 2010, domingo de tarde

Mientras las amantes desayunaban juntas, el revolucionario terminaba unos escritos y planeaba llamar a Silvia para invitarla a tomar algo. El investigador hacía guardia frente a la casa del barrio de Lugano.

La morocha llegó a su casa a las cinco de la tarde. Santino se acomodó en su auto y tomó nota. Cinco minutos después, Pepe la llamó por teléfono y le propuso compartir una *mozzarella* con moscato en la pizzería Güerrin, de la calle Corrientes. Esta vez, él la pasaría a buscar por su casa en su corcel de color encarnado. “A las siete te espero”, contestó Silvia casi sin pensarlo. Estaba cansada, pero deseaba verlo.

Él llegó puntual. Sobre la mano opuesta estaba estacionado el Corsa gris del espía, quien observaba atento la entrada del edificio. Cuando la morocha abrió la puerta y saludó al pelilargo de colita con un beso en la mejilla, Santino se saboreó. “Esto se pone bueno”, pensó mientras anotaba la hora.

Los jóvenes, ignorantes de la escena que se desarrollaba a escasos veinte metros, subieron a la moto y partieron hacia el centro, dispuestos a disfrutar de la charla, la pizza y el moscato. Santino puso en marcha el auto y siguió de cerca a la moto roja. Estuvieron cerca de dos horas en la pizzería, custodiados por el especialista, luego salieron y volvieron a montar en la moto camino de casa de Silvia. Se despidieron, como el viernes anterior, con un beso en la mejilla y la promesa de volver a verse. El investigador vio como la chica besaba los labios del hombre, o eso creyó ver: esta vez había estacionado a media cuadra para que no lo descubrieran.

Había sido una noche fructífera, ya tenía lo que la cliente que-

ría saber, solo le quedaba cumplir con la segunda orden: asustar al motociclista. Decidió seguirlo.

Mientras Pepe se aproximaba al garaje, cercano a su casa, miró el cartel de la calle Ramón Falcón y sentenció para sus adentros, mordiéndose el labio inferior: “Es un asco que se honre de esa manera a un represor de obreros”. Entró al estacionamiento, estacionó la Zanella, saludó a Tito, el sereno, se acomodó el cuello del polerón y caminó rápidamente rumbo a Carabobo.

Unos metros antes de llegar a la esquina, sintió el chirrido de unos frenos y vio a un hombre alto, robusto, bajar de un auto gris con un revólver en la mano derecha. Sintió miedo, su primera reacción fue correr, alejarse, cruzar la calle; seguía mirando sobre el hombro, de costado, y veía como el tipo ese lo seguía. “Este me roba”, pensó. Cruzó Ramón Falcón sin mirar, estaba muy oscuro, el farol que colgaba sobre la calle estaba apagado, una camioneta frenó, pero no fue suficiente. Pepe quedó tirado sobre la calle, unos metros por delante del vehículo que lo había atropellado, vio como el agresor se quedaba parado sobre la vereda, mirándolo. Fue lo último que pudo ver. Con un estremecimiento dejó de respirar. Un charco de sangre mojaba su ropa y el asfalto. Hubo quien corrió a socorrerlo, hubo quien llamó a una ambulancia y hubo quien se alejó velozmente con un arma en la mano derecha.

24 de mayo del 2010, lunes de madrugada

Pasadas las tres de la madrugada, Clara recibe un llamado en su celular, era Elena, llorando. La amiga le cuenta que a su hijo lo atropelló una camioneta, que un testigo vio a un hombre alejarse corriendo con un revólver en la mano, que no se sabe qué pasó, que ni siquiera le robaron, que cuando fue a buscarlo al hospital le dijeron que había muerto, que lo fuera a reconocer a la morgue.

—Por favor, Clara, acompañame, sola no puedo. Estoy en el hospital Piñero—. Le suplicó Elena, entre lágrimas.

Mientras anota la dirección Clara trata de entender lo que le está contando su amiga. Todavía aturdida por la noticia se cambia

y sale a buscar un taxi. Media hora después, cuando está entrando a la recepción del hospital, le suena el celular: es Silvia. La joven le cuenta entre llantos que mataron a su amigo, en la calle, que lo atropelló una camioneta, que no saben lo que pasó, que...

Mientras hablan, Clara escucha que Silvia habla con alguien más, la voz suena en el auricular, entre llantos, y también suena cercana, como si estuvieran allí. Clara levanta la mirada y frente a ella, a pocos pasos, Silvia se abraza con Elena, ambas lloran. Cuando se dan la vuelta y ven a Clara, las dos mujeres corren a abrazarla. Se detienen y se miran sin comprender.

Si de algo Pepe estaba seguro, es de que moriría antes de cumplir treinta y tres. Lo que nunca supo es que lo haría virgen y sin lograr organizar su revolución social.

Nueve segundos

De nuevo los mismos pasos, como cada noche. Ese sonido hueco, seco, que me aturde y me penetra hasta lo más profundo de la cabeza. Ya los he contado una y otra vez; son treinta y siete golpes contra el piso de madera y luego, el silencio. Un momento en el que nada se escucha, vacío total, oscuridad, que dura exactamente el tiempo que me lleva contar hasta nueve, con el ritmo de un segundero. Nueve segundos que se hacen minutos interminables; porque ya sé lo que sigue. Treinta y siete pasos firmes, seguros; luego el mismo silencio, por otros nueve segundos; y de nuevo la misma repetición mecánica. Recién logro salir de esta secuencia cuando siento el sonido de la barrera, y luego el traqueteo de las ruedas de algún tren sobre las vías, en el paso a nivel cercano a mi habitación. Siempre me despierto con el sonido monótono, constante, rítmico del metal contra el metal. Así cada noche, cada media hora, desde que me logro dormir, y hasta que el sol penetra por la pequeña ventana enfrentada a mi cama. ¿Para qué me quiero despertar cuando recién amanece? Si no hay nada que hacer. Ya no tengo motivo alguno para comenzar el día a esta hora, a esta maldita hora, en que los sueños se alejan de mí. Tan solo quisiera poder dormir una noche completa, sin pasos, sin silencios, sin trenes y sin sol. ¿Cuándo van a poner una cortina, o un cartón, o algo oscuro que impida que la luz me despierte tan temprano?

Hace frío, mucho. La calle está casi desierta, en un rato sale el sol y comienza la vida de todos los días. En la radio, Misty (qué dulce la voz de Ella Fitzgerald). ¡Esta maldita calefacción que no logra entibiar el interior del auto! Quiero llegar, faltan unas cua-

dras. Tengo sueño. Debería haber vuelto antes, pero no quería, las horas pasaron sin darme cuenta. Después de veinte años, estaba igual. En realidad, la encontré mucho más interesante, la edad le hizo muy bien. Su sonrisa, su mirada, sus manos, esa forma de hablar mirando directo a los ojos; no sé si será el producto de su madurez o tan solo mi deseo de estar cerca de su piel como antes, de sentir su respiración con olor a canela, que me hacen verla como alguien inalcanzable, casi irreal. Vuelven recuerdos de ese año en la facultad, cuando todo eran ideales, utopías, tardes ardientes en su habitación, entre libros, besos y café. El tiempo pasó, nos pasó, nos llevó a ser lo que hoy somos, dos extraños que sin saberlo se desearon más de lo que supieron vivir. ¡Qué boludo que soy! No le pedí el teléfono. Todo fue tan de sorpresa... Nunca me imaginé volver a verla. La busqué durante un tiempo, se había ido de la ciudad. Una nueva casa, un trabajo, algunas parejas. A la librería entré de casualidad, y ella estaba allí, revolviendo la mesa de ofertas, como antes, de la misma forma en que lo hacíamos juntos. ¡¿Qué es eso?! Me mira, se queda inmóvil en la calle. Frenos, volantazo para no atropellarlo. El maldito poste.

—Carlos. ¿Me escuchás?

—No siento las piernas. ¿Dónde estoy? Me duele la cabeza. ¿Qué tengo en la cara?

—Mirá, hermano, fue un accidente. Ahora tenés que estar bien tranquilo.

—¿Y el perro?

—¿Qué perro? Vos no tenés animales. Nunca quisiste hacerte cargo de nada con vida, ¿te acordás? Siempre decís eso.

—Había un perro, me miraba fijo. Estaba inmóvil, petrificado. Me suplicaba con los ojos. No entiendo. ¿Y Laura?

—¿Quién es Laura? Apenas me avisaron vine.

—¿Por qué te llamaron a vos?

—En el coche estaba tu agenda. En una hoja estaba anotado mi nuevo celular. ¿Te acordás de que te llamé para dártelo?

—No, no me acuerdo. ¿Qué día es hoy?

—Miércoles. 6 de mayo.

—¿Miércoles? Ayer tenía turno con el dentista. ¿No fui?

—Hace más de una semana que estás acá, en esta cama. Estuviste inconsciente.

—Era sábado, hacía frío. Tenés que encontrar a Laura. Necesito decirle algo.

—¿Quién es Laura? Decime, así la busco.

—Se llama Laura. Laura Sánchez.

—¿Tenés algún otro dato? Teléfono, dirección, algo más.

—No, solo eso. Laura. Laura Sánchez.

—Está bien, tranquilizate. La voy a buscar. Pero ¿por dónde empiezo? Debe haber montones de Lauras Sánchez, es un apellido muy común.

—Por favor, encontrala. Hay algo que no pude decirle, no me animé.

—¿Querés que llame a alguien más?

—No, gracias.

—Me quedo hasta que te duermas. Ahora en un rato te van a dar los remedios, eso seguro te dará sueño.

—Pablo.

—Sí, decime.

—¿Estoy jodido, no?

—Ahora descansá, no pienses en nada.

—Debe ser malo, no me querés decir.

—¿Querés agua? ¿Una revista?

—No, dejá. Mejor tratá de encontrar a Laura.

—Bueno. Te veo a la tarde, después del trabajo vengo.

Treinta y tres, treinta y cuatro, treinta y cinco, treinta y seis, treinta y siete. Silencio. Nueve segundos eternos. Uno, dos, tres, cuatro. La barrera. El tren.

¿Qué hora es? Está oscuro. Otra vez me meé encima. La puta que me parió. No me banco más esta mierda.

Me tengo que animar. Estamos frente a frente. En un par de vasos de güisqui nos contamos mucho de estos años, pero no puedo decirle nada. Sus ojos dicen más que sus palabras. Esa mirada también guarda algo. Quizás ella tampoco se anime. Me conformo, es cómodo. Ambos estamos evitando llegar a un lugar que tal vez no tenga retorno. Mejor no decirlo; sí, es mejor así.

La luz de nuevo, me molesta. Todavía no pusieron la cortina. Ahí esta Pablo, hablando con alguien. Vienen hacia mí.

—Hola, hermano, ¿cómo estás?

—Si no fuera porque no puedo dormir, ni porque la luz me taladra los ojos, o por los pasos y los silencios, o porque me meo y me vuelvo a mear a cada rato, te diría que muy bien. Pero sería un mentiroso, y mi papá me enseñó que mentir es malo.

—Siempre tuviste ese humor de mierda. Cuando te burlabas de la desgracia ajena, muchas veces me pregunté si serías capaz de soportarlo vos. Me arrepiento de pensar eso.

—¿Por qué te vas a arrepentir?

—No sé. Pienso. Me siento un boludo invocando la desgracia.

—Sí, siempre fuiste un boludo.

—Gracias, yo también te quiero.

—Señor Lifrace. Soy la doctora Estrada.

—Carlos, doctora. Solo Carlos.

—Liliana, Carlos. Dígame, Liliana

—Bueno, ahora que ya somos amigos ¿a qué debo su grata visita? ¿Es grata?

—Quisiera haberlo conocido de otra manera.

—Yo también. O por lo menos no estar todo meado. No es de caballeros mearse encima antes de un cita.

—El doctor Carrasco me pidió que hablara con usted.

—¡Qué atento el doctor! Dele las gracias de parte mía. ¿Y de qué tenemos que hablar? Le cuento, para que sepa, que no acepto salir con desconocidas.

—Usted tuvo un accidente bastante complicado.

—Sí, por momentos tengo imágenes. Muy confusas. Hay un perro que me mira, un poste, luego oscuridad y silencio.

—Eso fue el sábado, sábado 25 de abril. De madrugada.

—Hacía frío, y había un perro que me miraba. Quieto, con los ojos brillantes, fríos, fijos, grandes, amarillos.

—Es bueno que recuerde esos detalles.

—Los pasos, los silencios. Son treinta y siete pasos y nueve segundos de silencio. Treinta y siete pasos y otra vez nueve segundos de silencio. Así hasta que pasa el tren o entra luz por esa ventana. ¿Cuándo me van a poner una cortina?

—¿Una cortina? ¿Dónde? ¿Qué tren?

—En esa ventana. Se lo pedí a la enfermera. El tren que pasa cada media hora.

—¿Cuando se lo pidió?

—Hace unos días.

—¿Unos días? Usted se despertó hoy, después de once días.

—Pero… No sé, puede ser. ¿Pueden poner una cortina? El sol no me deja dormir.

—Ahora lo pido, no se preocupe. ¿Le molesta que hablemos del accidente?

—No, para nada. Lo disfruto.

—Carlos, dejate de joder. Te está hablando en serio.

—Yo también.

—Estuvimos viendo los resultados de los exámenes que le hicimos mientras estaba inconsciente.

—¿Tengo colesterol?

—Es un poco más complejo. Su cadera quedó aplastada entre el asiento y el tablero del auto. Parece que, cuando frenó, perdió el control del coche.

—Sí, el poste.

—La cadera está fracturada en varias partes. Eso no sería problema, ya que los huesos sueldan. Pero la columna oprime a la médula. Por eso no puede mover las piernas.

—No las siento. ¡Puta madre! Me meé de nuevo. No me doy

cuenta, no siento nada. Solo que me mojo, mojo el colchón, y cuando esta mierda se enfría, lo siento en las manos.

—Sí, de la cadera para abajo no puede sentir nada. Pero por suerte puede mover los brazos. Intentamos ponerle una sonda, pero dado su estado le puede producir una infección.

—Igual, siempre fui malo para bailar. ¿Te acordás, Pablo? Nunca me levantaba una mina en los boliches. ¿Sabe, doctora? Siempre fui de madera. Bueno, no muy distinto a lo que soy ahora. Y por lo de la sonda, no se preocupe, prefiero que siga viniendo la enfermera a limpiarme.

—Lo vamos a operar. Necesitamos su autorización. Estuvimos esperando a que estuviera consciente.

—¿Es jodida? Digo, la operación.

—Hay muchas posibilidades de que salga bien.

—No me diga cuántas. Prefiero no saberlo. Tampoco quiero saber qué me van a hacer.

—Pero tiene que autorizarlo.

—Pablo.

—Sí, decime.

—Confío en vos.

—No me pidas eso. Vos podés decidir.

—Confío en vos. Gracias, doctora.

—Carlos. Por acá no pasa ningún tren.

Nueve segundos. Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Barrera. Tren. Oscuridad. El perro, me sigue mirando. ¿Y Laura? Habíamos quedado en vernos en el mismo bar al día siguiente. ¿Me habrá esperado? Qué jodida puede ser la vida. La volví a ver. Charlamos. Y, como buen boludo que soy, no le pedí el teléfono. Nunca fui bueno para estas cosas.

—Hola, hermano, ¿como estás hoy?

—Mejor que mañana y peor que ayer. ¿Y vos, cómo estás? ¿El laburo? ¿Siempre rodeado de curdas? ¿Mabel?

—Pensé que no te acordabas de ella.

—No me acordaba. No sé por qué te lo pregunté.

—Con Mabel hace más de un año que no nos vemos. ¿No te acordás? Vos estabas el día que discutimos.

—Sí, por el chabón ese, ¿cómo se llama? Bueno, ¿qué importa?

—Te vas acordando. De a poco, Carlos, de a poco. Ya vas a salir de esta. Confía en mí, mejor creé en vos.

—Sí, nunca me miento.

—Veo que el humor de mierda de siempre sigue intacto.

—Parece que a ese no lo comanda la médula.

—Locura, me tirás algún otro dato de Laura. No sé por donde buscarla.

—Le gusta leer.

—Bueno, eso es algo. Y ¿qué tipo de libros?

—Con hojas, preferentemente de papel. Con letras negras.

—¿Letras grandes o chiquitas? Dale, pelotudo, hacé memoria, así te ayudo a encontrarla.

—¿Te acordás de que te conté que hace una bocha de años estudié unas materias en la facultad?

—Sí, ¿qué mierda era lo que estudiabas? ¿Ikebana?

—No, nabo. Educación especial. Para chicos con dificultades.

—¿Te sentías identificado?

—Sí, con la concha de tu madre.

—¡Ese es mi Carlitos! El mismo sorete, guarro de siempre. Te quiero, hermano.

—Yo no, me importás una mierda. Pero no tengo a otro boludo cerca, así que te toca a vos encontrarla.

—Tirame otro dato.

—En Palermo, en la cuarta carrera, el ocho. Gana seguro.

—Gracias. Prefiero el bingo. Hay viejitas con guita.

—El otro día andaba por Corrientes, mirando libros.

—¡Qué raro vos! Ya no tenés lugar para poner más libros. Los tenés tirados por toda la pieza.

—Los compro para leerlos, no para que los boludos como vos los vean ordenados.

—Dale, seguí con el relato de tu paseo por Corrientes.

—Estaba en la librería que está al lado del cine ese que dan películas porno. Cerca de la disquería del cordobés.

—Sí, ya sé. La librería en donde trabaja la culona. Voy seguido.

—A verle el culo, porque, que yo sepa vos, con los libros no te llevás muy bien.

—Bueno. Bueno.

—Estaba revolviendo, me di la vuelta y la vi. Estaba leyendo una contratapa en una de las mesas de ofertas.

—Bueno, es algo. Voy a preguntarle a la minita si la conoce. ¿Sabés de qué labura?

—Vende libros.

—No, la culona no. Laura.

—Ella se recibió. Es profesora.

—Bueno. Si la encuentro, ¿le digo que venga?

—No sé. Quiero hablar con ella. Pero no me gustaría que, justo cuando venga, yo estuviese todo meado.

—Capaz que se excita.

—Forro.

—Permiso. Vengo a poner una cortina.

—Al final, hace una semana que la pedí.

—Recién me lo dijeron hoy. Igual un poco de sol le vendría muy bien.

—Gracias. Prefiero un cigarrillo. ¿Tiene?

—Acá no se puede fumar.

—Tampoco mear en la cama.

—Tenga. Que no lo vean. Son negros.

—Gracias. No soy racista.

—Me voy, Carlos. Voy a Corrientes.

—Saludos a la culona. Pablo...

—Sí, decime.

—Gracias por estar.

Si tan solo le hubiera pedido el teléfono… ¿Y si no la vuelvo a ver? ¿Si me muero sin poder decirle lo que quiero? ¡Para qué mierda volví a manejar! Si yo estaba tan bien sin auto. Quizás todo hubiera sido distinto. Tomaba un taxi, llegaba a casa, me dormía y al otro día, habiendo juntado fuerza, le hubiera contado. ¿Será el puto destino el que me lleva a estar así? Otra vez me meé.

Nueve segundos. Uno, dos, tres, cuatro, cinco… treinta y cuatro, treinta y cinco, treinta y seis, treinta y siete. Nueve segundos de silencio. El perro que me mira. La cara de Laura. El tren. Está oscuro, todo en silencio. No me animo a prender el velador. ¿Por qué la médica me dijo que no hay ningún tren cerca? Si lo escucho cada media hora. Me despierta.

—Buen día, Carlos.

—Hola, doctora Liliana. ¿Hace frío o calor afuera?

—¿Piensa salir?

—Estaba pensando en invitarla al cine.

—Me gustan las de acción. De chica, con mi papá, iba a un cine muy cerca de casa. Veíamos películas policiales, o de guerra. A él le gustaban y me lo contagió. Después me llevaba a comer pizza, él tomaba un vaso de vino moscato y yo, una coca. Esos días eran los más lindos, lo veía y compartíamos el cine y la comida.

—Y los otros días ¿no eran lindos?

—No mucho, de la escuela a casa de mis abuelos, vivía allí.

—¿Y mamá?

—Prefiero no hablar de eso. Vine a verlo por la operación: está programada para el martes.

—Martes. ¿Hoy es…?

—Sábado, Carlos, sábado. El otro día, cuando le empecé a hablar de la operación, le dije que había muchas posibilidades de que salga bien.

—Sí, me imagino. Y otras tantas de que todo termine. Quizás sea lo mejor.

—No, no piense eso. Bueno, es una posibilidad. Pero hay más posibilidades de éxito que de fracaso.

—Claro. Ustedes, los médicos, no me dejan de sorprender con la frialdad que pueden encarar este tipo de conversación. Estadísticas, posibilidades. Después de todo, estamos en sus manos.

—No, no es así. Bueno, en mi caso no. Me cuesta bastante hablar de estos temas.

—¿Por qué? Si casi ni me conoce. ¿En qué podría afectarla el hecho de que de un momento a otro deje esta cama libre para un nuevo inquilino?

—Estuve hablando con Pablo, su amigo. Me contó que necesita encontrar a una mujer, Laura me dijo que se llama.

—Flor de buchón.

—Me gustaría que alguien, en algún lugar, necesitara encontrarme. Bueno, le quise comentar de la fecha programada para que la tenga en cuenta, por si encuentra a su amiga.

—Me doy cuenta, esas posibilidades, las malas, son bastante mayores que las otras. Entiendo.

—Carlos. Lo que necesite, cuente conmigo.

—¡Hola, pendejo!

—Los dejo, hasta luego.

—Hasta luego, Liliana. Gracias.

—¿Cómo va mi meoncito?

—¡La puta que te parió!

—Tranquilo. Hay buenas nuevas.

—Contame. ¿La viste?

—No, verla no. Pero hablé con la librera.

—La culona dirás.

—Sí, con ella. Parece que sabe quién es Laura. Hay un par de libros reservados, señados, a nombre de Laura. Los reservó fuera del horario en que esta chica, Susy, trabaja.

—Así que le sacaste el nombre. ¿Ya sabés el teléfono también?

—Algo mejor. Mañana nos vamos a tomar un cafecito.

—Cafecito. Eso me suena a telo barato. Bañate, trolo, y llevá forros. De los que aguanten, digo, por si se te cumple el sueño.

—Dios te oiga.

—Dios no existe, boludo.

—Bueno, sigo. Laura, o por lo menos la mujer que reservó los brolis, debería pasar hoy a buscarlos. Parece que todavía no había cobrado el sueldo.

—¿Qué fecha es hoy?

—Sábado, 9 de mayo.

—Puede ser lo del sueldo. Es docente. Estos hijos de puta, la escuela en donde trabaja, una privada, le garpan para el orto. De eso me habló. El otro día, cuando nos encontramos y le dije de ir a tomar algo, no quería porque no tenía un mango.

—Y vos, como buen caballero, la invitaste.

—Y sí, el viejo me enseñó eso. Siempre me decía: "A las damas hay que invitarlas. Si no tenés plata, ni se te ocurra salir". Parece que me quedó más de una enseñanza.

—¿En qué quedaste con la culona?

—Susy.

—Sí, Susy, la culona.

—Le dejé el número de mi celular. Si llega a pasar me avisa. Le va a pedir los datos, nombre, apellido, teléfono y alguna que otra boludez con la excusa de que están armando una base de datos de clientes.

—¡A la mierda! Que le caíste bien a la cu... a Susy.

—Mis encantos masculinos. Más de una me ha tratado de objeto sexual. Bueno, locura, me rajo para el laburo. Vos fumá, yo me ocupo de encontrar a Laura.

—Pablo. Por las dudas no le digas que estoy acá, en esta cama. No sé si quiero que me vea así.

—Sí, ya sé. Ya me lo dijiste. Tranqui.

Tendido en esta tumba en vida, en esta puta cama que me devora de a poco, regado por mi propia meada, pienso en el mo-

mento en que me enganché con esa mina que me arruinó. Me quitó el futuro. Ese futuro en que me veía con Laura. Leyendo juntos, caminando, discutiendo del argumento de esa película que compartimos aquella tarde de lluvia o de cómo íbamos a cambiar el mundo. De la eternidad de sus besos. Del éxtasis de sus caricias. ¡Qué pelotudo! Qué ciego estaba cuando la vi, y ella me miró, directo a los ojos, devorándome y prometiéndome algo que nunca podría cumplir. Me perdí. Fueron tres meses de jugar a la doble vida. De salir de la casa de Laura, para ir corriendo a sucumbir ante mi perdición. Mañanas enteras de pasión, casi sin hablar, no había tiempo, todo era sexo. Cuando me enteré que era su madre, la madre de Laura, quise desaparecer. Que me tragara la tierra. Pero eso hubiera sido por demás de sencillo. Y ahora necesito encontrarla. Para contárselo. Decirle por qué aquella tarde no fui a verla, por qué me mudé de la pensión. No podía mirarla a los ojos. Bastante me pesaba el engaño, mi propio engaño.

Treinta y cuatro, treinta y cinco. Barrera. Tren. Perro. Laura. Poste. Silencio. Ventana sin sol. Cortina. Zumbidos. Dolor. Mucho dolor. Pero dolor que no se siente en el cuerpo. Dolor que no se cura. Dolor de haberla lastimado. Dolor propio en el cuerpo del otro. No sé cuánto más voy a aguantar. Si tan solo hubiera tomado un taxi.

—Carlos. Carlos. Escuchame. ¿Estás dormido?

—¿Eh? No, boludo, estoy jugando a las escondidas abajo de las sábanas.

—La encontré. Es ella. Tengo el teléfono. ¿Qué querés hacer?

—Hablarle.

—Le digo que venga.

—No, pará. Mejor prestame el celular. La llamo y le digo lo que no me animé a decirle.

—No querés que venga, entonces.

—No.

—Dale, no seas cagón. La llamo y que venga, así le hablás de frente.

—No, hermano, no me animo. Llamala y pasame.

—Como quieras. ¿Ahora?

—Sí, dale. Si no me animo de una vez, no lo hago más. Quiero hablarle antes de que me operen. Me la veo jodida.

—No seas boludo. Vas a salir de esta.

—Dale, llamala.

—Hola. Buenos días. ¿Hablo con la señorita Laura? Un segundito, por favor. Dale, tomá, hablale.

—¿Laura? Soy Carlos.

—Te esperé en el bar. ¿Qué paso? No viniste. Me preocupé.

—No, es que tuve que viajar, de golpe. Por laburo. Ahora estoy en Brasil.

—¿Brasil? ¡Si me estás llamando de un celular de Buenos Aires! Carlos, ¿qué pasa?, ¿por qué me tenés que mentir, diciéndome esto de Brasil?

—Laura, quiero decirte algo. No importa en dónde estoy.

—Yo también tengo algo que decirte, desde hace veinte años que te lo quiero decir. El otro día no me animé. ¿Dónde estás? Veámonos y hablemos mirándonos a los ojos.

—No puedo, Laura. No quiero que me veas así.

—Sea lo que sea, decime en dónde nos podemos ver.

—Bueno. Vení al hospital Italiano. Estoy en la habitación doscientos veintiocho.

—Carlos, ¿qué te paso? Voy para allá.

—Viene. Viene Pablo. Por favor, quedate, ayudame.

—Tranquilo. Estoy con vos.

—¡Qué boludo que fui! Que soy.

Uno, dos, tres.... treinta y seis, treinta y siete. Nueve segundos de silencio. Barrera. Tren. Perro. Poste. La historia se repite, como cada noche. Pero ahora es de día, estoy despierto y escucho los pa-

sos, cuento el silencio. Me duele el pecho, muy fuerte. Siento el sonido del tren, miro al perro. Veo a Laura. Llegó Laura.

—¡Carlos! ¿Por qué no me llamaste antes?

—El otro día no me animé a pedirte el número de teléfono. Te encontró Pablo, él, mi amigo.

—Antes de que me cuentes nada, por favor, escuchame, Carlos.

—Yo te quiero decir algo, Laura, algo que todos estos años estuvo acá adentro, tapado.

—Por favor, escuchame primero. Cuando te fuiste, desapareciste, no entendía que pasó. Te habías ido de la pensión. Estuve varios días en casa, sin salir, esperándote.

—Fue hace tanto tiempo. Éramos dos pibes. No te quería ver. No podía mirarte a los ojos. Lo que te había hecho era imperdonable. Así, como si nada, tu vieja, yo...

—Callate y escuchame, Carlos, es justo sobre ella de lo que te quiero hablar. Cuando mamá estaba en segundo año de medicina, comenzó a verse con un ayudante de cátedra. Se encontraban varios días a la semana, hasta que un día él desapareció. Nunca lo volvió a ver.

—¿Y eso qué tiene que ver, Laura? No entiendo.

—Que unos meses después nací yo, Carlos. Mi padre, ese tipo, la dejó cuando se enteró de que estaba embarazada. Ella tuvo que dejar su carrera, buscar trabajo, criarme sola. Por eso siempre quiso que esa historia no se repitiera, que a mí nadie me hiciera lo mismo. Lo único que siempre me pidió fue que terminara de estudiar, que me recibiera. Me costó más de cinco años de terapia entender lo que me hiciste, y lo que me hizo, lo que me hicieron.

—Pero entonces… ella lo planeó todo, ¡qué hija de puta!

Fueron las últimas palabras de Carlos. El dolor en el pecho se hizo insoportable, agudo. Uno, dos, tres, cuatro… treinta y cinco, treinta y seis, treinta y siete. Nueve segundos de silencio. Barrera. Tren. Perro. Poste. Oscuridad. Silencio. Silencio. Silencio.

Quitapenas. Cooperativa de Servicios Limitada

Miércoles, 25 de mayo del 2011, diez de la mañana

En algún rincón del barrio Eva Perón, allá al fondo de Lanús Oeste, David piensa en cómo pasó todo: la pérdida de la confianza, el asesinato de Pablito, los muchachos vaya a saber dónde, el abogado desaparecido; y a la luz de la luna, su mujer y los tres pibes, viendo el horizonte, como tratando de encontrar el destino de la mirada del hombre.

La vida en el barrio siempre fue dura: unos pocos meses en la escuela —hacía casi quince años—, luego, la calle, alguna que otra changa como ayudante de albañil, el ingreso frustrado a la policía bonaerense —"sin primaria completa no se puede", le dijeron en la oficina de reclutamiento—, muchas promesas de políticos incumplidas, la muerte de la madre —*"la ambulancia no llega hasta el fondo de la villa",* dijo el médico que se animó a entrar solo— y el hambre, quizás el único compañero que estuvo siempre junto a él.

Muchas palabras resuenan en sus oídos, demasiadas justificaciones para sus escasos veinte años.

Cuando conoció a Magalí, pensó que estaba enfermo: cada vez que veía a la mujer, algo raro, desconocido, pasaba dentro de su cuerpo. Fue el Tolo quien se dio cuenta. "Tás metejoneado, David, es eso". Y David se animó, le habló. Tres hijos en tres años de vivir juntos. David quiere algo distinto para ellos, no sabe bien qué, pero algo sí sabe: no quiere que vivan lo que él tuvo que vivir.

—Sandra Arancibia.

—Edad.

—Veintiséis.

—Nacionalidad.

—Argentina.

—Número de documento.

—Treinta y dos, cuatrocientos veintiséis, trescientos nueve.

—Domicilio.

—Cabildo, seis, setenta y cuatro.

—Piso.

—Sexto.

—Departamento.

—No, es todo el piso.

—Teléfono.

—Celular. Ocho, siete, cuatro, ocho, uno, tres, cuarenta.

—Señorita Arancibia, ¿por qué motivo recurrió a esta fiscalía en lugar de hacer su denuncia en la policía?

—No confío en ellos, creo que están involucrados.

—¿Tiene pruebas de lo que dice?

—De que estén involucrados, no; de lo que quiero denunciar, sí.

—Bien, en un momento viene la señora fiscal y procedemos con la declaración. ¿Quiere un café?

—Sí, le agradezco. Estoy bastante nerviosa.

—Relájese. Lo que nos cuente en esta sala permanecerá aquí.

La sala en cuestión era una habitación pequeña, escasamente decorada. Había un escritorio marrón, de oficina, con una computadora y algunos expedientes, un par de libros y un florero sin flores. Ellos estaban sentados enfrentados, alrededor de una mesa de reunión. Había dos sillas más. En la pared del fondo una biblioteca medianamente ordenada; sobre la pared de la izquierda, una ventana con cortinas celestes. Las paredes estaban empapeladas con un estampado de pequeñas flores en tonos ocre y arena. Sobre la pared de la derecha, una puerta cerrada que parecía ser la del baño; a sus espaldas, la puerta de acceso. Fue por allí por donde, mientras la joven observaba el ambiente, entró la fiscal de turno.

—Buen día, señorita... Arancibia, soy la doctora Argibay —dijo leyendo el nombre de la joven en un papel que le entregara el secretario.

—Buen día, doctora.

—Si le parece bien, vamos a continuar con la declaración que empezara a tomarle mi secretario.

—Sí, por favor —En estas palabras se notaba un tono de súplica más que de cortesía.

—Le comento sobre el procedimiento. Todo lo que nos cuente será escrito, luego le daremos una copia impresa para que lea y firme en conformidad. Si con esta declaración se iniciara alguna causa, la misma pasará a formar parte del expediente y tendrá carácter legal. Si se llegara a la instancia de juicio, se la llamará a declarar a cerca de la veracidad de lo asentado en este acto. ¿Está de acuerdo en continuar?

—Sí, doctora. Necesito declarar.

—Entonces cuénteme.

—No sé por dónde empezar.

—Por el principio. Relájese. ¿Qué es lo que quiere declarar?

—Quiero denunciar a un estafador y asesino.

—¿Hubo algún asesinato consumado?

—Sí.

—Bien. Espere un segundo, por favor. Cortínez, además de dactilografiar la declaración, por favor, grábela.

—Muy bien, doctora. Cuando disponga.

—Empezamos. Miércoles, veinticinco de mayo de dos mil once, a las once y treinta y cuatro, se presenta en esta Unidad Fiscal Norte de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires la señorita Sandra Arancibia, nacida el catorce de marzo de mil novecientos ochenta y cinco, argentina, con documento nacional de identidad número treinta y dos millones cuatrocientos veintiseis mil trescientos nueve, domiciliada en la avenida Cabildo, seiscientos setenta y

cuatro, de esta Ciudad Autónoma de Buenos Aires, para realizar una declaración voluntaria. Cuéntenos, señorita Arancibia.

—Quiero denunciar a Andrés Ramírez Taboada por estafa y por asesinato.

—¿De dónde conoce al señor Ramírez Taboada?

—Es… Bueno, era mi pareja.

—¿Hasta cuándo fueron pareja?

—Hasta el domingo pasado.

—¿Domingo veintidós de mayo? —pregunta la fiscal mientras mira un calendario de escritorio.

—Sí, creo que sí, que fue veintidós. Este domingo que pasó.

—Antes dijo que estafa y asesinato. ¿La estafó a usted?

—Se podría decir que a mí me abandonó, después de prometer muchas cosas, entre ellas tener un hijo juntos.

—Bien, pero eso no se considera un delito.

—También estafó a los miembros de una cooperativa que él gerenciaba.

—¿Qué profesión tiene el señor Ramírez Taboada?

—Abogado.

—Y sobre el asesinato, ¿qué nos puede decir?

—Fueron alrededor de diez asesinatos, no fue uno solo.

—¿Consumados por él mismo?

—No, él, como le dije, dirige la cooperativa.

—No la entiendo. ¿A qué se dedica la cooperativa?

—Él la definió como una cooperativa de servicios.

—¿Qué tipo de servicios?

—Crímenes por encargo. La especialidad, homicidios, aprietes y torturas.

La mirada de la fiscal se quedó inmóvil por unos segundos, fija en la cara de Sandra. Se sacó los anteojos, tomándose la frente con la mano derecha. Suspiró profundamente.

—Cortínez, por favor, dos cafés.

Martes, 1 de marzo del 2011

“Una mañana fresca y soleada, un buen día para comer un asado”, pensó Pablito mientras se dirigía al encuentro con los muchachos del barrio, sus colegas, como les gustaba llamarse cada vez que se encontraban.

Los últimos meses habían sido difíciles; cada uno trabajaba por las suyas y cada vez ganaban menos. Desde hacía un par de semanas, Pablito pensaba en cómo cambiar esto: ya estaba cansado de ser un perdedor, de estar siempre con el bolsillo escaso.

De casualidad se encontró con el Preto, antiguo compañero del correccional de menores. El Preto y Pablito se habían escapado juntos hacía unos seis años. Vinieron desde Santa Fe al sur del conurbano; Pablito se quedó en Lanús; el Preto se instaló en el Docke junto a una chica que tenía una casilla “con vista al río”, le gustaba decir. Al tiempo, ella desapareció, nadie preguntó nada, el Preto se quedó con la casa y los muebles. Pablito consiguió un trabajo en un depósito de chatarra, a los pocos meses lo despidieron, “hay poco trabajo, pibe”. Desde allí anduvo de un lado a otro haciendo lo que podía para conseguir el mango diario. De novias ni hablar, la vieja mató al padre, celos dijeron.

El día que se reencontraron, cervezas de por medio, el Preto le hizo la propuesta. Parecía fácil, solo tenía que juntar a la barra y plantearles la solución a la miseria actual. No había mucho para preguntar, no tenía por qué perder la oportunidad de ganar unos pesos, el Preto le ofrecía una buena suma en efectivo por su servicio. Y hacia allí iba.

Cuando llegó al bar del turco Saún, ya estaban casi todos los convocados. Pedro, el Rulo, el Narigón, Fierita, la Gorda (apodo que le habían puesto a Jacinto luego de adelgazar veinte kilos), el Chapulín, los hermanos Valdivia, el de la Cruz (se llamaba Jesús) y el Culo (por su mentón dividido en dos por una línea vertical).

En la mesa se contaban seis botellas de Quilmes vacías.

—Ahí viene Pablito. Traete otras dos Turco, bien frías.

De fondo sonaba cumbia en la rocola. “Muy fuerte para mi gusto”, pensó Pablo mientras se sentaba junto a los muchachos.

—Turco, bajá un poco esa cosa. No se puede ni hablar.

—Dejalo, Turco, este es un amargo. Lo pusimos recién, loco, aguantá —dijo el Culo mientras prendía un porro.

—¿Cuándo vas a dejar esa mierda? ¿No ves que te destruye las neuronas?

—¿Las qué? Andá a cagar, Pablo. ¿Que sos, mi vieja sos?

—Che, tranquilos —interrumpió el Narigón—. Contá, loco ¿para qué nos llamaste?

—¿Y los otros no vienen? —preguntó la Gorda.

—Si no vinieron, se joden, se quedan afuera. Quedamos a las once, ya son y media. Somos los que estamos.

Mientras Pablito ordenaba la reunión, se escuchó en la puerta al Pelado.

—Disculpen, muchachos. Me atrasé porque estoy flojo del estómago, casi no vengo.

—¿Qué te morfaste? —le preguntó el Rulo en tono cómplice.

—Debe de ser el agua. Allá al fondo no llega, la vamos a buscar con unos bidones a la canilla que está a la entrada.

—Bueno, ¿empezamos? —preguntó Pablito, ignorando los comentarios de sus compañeros.

En la mesa, todos se quedaron en silencio, esperando lo que les quería decir el morocho.

Pablo había adquirido una actitud natural hacia el liderazgo. Ya desde el correccional lo hacía valer y sus compañeros del barrio lo sentían así; por eso la mayoría había respondido a su llamado.

—Hace algún tiempo que vengo pensando en cómo podemos salir de esta miseria en la que estamos sumergidos. Sé que a ustedes les pasa lo mismo, muchas veces hemos hablado de esto, pero nunca hacemos nada para cambiarlo.

—¿Y qué pensaste, Pablito? —interrumpió el mayor de los Valdivia, Ramón, quien hasta ese momento había permanecido en silencio, distante del grupo.

—Creo que lo que tenemos que hacer es organizarnos, sumar nuestras habilidades, trabajar juntos.

—¿Juntos? ¿Cómo? —preguntó sorprendido el Culo.

—Armando una cooperativa, de servicios.

—¿Qué? ¿Nos vamos a convertir en laburantes ahora?

—Somos laburantes, Chapulín. Cada vez que nos contratan lo somos. Cumplimos con el servicio y nos pagan. ¿Acaso eso no es ser un laburante?

—Mirá, loco, a mí esto no me suena… Yo voy, hago boleta a quien me dicen, cobro por eso y listo—. La voz que se escuchó, decidida, era la de Fierita—. Y vos, ¿qué sabés de cooperativas? ¿Hiciste un curso?

—No, algo leí. Lo que pensé es juntarnos con alguien que sepa. Hay un abogado que creo que nos podría dar una mano, trabajar con nosotros.

—¿Lo conocés? —preguntó tímidamente el otro Valdivia.

—Me lo presentó un amigo. Nos podríamos juntar con él y ver qué sale… ¿Qué opinan?

—Y ¿por qué no?

—¿Cómo, no era que a vos no te sonaba? ¡Andá a cagar, Fierita! —El comentario del Rulo hizo reir a casi toda la banda.

—¿Y cuándo lo podemos ver? Digo, no perdemos nada.

—Tenés razón, Pedro, peor no podemos estar. Yo pensé que podría ser el domingo en el cumpleaños del Pelado.

—¿En mi casa?

—¿Qué, te molesta? Capaz que te llevemos algún regalo, gilún. —contestó con ironía el Rulo.

—Ta bien, vengan a la tarde, a eso de las seis. Para esa hora ya va a estar todo tranqui. Al mediodía viene mi vieja, y ya saben que no le gusta que ande con ustedes.

—Hecho. El domingo seis a las seis en lo del Pelado. Lleven algo para tomar —terminó Pablito.

Miércoles, 25 de mayo del 2011

—El cuarto café de esta mañana. Ayer fueron doce en total —pensó la fiscal en voz alta, sin percatarse de la presencia de Sandra.

—Tiene que cuidarse, doctora, el café hace mal a la piel.

—Sí, tiene razón. Pero ya dejé de fumar, quedarme sin el café sería demasiado. ¿Continuamos?

Sandra, mientras miraba la nada, contestó con un leve movimiento afirmativo de cabeza. Por sus pensamientos pasaban imágenes del último año compartido con Andrés. Todavía le parecía estar viendo una película en donde el abandono y la mentira eran cosas que solo le podían pasar a los actores. “Un argumento pensado por un escritor que nunca va a trascender”, se dijo para sí misma.

—Por favor, comience a grabar, Cortínez—. La fiscal se relajó en su sillón: presentía que este caso le iba a dar bastante trabajo. “Esto es solo la punta de algo grande”, pensó casi en voz alta. Inmediatamente volvió con la mente a la realidad de la sala—. ¿Cuál era su rol, señorita Arancibia, dentro de la cooperativa?

—¿Mi rol? Yo no tuve nada que ver con ellos, solo fui la pareja de Andrés, de ese turro.

—¿Cómo puede entonces comprobar que lo que declara es cierto?

—Tengo el diario personal que escribió él.

—¿Con él se refiere a Ramírez Taboada?

—Sí.

—¿En ese diario cuenta sobre alguna de las actividades de la cooperativa?

—Con lujo de detalles. Están los nombres, los teléfonos y las especialidades de cada uno de los integrantes. Incluye un listado sobre los servicios prestados. Hasta hay una planilla en donde anotó lo cobrado y cómo se repartió el dinero.

—Y ese diario personal, ¿cómo llegó a su poder?

—Lo dejó en casa, fue lo único que quedó, olvidado en un estante del placar.

—¿Lo tiene con usted?

—Sí, doctora—. Mientras respondía esta última pregunta, abría su cartera y le extendía un cuaderno de tapas negras y hojas rayadas —Acá lo tiene.

—Permítame verlo, por favor—. La doctora Argibay pasó las hojas buscando algo. Luego de unos minutos, y habiendo recorrido todo lo escrito, comentó: —Lo que supuse al escuchar su relato; no hay ningún indicio de que el señor Ramírez Taboada formara parte de la cooperativa, en ningún párrafo se menciona a sí mismo. No me extrañaría comprobar que ni siquiera fuera su caligrafía.

—No entiendo… Entonces ¿para qué lo escribió?

—Como le dije, no podemos asegurar que él lo haya escrito hasta hacer una pericia. Respondiendo a su pregunta, a simple vista podría decirle que para inculpar a los otros miembros de esa cooperativa.

—¡Qué hijo de puta! Entonces él sabía que se iba a ir, fue todo planeado.

—Así parece. Nos tiene que dejar el cuaderno, para efectuar las pericias. ¿Usted tiene algún otro escrito, algo que nos pueda asegurar que es de puño y letra de Ramírez Taboada?

—Sí, en casa. Algunas cartas personales.

—Las necesitaremos para comparar la caligrafía. Dígame señorita Arancibia, ¿usted vio al señor Andrés Ramírez Taboada escribir en este cuaderno de tapas negras?

—Ahora que lo pienso, no. Él me contó que le gustaba escribir su diario personal, pero nunca lo vi, tampoco nunca me lo mostró.

—Bueno, dependemos entonces de las pericias. ¿Tiene alguna otra cosa para agregar a su declaración?

—Una pregunta: ¿me pueden ayudar?

—Lo que podemos hacer, basándonos en su denuncia, es comparar la caligrafía y ver si el diario fue escrito por Ramírez Taboada. Si la letra coincide, se inicia una causa contra él; si no

coincide, deberíamos buscar a la persona que lo escribió. En ambos casos se va ordenar una investigación sobre las personas mencionadas en él.

—¿Nada más?

—¿Qué es lo que espera de nosotros, Sandra?

—¡Que metan preso a ese hijo de puta!

—Si lo podemos relacionar, no lo dude.

—¿Y si no pueden?

La mirada de la fiscal alcanzó como respuesta. Con un movimiento de cabeza le indicó a su asistente que apagara el grabador.

—Haré lo posible, Sandra.

La respuesta quedó flotando en el ambiente y resonando en la cabeza de la joven estafada. Estas últimas palabras le daban esperanzas, y eso era justamente lo que Sandra necesitaba.

Domingo, 6 de marzo del 2011

Los amigos se juntaron a eso de las seis de la tarde en la esquina de la casa del Pelado. Estaban todos, fueron puntuales. "Se ve que la cosa interesa", pensó Pablito, que estaba acompañado por el abogado.

El contraste entre el grupo de amigos y Ramírez Taboada no podía ser mayor. Los unos vestían conjuntos deportivos y gorras, algunos las usaban con la visera hacia atrás; el otro, una chomba de hilo, pantalón a cuadros y zapatillas color natural, todo a tono, todo de marca.

—Muchachos, les presento al doctor. Doctor, los muchachos.

El invitado saludó con un "Buenas tardes, es un gusto conocerlos"; los muchachos, con leves movimientos de cabeza y algún "Hola". En ellos se notaba cierta desconfianza, propia de quien no se siente cómodo con la situación. Pablito se dio cuenta —los conocía muy bien— y agregó:

—El doctor se ofreció para participar en la reunión y darnos algunas ideas de cómo nos podríamos organizar. Si nos interesa, él

se se podría asociar. No hay que poner un peso antes, solo parte de las ganancias…

—¿Y de qué parte hablamos? —interrumpió el Rulo.

—Tranquilo, no va a ser mucho. Solo lo justo y necesario por mis servicios.

Pablito, en tono conciliador, los invitó a pasar a la casa del Pelado.

—Mejor hablemos adentro —dijo mientras emprendía la marcha. El grupo lo siguió.

—Pasen, muchachos, está sin llave —respondió el Pelado a los golpes en la puerta.

—¡Feliz cumple, Pelado! —se escuchó al unísono, mientras la Gorda le daba un paquete rectangular, envuelto a modo de regalo, con papel floreado que tenía el aspecto de haber festejado en varias ocasiones.

—Pero, muchachos, un regalo… ¿para mí?

—Sí, pelotudo, vos cumplís años —se escuchó el vozarrón gastado de Fierita.

El cumpleañero parecía un chico: rompió el envoltorio en segundos. Cuando abrió la caja —era de zapatillas naik— se sorprendió con el brillo del contenido: un revólver del treinta y ocho corto, enteramente cromado, impecable.

—Lo conseguimos ayer, está limpio —agregó el más grande de los Valdivia.

El pPelado estaba emocionado, hacía rato que quería sacarse de encima la nueve milímetros, estaba marcada, en cualquier momento le iba a traer problemas.

—Bueno, ya está, basta de amor, vamos a laburar. Acá trajimos unas birras, ponete unos vasos y empecemos, el doctor no tiene todo el día. De paso, los presento: doctor, el Pelado…

—¡Feliz cumpleaños! Si lo hubiera sabido, le traía un presente.

—Ta bien, no hace falta, doctor.

—Bueno, ya nos conocemos. Como les expliqué el otro día, la

idea es organizarnos armando una cooperativa. El doctor nos va a explicar cómo se hace y en qué nos puede mejorar la situación.

Domingo, 22 de mayo del 2011

Sandra despertó cuando el sol matinal bañaba su rostro. Extendió el brazo izquierdo buscando a su lado, pero estaba sola. Luego de llamarlo reiteradas veces y de recorrer todo el departamento, se dio cuenta de que faltaba algo más que su presencia.

El dolor de cabeza no le dejaba estar del todo lúcida; la noche anterior habían bebido lo suficiente como para relajarse, pero no tanto como para sentirse tan mal. Poco a poco comenzó a darse cuenta que la había drogado. No estaba la computadora portátil, ni los libros que estaba leyendo, tampoco sus mejores trajes, ni el reloj suizo de oro.

El hecho empezaba a hilvanarse en su mente: Andrés Ramírez Taboada se había escapado, muy probablemente por la madrugada, llevándose todo lo que tenía algo de valor, incluida su confianza.

Sábado, 21 de mayo del 2011

—Culo, prendelo fuego.

—Primero lo amasijo.

—¡No! Que sufra el hijo de puta —dijo David, que luego que ellos mismos asesinaran a Pablito quedara como líder de la casi desarmada cooperativa—. Preto, basura, vos fuiste el que convenció al pelotudo de Pablo para que nos juntara con el miserable ese, el boga.

—¡Perdónenme! —suplicaba el torturado, caído a los pies de sus verdugos, encadenado con los brazos en la espalda.

—¿Perdonarte? Estás en pedo, ¿acaso vos y los de tu banda lo hicieron cuando agarrábamos más laburos que ustedes? Por eso le pagaste a Pablo, para que nos juntara, organizara la cooperativa y nos hiciera sonar a todos juntos. ¡Dale, Culo, rocialo!

Con las últimas gotas de nafta cayó también el cigarrillo encendido; la fogata fue creciendo junto a los gritos del Preto. Tres

minutos duraron los alaridos; el fuego, un rato más. Los dos amigos contemplaron la escena en silencio, compartiendo esas imágenes que durarían para siempre en sus memorias. Fue el Culo quien rompió el silencio.

—El turro del boga nos recagó bien recagados, se llevó hasta el último mango el hijo de mil putas.

—Ya lo vamos a encontrar. Ahora rajemos, en cualquier momento cae la yuta.

Jueves 24 al sábado 26 de marzo del 2011, feriado largo

Cuando se juntaron en casa del Pelado, los muchachos y el letrado comenzaron a charlar sobre cómo funcionaría la cooperativa. Quedaron en viajar juntos a Chacomús; allí podrían estar tranquilos. Ramírez Taboada conseguiría una quinta para que durante esos tres días sentaran las bases de su futuro.

—¿Tomó nota Valdivia?

—Sí, doctor, ¿le leo?

—Por favor.

—Buenos Aires, sábado veintiséis de marzo del dos mil once. Los abajo firmantes convienen en fundar una cooperativa de servicios denominada Cooperativa Quitapenas. El producto de lo recaudado por los servicios brindados por esta se repartirá, luego de descontar los gastos generados, de la siguiente manera: veinticinco por ciento para el señor administrador, cincuenta y cinco por ciento para los señores socios, quienes a su vez lo dividirán en partes iguales, y veinte por ciento quedará en caja para gastos eventuales o extraordinarios; en este punto se incluyen posibles comisiones a autoridades. Las rendiciones se harán efectivas a mes vencido, el día cinco del mes siguiente. Serán responsabilidad del administrador el manejo de la caja (ingresos, egresos y desembolsos extraordinarios) y el asesoramiento legal en caso de que alguno de los integrantes así lo requiera. Será responsabilidad de los socios cumplir efectivamente con los servicios encomendados y cuidar la integridad de la cooperativa junto a la de sus colegas.

—Una duda, doctor, ¿no hace falta poner los nombres de cada uno? Digo, para que después no haya dudas.

—Para nada, Pablo, no conviene. Cuanto menos se escriba, mejor. Este convenio es un pacto de honor, lo redactamos con fines prácticos para que queden los roles, las responsabilidades y los porcentajes claros. Ahora firmemos.

Con la firma de todos quedaron las bases sentadas, el lunes siguiente comenzarían a buscar posibles encargos; ahora era el momento de distenderse y comer el suculento asado que entre el Rulo y Fierita habían preparado.

El 4 de abril cumplieron con el primer encargo. La víctima, un travesti; el cliente, un dirigente de un club de Ingeniero Budge; el motivo, la extorsión con que el amante lo amenazaba. Este crimen, publicado en casi todos los diarios y programas televisivos de noticias, fue con mucha violencia. Los muchachos de la cooperativa se tomaron en serio el primer trabajo: participaron seis, y cada uno aportó algo.

Pasó el mes, cumplieron con varios servicios, y repartieron el dinero obtenido. Fueron mil cien pesos para cada uno de los once cooperativistas y cinco mil quinientos para el abogado. Quedaron poco más de cuatro mil pesos en caja. A varios de los muchachos la diferencia de ingresos no le agradó.

—Loco, el boga gana cinco veces más que nosotros y no hace un carajo —planteó la Gorda ante sus amigos el día de la primera rendición.

—Era así el trato, está escrito en el convenio —le respondió Pablo, en tono tranquilizador.

Miércoles, 18 de mayo del 2011

—De pedo, loco, de puro ojete. Esos hijos de puta casi nos amasijan a nosotros. Les dije que teníamos que ser cuatro por lo menos; hacerlo de a dos fue una boludez.

—¿Y que querés, Fierita? ¿Que vayamos a todos lados de la manita? —en tono sarcástico habló el Narigón.

—¡No, pelotudo! Pero tampoco quiero que nos hagan mierda.

—Mirá, si no te podés cargar a un simple concejal, vos estás al horno.

—Mierda con el puto radical, tres osos bien calzados no son joda.

—Tranquilos, muchachos —intervino Pablo—, no pasó nada, matamos a uno, el radicha se escapó, estamos todos bien, en unos días terminamos el laburito. Eso sí, al boga no le digan nada; total, hace dos días que no lo vemos.

El abogado no aparecería hasta esa noche, cuando traería un nuevo trabajo —sería el último—, esta vez un comerciante y su familia; el encargo, de parte de un proveedor que estaba cansado de reclamarle su dinero. El viernes veinte volvería a desaparecer, esta vez en forma definitiva.

El día anterior a la fuga, Ramírez Taboada había pasado la tarde en la costanera de Quilmes, pensando, luego que discutiera con Sandra. Ella insistía con tener un hijo, él varias veces le había dicho que sí; sin embargo, seguía usando preservativos. En su interior quería cuidarla; después de todo, ya sabía cómo terminaría todo, lo había planeado minuciosamente. La libreta de apuntes en el placard, el convenio, ocuparse de que los muchachos se dieran cuenta de que Pablito era un traidor y el Preto, el instigador, el dinero recaudado, todo, hasta el último detalle. Hacía tiempo que lo había decidido, era la única manera de hacer justicia.

A su mente venía una y otra vez esa imagen, el padre con los dos tiros en la cabeza, la madre con la garganta cortada, la sangre fresca que mojaba el piso, y él mirando sin entender. Dos años le había llevado saber quiénes habían sido.

Milicos eran los de antes

—¿Objetividad me pedís? ¿Qué, aprendiste una palabra nueva? Mirá, este bife está seco, y eso no lo puedo ver de manera objetiva. Me lo voy a morfar yo —yo igual a sujeto, y este sujeto piensa subjetivamente— y para mí es una suela de ojota. Por favor, llevváselo al que lo convirtió en un fósil que soportó la erupción del Vesubio y traeme otro que esté más cerca de hacer “mu”.

—Bueno... parece que la noche no fue buena. ¿Qué le pasó? Se levantó y se miró al espejo?

—No, en mi casa no tengo espejos. Tengo miedo de enamorarme de mí mismo. Andá y traeme un cuarto de tinto y soda. Y un poco de hielo.

—Buenassss, provecho.

—Hola, Carlitos. Vení, sentate. ¿Me acompañás a comer?

—Cafecito nomás.

—Morales, traete un café en jarrito para mi amigo Ortelli, con sacarina.

—Gracias, Pablo. Mirá que no tengo un mango. Vine porque te quería hablar.

—No te preocupés, por ahora el bolsillo me da para invitar un feca. Decime.

—Sabés, estaba pensando en lo del otro día, ¿te acordás de lo que hablamos?

—Como para olvidarme, no dejo de carburar. No sé, no estoy seguro, ya no tengo veinte años. Es medio arriesgado. Medio por ser optimista. Igual me contaste muy poco, necesito saber más.

—El mundo es para los arriesgados. ¿Qué puede pasar? Estar peor que ahora, difícil.

—Tengo bastante que perder. Están los pibes, la vieja. No sé.

—Y ¿qué les pensás dejar a los pibes? Una jubilación de mierda. Si es que el ruso ese te deja jubilar algún día. Andá a saber si te está haciendo los aportes. En todos estos años que le manejás el camión, andá a saber si garpó algo.

—El ruso es un buen tipo, no me cagaría.

—Estás tan seguro... Esos lo llevan en la sangre. Si no, leéte La Biblia, vas a ver.

—No empecés con boludeces. ¿Qué, te hiciste pastor evangelista ahora que andás hablando de La Biblia?

—Vos confiate, nomás. Siempre fuiste un boludo confiado. Acordate de la mina esa, ¿cómo se llamaba?

—Nilda. Ella no me cagó, yo le fallé.

—Sí, y por eso se quedó con la casa y el auto. ¡Dejate de joder!

—No me hagas acordar, que no voy a poder morfar. Cada vez que pienso en ella, se me hace un nudo acá.

—¿Todavía seguís enganchado? No te digo yo. Sos un boludo.

—¿Viniste para eso o para hablar de lo otro?

—Ta bien, tenés razón. A mí qué carajo me importa. Bueno, te cuento y me decís.

—Acá tiene su bife jugoso. Fíjese, a ver si está "tiernito".

—Gracias, Morales. Para carne pasada ya alcanza con tu mujer.

—¡Mirá que sos turro! Un día de estos el jovato se va a calentar y te va a ensartar con un cuchillo, o te va a mear la jarra de vino.

—Si se la encuentra. Bueno, dale, contame. Che, Morales ,¿y el café que te pedí?

—¡Ahí va, tengo solo dos manos!

—La cosa es sencilla. ¿Qué días estás yendo al puerto a buscar embarques?

—Los martes, semana por medio. Voy la semana que viene.

—Bueno, la cosa sería para dentro de tres semanas. A ver, martes 24. Ese día vos vas como siempre: cargás, salís del puerto, agarrás por Huergo, Garay, Entre Ríos, y cuando estes llegando a

Alcorta, te van a cruzar un Falcon. Te bajás tranquilito, les das la llave y listo. A la noche tenemos las cincuenta lucas en efeté.

—Che, ese tipo, el del Falcon, es confiable. Digo, no vaya a ser cosa que nos caguen.

—Lo conozco hace mucho, estuvo guardado en Ezeiza con mi primo, el cordobés. Siempre nos juntamos a morfar en casa de su hermana. Es un buen tipo, derecho.

—Bueno, no debe ser tan derecho como decís vos si anda en la joda.

—Cuando te digo derecho, me refiero a que es de palabra. Es de los de antes, tiene códigos.

—Qué se yo. Nunca me mandé un moco.

—Y sí, ya sé que nunca jodiste a nadie. Así te fue. Cincuenta y ocho pirulos, alquilando una casa de mierda. ¿Cuánto hace que no te vas de vacaciones con los pibes? ¿Y tu vieja? ¿Sigue lavando la ropa a mano? Dejate de joder, Pablo. Con tu parte podrías hacer unas cuantas cosas. Pensalo. Vengo mañana y me decís.

—Bueno, mañana te digo, dale.

—Che, locura. De esto nada a nadie.

—Ya sé, seré cagón, pero no boludo.

—Chau, Morales, muy rico el feca. Metételo en el culo, de parte de Pablo.

¿Y si sale mal? ¿Si se descubre todo? ¿Qué pensaría el ruso de mí? Aunque Ortelli tiene razón, siempre en la lona, estoy bastante podrido de esta vida de mierda. ¡Ma, sí qué puedo perder! Al carajo con todo. Veinticinco lucas para mí. Tres luquitas para unas vacaciones con los chicos. Podría arreglar un poco la casa, pintar, dos lucas más. Le compro una tele nueva y un lavarropas a mamá, algo de pilcha para mí. Podría guardar más de quince mil mangos por las putas.

—Buenas... Provecho. ¿Con qué manjar nos sorpenderás hoy, Morales? ¿Alguna pavita con salsa agridulce?

—Hay mostacholes con almóndigas.

—Que estén calentitos. Y traeme queso rallado y…

—Sí, ya sé. Tinto y soda.

—No te olvidés el hielo.

—En la mesa de atrás lo espera su amigo.

—¡Cuánta cortesía! Me va a hacer mal.

—A ver si aprende un poco.

—¿Está desocupado el baño?

—Sí, apague la luz cuando salga.

Bueno, está decidido. Le digo que sí. ¿Vos que opinás? Contestame. No me digas lo mismo que te digo yo. Puta, que estoy canoso. Con la guita me podría hacer algo en el pelo. Necesito pilcha nueva, esta camisa no da más. Hasta les podría comprar un espejo nuevo, este está hecho mierda. ¡Ja, sería lo único decente de esta cueva!

—Hola, Carlitos.

—¿Cómo estás?

—Bien, che, muy bien. Hoy me levanté contento.

—Eso es bueno. ¿Ya estás gastando a cuenta?

—¿Qué, se nota?

—Tenés una cara de feliz cumpleaños.

—Bueno, dale, vamos para adelante.

—¡Así se habla, carajo! Dale, que pasamos al frente.

—Y… ¿cómo sigue esto?

—Normal. Vos, tranquilo. No te calentés hasta el martes veinticuatro. Hacés lo que dijimos y listo.

—Bueno. ¿y, después?

—Nos vemos ese día a la noche; te aviso adónde y repartimos.

—Dale. Che, ¿querés morfar algo?

—No, solo el café.

—Veo que hoy te lo trajo.

—Me quedé en la barra mirándolo, hasta que no le quedó otra que hacerlo. Es un turro el viejo, pero es buen tipo.

—Sí, es buen tipo.

Veinticinco lucas. La puta, y no se lo puedo contar a nadie. Me gustaría decirle a la vieja. No, ¿para qué? Se asustaría. Me diría que estoy loco. Que papá no nos enseñó eso. Que él nunca le falló a nadie. ¡Perdoname, viejo! Estoy cansado de perder.

—Hola, ¿hablo con la casa de Paternóster?

—¿Con quién quiere hablar?

—Con Eduardo, ¿puede ser?

—¿Padre o hijo?

—Supongo que hijo.

—¿De parte?

—Soy Pablo Robledo. Fuimos compañeros del servicio militar.

—Ah, entonces es con el padre, con mi papá. No está. ¿Quiere que le diga algo?

—No, está bien, señorita. ¿A qué hora lo encuentro?

—Y, mire…, hoy vuelve a eso de las nueve. Llámelo antes de las once, porque se va a dormir.

—Gracias. Lo llamo entonces. Hasta luego.

¿Se acordará de aquella deuda? Yo creo que de esas cosas uno no se olvida. Después de todo, ¿quién lo iba a cubrir esa noche cuando se rajó de la guardia y coparon la sala de armas? Si no hubiera sido por mí, que falsifiqué el permiso de salida, todavía estaba en cana. Pobres los tres pibes que murieron en esa mierda: Frías, Juan Manuel; Sarubi, Héctor Raúl; y Tomasini, Carlos Eduardo. No me olvido más de esos nombres. Si este boludo no se hubiera rajado con la enfermera, seguro que estaban vivos. Cuando volvió y se enteró, ¡cómo lloraba el nabo! Suerte que me vio a mí primero. Si no hubiera sido porque yo tenía la llave y pude redactar el parte... Bueno, historias de otras épocas, pero que ahora me pueden servir.

—Hola. ¿Eduardo?

—¿Padre o hijo?

—Padre.

—Sí, soy yo.

—Te habla Pablo Robledo, del hospital militar, ¿te acordás? Soldado clase cincuenta y uno, Robledo, Pablo Antonio.

—¡Robledo! La mierda, tantos años. ¡Qué sorpresa!

—Estaba pensando en vos, y buscando en libretas viejas encontré el número de teléfono. El que tenía no empezaba con cuatro.

—Y sí, después de tanto tiempo.

—Che, ¿te tomarías un feca con un exsoldado?

—¡Claro! Por supuesto. Mirá. yo laburo desde las ocho de la mañana, hasta las seis de la tarde, acá en Flores.

—¿Te parece mañana a las seis y media, en la pizzería de Curapaligüe y Rivadavia?

—Dale, sí, me parece. Che, ¿pasa algo?

—No, nada importante, te quiero ver, nada más. Después de tantos años…

—Ok entonces, nos vemos mañana. Ah, te aviso, ¡tengo el pelo largo!

—¡Y yo estoy pelado!

—Nos vamos a reconocer.

—Si querés, llevo un clavel rojo en el ojal.

—No hace falta. Un abrazo, che, hasta mañana.

Veinticinco lucas, la mierda que es guita. ¡Le ofrezco algo a Paternóster o solo le pido la gauchada haciéndole algún verso? Sí, mejor me hago el boludo y lo tanteo.

—Buenas tardes, ¿le traigo la carta?

—No, está bien. Un cafecito corto, por favor.

—¿Robledo?

—Si, Páter, soy Robledo. ¡Qué bien se te ve, loco!

—A vos también. Bueno, si no fuera por la pelada y la busarda.

—Qué hijo de puta. No cambiaste ese modo de decir lo que pensás. ¡Venga, un abrazo!

—¿Cuánto hace? ¿Veinte, veinticinco?

—Veintinueve. Fue para el casorio de Fuentes, marzo de 1980,

Olivos, ¿te acordás? El hijo de puta se había enganchado con una minita de guita. ¡Qué fiesta!

—¡Sí, tenés razón! Me acuerdo de que las chetas esas no querían bailar con nosotros. Estiradas de mierda. ¿Te acordás el pedo que te agarraste?

—Solo me acuerdo de que vomité todo el domingo. Cuando llegué a casa, mi viejo estaba tomando mate en el patio. Me miró con cara de orto y no me habló por tres días.

—Mozo, un cortado. Contame, ¿te casaste?, ¿tenés pibes?, ¿de qué laburás?

—Casarme, lo que se dice casarme, no. Tengo dos pibes: Diego de doce y Laurita de nueve.

—¡La mierda que empezaste tarde!

—Yo no quería, pero Nilda —así se llama la madre— quedó embarazada y nos juntamos. Después vino Laurita y al tiempito la muy turra (la madre) se enganchó a un chabón, se fue. Los pibes estuvieron un tiempo conmigo y después de un par de años nos pusimos de acuerdo y se fueron a vivir con ella. El tipo este, cuando se dio cuenta la rayada que era, la mandó al carajo. Me hubiera gustado conocerlo, así lo cagaba a palos. Hijo de puta. Me cagó la vida.

—¿Y los pibes? ¿Los seguís viendo?

—Sí, es turra, pero no tanto. Igual había algo más, yo le había fallado. Pero eso es parte de otra historia. Otro día te cuento. Por lo que entendí, cuando te llamé por teléfono, tenés un hija, debe ser grande por la voz, y un pibe que se llama igual que vos.

—Sí, Carla, tiene veinticinco. Y Eduardito, de dieciséis. Son dos pibes que valen oro. Carlita es maestra y el pibe tira para el lado de la música.

—¿Tu vocación? ¿Seguís tocando el saxo?

—Algo, muy poco. Laburo mucho. La cosa está dura.

—Che, necesito una gauchada. No sé si podrás.

—Decime, loco, a vos te quedé debiendo una, no me olvidé.

—Mirá. Yo laburo en una empresa, manejo un camión.

—Ya manejabas bien en la colimba. Me acuerdo de que andabas con la ambulancia.

—La cosa es que necesito un galpón por un par de días. ¿Todavía está el galpón al fondo de tu casa?

—Sí, está lleno de porquerías, pero está. ¿Para?

—Lo que pasa es que conseguí una changa, la guita no me alcanza.

—Y ¿a quién le alcanza?

—Es un flete, pero necesitan contratar a alguien que pueda tener la mercadería en un depósito un par de días. Es una importación y los tipos que importan la mercadería son un boliche chico. Tienen que guardarla en algún lado hasta que la envíen para el interior. Son unos días nomás, como mucho una semana. ¿Cuánto me cobrás por el galponcito?

—No, pará, ¿qué te pensás de mí?

—No te quiero joder, disculpame.

—¿Joderme? Para vos, lo que necesites. Ni en pedo te cobro. Me ofendés, loco.

—Gracias, hermano, sabía que podía contar con vos. La cosa es para el veinticuatro, dentro de un par de semanas.

—Hecho, te acomodo lo que hay en el galpón, y usalo nomás. Cuando vengas, te doy un llave, para que entres cuando quieras.

—Gracias, en serio.

—Brindemos por el reencuentro, aunque sea con los cafés.

—¡Salute!

No me podía fallar. El Páter sigue siendo como antes, un tipazo. Si todo sale bien, le voy a tirar una luca, se lo merece. A mí, después de todo, no me va a cambia nada. ¿Y si no sale bien? Bueno, ya dije que sí, no puedo arrugar, si no Carlitos me va gastar de por vida. Ma, sí, le doy para adelante y que Dios me ayude. Qué loco, cuando las papas queman pienso en Dios, yo que soy mas ateo que una hoja de papel de lija. Bueno, mejor duermo, si no mañana quién me levanta.

—Hola, ¿Pablo?

—Sí. ¿Todo bien, Carlos? ¿Seguimos con todo para adelante?

—Mañana. Acordate, vos, tranqui.

—Ok. Yo, tranqui. Abrazo.

—Chau. Te llamo a la noche.

—Hola, ¿Páter? Habla Pablo.

—Sí, Pablo. ¿Venís mañana?

—Te llamaba por eso. Me dijiste que te avise, por la llave.

—¿A qué hora venís?

—A la mañana, temprano. ¿Cómo hacemos?

—Venite nomás, yo voy a estar hasta pasado el mediodía. El pibe está con fiebre y me voy a quedar un rato con él.

—Gracias, loco. Nos vemos allá.

—Abrazo.

Repaso. Trato de que en el puerto me dejen entrar una hora antes —así gano tiempo— cargo primero. Salgo por Huergo, doblo en Garay y sigo hasta parque Chacabuco, agarro por Carabobo hasta la casa de Páter. Descargo la mitad de la merca, acomodo lo que queda en el camión, y listo. De ahí, derechito hasta Vélez Sársfield, bajo por Directorio, Jujuy, Brasil, y listo. Más o menos voy a llegar a horario al encuentro. No se van a dar cuenta. Total, ladrón que roba a otro ladrón. El Turco seguro que me compra las cajas, él tiene cómo colocarlas. Unas veinte lucas más, nada mal.

—Buen día. Llega temprano para cargar.

—Sí. Mirá, Martínez, necesito que me dejes pasar antes.

—Sabe que no puedo. Hasta las siete no se puede entrar.

—Lo que pasa es que tengo un día difícil. Hoy la operan a mi vieja, la cadera. Tengo que terminar temprano. Por favor. Con los muchachos adentro no hay problemas, ellos también quieren terminar temprano, seguro.

—¿Es jodido lo de su madre?

—Y, sií. La vieja ya tiene setenta y nueve. Así no puede seguir.

Es riesgoso, pero los médicos dicen que es fuerte, que va a salir bien. Te voy a estar agradecido, muy agradecido.

—Está bien, pase, pero, por favor no lo comente con los otros. Sabe que me juego el laburo. Es un trabajo de mierda, pero a esta altura es lo único que puede enganchar.

—Gracias, gracias de veras, Martínez. Sos un buen tipo.

—Pase.

Bien, se lo creyó. Podría haber sido actor, ja. Bueno, tranqui, derechito al fondo, cargás y listo. Cara de póquer.

—Buen día, muchachos.

—Buenas. Llega temprano.

—Sí, es una excepción. Tengo autorización. Es solo por hoy.

—Dele, arrime la culata, así cargamos.

—Va.

Listo. Ahora, derechito a lo del Páter. Vamos, Diosito, acompañame, por una vez pensá en mí. En los pibes, en la vieja. Si me ayudás, te prometo una velita, en la iglesia de Pompeya.

—Hola, hermano.

—Pasá nomás, ¿querés unos mates?

—Si no te jode, prefiero dejarlo para otro día. Tengo que volver a laburar. El camión me lo prestan por un rato nomás.

—Bueno, te ayudo.

—Dale. Gracias de nuevo loco.

—Nobleza obliga.

Listo. Ya está la mercadería a buen resguardo. Nadie se puede imaginar donde está. Ahora, derechito para el punto de encuentro. Espero que estos boludos sean tranquilos. Me duele el estómago. ¡Qué ganas de cagar! Hacía tiempo que no me sentía así. Buen día para volver a fumar.

Vélez Sársfield, falta una cuadra. Un Falcon, Carlitos dijo un Falcon. No veo ningún Falcon. Allá hay un Corsa, ¿serán ellos, que cambiaron de auto? No, es una mina, se le quedó el auto. Puta,

justo en este lugar se le vino a quedar. ¿Qué hago, espero? Ya sé, la ayudo a la mina y hago tiempo hasta que lleguen.

—Buen día. ¿La puedo ayudar?

—Gracias. Sí, no arranca, no sé qué le pasó.

—Mire, yo mucho no entiendo, pero, si me deja probar, quizás pueda hacerlo arrancar.

—Bueno, dele. Gracias.

—Me parece que se quedó sin nafta, la aguja no marca nada.

—¡Esa es mi hija! Le dije: “No me dejes el auto con poca nafta”. Siempre me hace lo mismo.

—Y estos boludos que no llegan.

—¿Cómo dijo? No lo escuché.

—No nada, hablo solo. No se preocupe, los problemas vio.

—Sí, los problemas.

—Mire, allá a dos cuadras hay una YPF, si quiere yo me quedo un rato mirando el auto. Vaya a buscar un bidón de nafta.

—No lo quiero demorar.

—No es nada. Igual tengo que acomodar unos papeles, remitos.

—Bueno, gracias. Vengo en seguida.

¿Y si estos tipos no vienen? ¿Qué mierda hago? Ya llevo más de una hora de atraso. ¿Se habrán ido? No pueden ser tan boludos. Si andan en la calle, saben que el tránsito es un quilombo, que me podía atrasar. A esa camioneta la conozco. ¡Puta, es de la empresa!

—¿Todo bien, Robledo? Como tardabas, el Ruso nos mandó a buscarte. No atendías la radio.

—Me quedé sin batería. Sí, todo bien, le estoy dando una mano a una mina que se quedó sin nafta. Ahí vuelve.

—¡Siempre igual vos! Todo un caballero. ¿Y, te la levantaste? ¿Te dio el teléfono?

—¡Qué pelotudo sos! ¿No se puede ser amable?

—Bueno, vamos para el depósito. El Ruso debe estar que trina.

—Che, no es para tanto. Vayan, yo espero a la mina y voy para allá.

—No, loco, seguinos. El viejo dijo bien claro que te encontráramos. Si no vos sabés cómo es, nos recaga a pedos.

—Bueno, vamos.

¡Qué cagada! Y ahora ¿qué mierda hago? Se van a dar cuenta en seguida. Falta la mitad de la merca. ¡Puta madre! Yo sabía que no podía confiar en vos, la velita en el orto te la voy a poner. ¡Turro!

—Hola, ¿Paternóster?

—Sí.

—Habla Ortelli. ¿Todo en orden?

—Sí, ya tengo todo acá.

—Bien, por su amigo no se preocupe. A esta hora debe estar en la empresa tratando de explicar lo que pasó. Los muchachos están yendo a buscar las cosas y le dejamos lo suyo.

—Bueno, nos vemos.

Siempre fuiste un nabo Robledo, siempre. Favor. ¡Minga de favor! Siempre te tuve bronca, pelotudo. Si hubieras visto cómo disfrutaba en la cama, seguro que no me hubieras venido a buscar para que te hiciera el favor. Lo que sí es verdad es que tu *jermu* era una loca de mierda. Después de todo, te hice un favor. Y encima te hiciste el boludo y ni me ofreciste un mango. ¡Pudrite adentro, gil!

Ensaimadas con café doble

Ruta camino a Rosario, diez de la mañana de un día lluvioso, frío, húmedo. Uno de esos días en los que hubiera preferido quedarme en la cama, acurrucado junto a la negra, mezclándome entre sus rulos. Pero bueno, nunca es triste la verdad; lo que no tiene es remedio, y hoy más que nunca siento que es una de esas verdades absolutas. ¿Por qué? Y qué se yo. Lo siento de la misma manera que siento el frío y el motor del auto en la planta del pie derecho, la del acelerador.

Cartel de máxima 80, se viene el peaje de Zárate. Tres con treinta, tengo cincuenta mangos, espero que tengan cambio, no tengo ganas de esperar. Lo que quiero es llegar a San Pedro, al Automóvil Club de Río Tala, a tomarme un feca doble con una ensaimada rellena de crema pastelera. Huuum, se me hace agua la boca. Todavía faltan casi cien kilómetros, poco menos de una hora, espero que queden ensaimadas. Si no hay, le voy a dar a un sacramento relleno de crudo y queso, tostado.

—Buen día. ¿Tenés cambio de cincuenta?

—Hola, buen día. No, no tengo. Por favor, espere allá adelante, a un costado de la ruta, junto a la camioneta de Gendarmería. Así le alcanzan el vuelto.

—Gracias, pibe.

Paciencia, mejor estaciono y espero. De paso, bajo y me fumo un pucho, así no dejo olor a cigarro adentro. No sé por qué, pero últimamente me molesta el olor a encierro con pucho apagado, y eso que fumo. ¿Será una señal para que lo deje? Qué sé yo, mejor ahora disfruto el primero del día.

—Buen día, señor.

—Buen día.

¿Qué quiere el milico? Espero que no me rompa las bolas con los papeles, me olvidé el último pago del seguro.

—Disculpe la molestia. ¿Podrá llevar al señor?

—Sí, no hay problema. Voy hasta Rosario, con escala en San Pedro.

—Buen día, maestro. Yo voy hasta Villa Constitución, ahí nomás antes de Rosario.

—Dale, flaco, subí nomás. Me fumo un cigarro, espero el vuelto y salimos.

—Gracias, jefe. Hace rato que espero y hace frío.

—¿Sos policía? Por el uniforme, digo.

—No, poli no. Soy del Servicio Penitenciario Bonaerense.

—Ah, ¿guardiacárcel?

—Sí, en el penal de Campana. Bueno, guardiacárcel suena feo, soy de la División Seguridad.

—Pero ¿cuidás a los presos?

—En realidad, estoy en la entrada a uno de los pabellones, casi no tengo contacto con los internos, salvo cuando entran o salen.

—Su vuelto, señor.

—Gracias, piba, hasta luego.

—Che, ¿y se estudia para ese laburo?

—Hay que tener secundario completo, se hace un curso.

—Y ¿por qué venís armado?

—Por seguridad, señor.

—Disculpame, no sé para qué pregunto tanto. Pasa que no soy muy amigo de las armas, recuerdos de la colimba.

—Está bien, no se preocupe. ¿Me lleva igual?

—Sí, dale, subí, ponete el cinturón.

Ruta nuevamente. A recuperar el tiempo perdido. Ahora que lo llevo al tipo este, le voy a meter pata. No creo que me pare la cana, y de última llevo a un colega.

—Yo paro un ratito en San Pedro, en el ACA, cargo nafta, me tomo un feca y seguimos.

—Bueno, un café me viene bien. Hace dos días que no duermo, estuve de guardia.

—¿Mucho laburo?

—Sí, anoche se nos escaparon dos internos. Casi no me dan el franco. Diga que el jefe me debe algunos favores, por eso me dejaron salir.

Qué laburo de mierda, y yo que a veces me quejo, siempre hay alguno que está peor.

—¿Y usted viaja por paseo?

—No, viajo por trabajo. Vendo medias, medias de mujer, voy a Rosario a ver algunos clientes.

—¿Viaja siempre?

—A veces. Hoy me tocó a mí, otras viene un compañero, pero hoy no pudo, se casa el hijo. Yo me llamo Carlos, ¿y vos?

—Gómez.

—Un gusto, che. ¿Siempre viajás así?

—Casi. Es que los micros no paran; además, el boleto sale bastante caro y el sueldo que tenemos no alcanza. Siempre ando haciendo alguna changa.

Mejor no pregunto qué tipo de changas hace. Este pinta de albañil o remisero no tiene.

—Parece que hubo un accidente. Mirá adelante, hay humo, el tránsito se pone lento.

—Justo le iba a decir que, si quiere, conozco un barcito en donde podemos tomar algo. Yo lo invito. Es saliendo en la próxima, a la derecha, menos de un kilómetro. De paso esperamos un rato a que se descongestione la ruta.

—No sé. Yo quería parar en San Pedro y comer una ensaimada.

—Mire que acá hacen unas tortas fritas de primera, caseritas.

—Bueno, dale. Decime dónde.

—Ahí, antes del puente. Por el camino ese, pasando el galpón.

Espero que esté bueno. La zona no tiene pinta de bares, es puro campo. Y bueno, la ruta está imposible, peor que esperar acá no va a ser. De paso voy al baño, el mate de la mañana me aflojó.

—Siga derecho, allá donde se ven los árboles doblamos a la izquierda, ahí está el boliche.

Qué zona de mierda. No me quiero imaginar lo que debe ser el baño.

—¿Ese verde es el bar?

—Al lado, estacione en el portón azul, que hay sombra.

Pinta de tener máquina exprés no tiene. Tomaremos jugo de paraguas nomás. Pobre mi estómago. Y pensar que en casa tomo solo café de Colombia.

—Buenas… ¿Se puede?

—Pasen nomás.

—¿Hay tortas fritas?

—Recién hechas.

—Buen día, señora. ¿Café puede ser?

—Mate cocido, caserito, de yerba.

—Que sean dos y cuatro tortas.

Por lo menos está limpio. Parece que estamos en el medio del Chaco. El perro durmiendo en una silla, el sol entrando a medias entre las cortinas gastadas por los años y la radio de fondo. Toda una postal de época. Se respira paz.

—¡Quedate quieto o te quemo!

—Tranquilo, tranquilo. ¿Querés la guita? Acá, en el bolsillo de la campera.

—Nada de guita. ¿El auto que está afuera es tuyo?

—Sí. Tomá las llaves.

—Nada de llaves, nos llevás vos. Y vos, dame la reglamentaria. Y la otra, también.

—Tomá, acá tenés la dos. Tranquilizate. Ya tenés auto. ¿Por qué no se van tranquilos?

—Ni en pedo, y dejarte acá ¿para qué?, ¿para que llames a tus amigos los soretes? Nos vamos los cuatro juntos.

—Pará, loco. No habíamos arreglado eso. Yo te traía a un gil con auto y listo. Lo demás corría por tu cuenta.

—No discutás. Nos vamos. Vos, dame la campera.

—Y a mí, el pulóver.

—¡Me voy a cagar de frío!

—¿No tenés calefacción en el auto? Prendela y listo, vas a manejar vos. Necesitamos la pilcha para taparnos esta mierda.

—Vamos, que estamos perdiendo tiempo. Cargá unas tortas fritas, que estamos cagados de hambre, y pagale a la señora.

—Bueno. Chorros pero honestos.

—¡Qué mierda sabés de nosotros, infeliz! No somos chorros. Si querés contarla, mejor callate.

Y todo por hacerle caso al milico este. La reputa que lo parió. ¿Por qué mierda no me quedé en la ruta? El muy sorete me trajo hasta acá para ayudar a estos dos a fugarse. Fui, soy y seré boludo, es mi destino.

—Vamos, subí y manejá.

—¿Para dónde?

—¡Qué mierda te importa! Vos manejá, yo te indico.

—Está bien, tranquilo, manejo.

—En la autopista agarrá a la derecha.

—¿Para Rosario?

—¡A la derecha! Y te aviso algo, acá nadie pregunta nada. ¿Me entendés?

Claro que lo entendí. Entendí lo que me decía y también entendí que tenía el dedo en el gatillo de la pistola.

En el asiento trasero se sentaron el milico y el otro prófugo. De copiloto se ubicó el que parecía tener la voz de mando. Y al volante, yo, con un cagazo padre.

Manejé camino al norte hasta la altura de Baradero, en el cruce de la ruta cuarenta y uno me hizo doblar a la izquierda, camino a San Andrés de Giles. Si no fuera porque viajaba con dos prófugos y un milico entregador, podría haber disfrutado del paisaje. Afuera, mucho verde, parecía que el mundo estaba en paz. Adentro, puro nervio, tensión y bastante olor a humano.

—Pegale derecho hasta el cruce de la ruta siete, ahí agarrás a la derecha.

—Ya sé que no querés que te pregunte nada, pero te aviso de que la nafta no va a alcanzar para mucho más.

—¿Cuánto queda?

—Menos de un cuarto de tanque, cien kilómetros más o menos.

—Cuando agarrés la siete, a unos diez kilómetros hay una YPF, ahí cargamos.

—Te aviso de que no tengo mucha guita.

—¿Qué? ¿Salís a la ruta sin plata?

—Iba para Rosario. Ahí me pagaban algunos clientes, con eso volvía.

—¿Tarjeta tenés?

—No, estoy inhabilitado, los bancos no me quieren.

—¡Puta madre! ¿A quién mierda nos trajiste, Gómez?

—¿Y qué querés? Todavía tenés pretensiones, fue el único boludo que paró y me levantó.

—¡Flor de sorete sos! Milico y sorete, casi sinónimos. Todavía que te levanté me decís boludo.

—¡Callate, la concha de tu madre! Callate y manejá.

—Che, Robledo, tengo ganas de mear.

—¡Pelotudo! ¡Callate! Ya que estás, por qué no le das mi número de documento.

—Perdoname, se me escapó.

—Nabo. Sabía que me ibas a traer problemas, decí que la transa con el cobani la tenías vos, si no ni en pedo te traía.

—¡Che, cállense! Si a esta hora hasta la foto de los dos debe de estar en los diarios. Cuando salí de la guardia, ya los habían identificado. A todo esto, gracias por lo de sorete. Yo me bajo en San Antonio de Areco, en el cruce de la ruta ocho, ya cumplí con mi parte. Decile al Negro que me mande la merca a casa y listo.

—Ta bien, Gómez. Disculpá, lo de sorete no era por vos. No te hagas problemas, el Negro es de palabra. Vos, en el cruce de la ocho te pasás un cacho, unos trescientos metros y parás, así se baja Gómez. No parés justo en el cruce, que seguro está la yuta. Ché, Gómez, ¿tenés algo de guita? Para la nafta.

—Poca, tengo ochenta, te dejo cincuenta mangos.

—Peor es nada.

Cruce de la ruta. La cana estacionada a la derecha. ¿Y si les hago luces? ¿Se darán cuenta de que pasa algo? Y bueno, yo me la juego, espero que este tipo no se dé cuenta.

Cuando estaban por llegar al cruce, mientras Carlos se preparaba para hacer algunos destellos con las luces altas, sintieron una explosión en la parte posterior del auto. La rueda derecha se deshizo en menos de lo que pudieron darse cuenta. Volantazo, Carlos recuperó el control del auto y lo estacionó en la banquina, a menos de cincuenta metros del cruce, a menos de cincuenta metros de la policía.

—¡La concha de su madre! Justo acá se viene a reventar la rueda.

—Tranquilos, muchachos. Dejen que bajo yo, miro la rueda y me acerco a los policías, así les digo que está todo bien y no joden. De mí no van a sospechar, entre uniformados nos entendemos.

—Dale, Gómez, mejor que vayas. ¿Vos tenés rueda de auxilio?

—Sí, en el baúl.

—Bueno, bajate con Gómez y cambiala. Dame las llaves y no te hagas el héroe, a ver si terminás como el sargento Cabral.

—Che, Robledo, me meo.

—Dale, bajate y meá de una vez, ahí a un costado, que no te vean mucho los milicos.

—Ahí vuelve Gómez, pero no viene solo, lo acompaña uno de los policías. ¿Qué mierda le habrá dicho este boludo? Mejor me bajo, si me quedo acá, va a ser peor—. Robledo se dio cuenta que algo iba a pasar. En el patrullero había quedado el otro policía—. Más vale que no jodan, no quiero cargar con un par de fiambres.

—Muchachos, el sargento quiere ver si todo está en orden. Es por lo de los prófugos de Campana, ya le conté que sabíamos, que yo había estado allí.

—Buen día, maestro, revise. Mientras, cambiamos la rueda.

—Buenas. Diga que están con el oficial, porque según las descripciones usted se parece bastante a uno de los que buscamos.

—No es la primera vez que me confunden con otro, sÍ la primera que ese otro es un delincuente. Es que me parezco a un ex jugador de fútbol, de Racing, un tal Cortina, así se llamaba.

—Ustedes son cuatro, eso me dijo el oficial Gómez. ¿Y el cuarto, donde está?

—Meando, ahí atrás del cartel. Ahí viene.

Cuando lo ve venir, el policía también lo reconoce como a uno de los prófugos. Rubio, de rulos, delgado, alto, renguea de la pierna derecha. Las coincidencias son muchas. Ahora se da cuenta de que el otro, el que se parece a un futbolista, tiene una cicatriz en el brazo izquierdo. Despacio, acerca la mano derecha a la cartuchera, donde lleva la reglamentaria. Cuando está desabrochando la tira que la cierra, siente el clic característico de la carga de la corredera de una semiautomática. Ya es tarde, Robledo lo tiene en la mira, a escasos cinco metros de distancia.

—Quedate mosca, dejá la máquina en el piso y pateala despacio para acá.

—Ni en pedo —fue la respuesta, mientras empezaba a tirar. El primero pasó casi rozando el brazo de Robledo, el segundo dio de lleno en la cabeza de su compañero el meón, el tercero lo bajó a Gómez: con tres tiros dos cadáveres. No llegó a disparar el cuarto. Robledo fue muy preciso: el primero en la cabeza y el segundo en el pecho; el policía cayó redondo al piso. De reojo miró al cruce, el otro policía estaba dentro del coche, pidiendo refuerzos, pensó. Quedaban él y el dueño del auto, Carlos, quien estaba blanco como una hoja de papel.

—¡Dale, vamos, subite al auto! ¡Dame las llaves, manejo yo!

—Pero la rueda, ya casi termino.

—Apurate, ajustala, que tenemos que rajar.

Mientras se apuraba, Carlos pensaba ¿por qué “tenemos” Tendrás. Yo no tengo ningún apuro. Voy a hacer tiempo, a ver si llegan más canas.

—Dale, boludo, metele. ¿No te das cuenta de que si vienen refuerzos no van a saber que vos sos de los buenos? Te van a cagar a tiros igual que a mí.

No me quedó otra opción. El animal este casi no me deja cerrar la puerta del auto, salió arando tierra de la banquina, cruzó la ruta ocho sin dudar ni un segundo. Un camión que venía camino a Buenos Aires tuvo que frenar, o tratar de frenar, mejor dicho, para no pasarnos por encima. Así estaban las cosas, ahora éramos prófugos, con tres muertos a cuestas, dos de ellos milicos. En realidad, él ya era prófugo, solo que ahora sumaba un asesinato, y otros dos fiambres, a su prontuario, el cual yo desconocía.

Pensar que me podría haber quedado durmiendo. Ayer, cuando en la fábrica me preguntaron si podía ir a Rosario a visitar a los clientes de López, estuve a punto de negarme y de inventar alguna excusa, pero no me animé a decir que no. Es la historia de mi vida, siempre tuve el sí fácil.

—El destino quiso que fuésemos compañeros de ruta. ¿Cómo te llamás, flaco?

—Carlos.

—Robledo, Pablo Robledo.

—Mouras, Carlos Mouras.

—Un gusto, che.

—No sé si decir lo mismo.

—¿El auto es tuyo o del laburo?

—De la empresa.

—Bueno, entonces no hay drama, le vamos a dar duro. Tengo que llegar a Junín, para allá vamos. No soy de Junín, yo vivía en Pompeya, en Capital, con mi vieja. Voy a Junín porque allí vive el hijo de puta que me hizo la cama. ¿No vas a preguntar nada?

—Disculpame, pero cuando te subiste al auto, allá en el boliche, me dijiste que nada de preguntas.

—Está bien, obediente. Pero ahora las cosas cambiaron. Mirá, yo no soy ningún hijo de puta. Caí en cana por culpa del que voy a buscar a Junín.

—¿Y el cana de hace un rato?

—Me hiciste recordar a una película, *Daños Colaterales* se llamaba. Los hijos de puta, para llevar a cabo los planes de gobierno, hacían mierda gente y los llamaban “daños colaterales”. Películas, ¡qué bosta!, yo con ese cana voy a soñar todas las noches. Desde la colimba no usaba un arma.

—¿Y por qué tiraste?

—¿Vos estabas allí, no?

—Sí, estaba, cagado hasta las patas estaba.

—Era él o yo, flaco. O lo bajaba o me reventaba a mí. Supervivencia que le dicen.

—¿La cárcel te cambia?

—¿Que si te cambia? No, solamente te muestra lo peor de nuestra especie, incluido lo peor que llevás adentro tuyo. Estamos llenos de mierda, flaco. Y eso se nota allá adentro, sale bien a flote, como flotan los soretes en una cloaca. Eso es la cárcel, una gran cloaca, y nuestra mierda flota allí, junto a la de los otros que están en la misma.

—Bueno, y entonces ¿cómo llegaste a la cloaca?

—Por boludo, por confiar, por creer en un amigo. ¡Ja, qué amigo! Yo andaba como siempre, como toda la vida, laburando con un camión, y la guita que no alcanzaba. Hasta que vino el hijo de puta este, Ortelli se llama, y me ofreció un negocio fácil. La cosa era así: yo me dejaba afanar el camión y me pagaban cincuenta lucas. Era un playo con un contenedor de importación, electrónica. La cosa es que me entusiamé y, ya que me iban a afanar, dejé algunas cajas en lo de un amigo. Bueno, estos dos estaban de acuerdo, Ortelli y mi “amigo”, Paternóster se llama, nunca me afanaron el camión. Llegué al lugar en donde, supuestamente, iba a suceder y nada. Lo demás es historia: llegaron de la empresa, luego la yuta y por un tongo del dueño de la empresa terminé en la cárcel de Campana. Ocho años me dieron. Eso fue hace dos, ya no aguantaba más, por eso me rajé[1].

---

1 Ver “Milicos eran los de antes”, página 89 de esta edición.

—¿Fue fácil rajarse?

—Cinco lucas, en efectivo.

—¡Qué hijos de puta! ¿En este país todo se puede comprar?

—Sabelo, es así, todo.

—¿Y ahora? ¿Qué destino le espera a Ortelli, al garca?

—La verdad es que no sé. Mi interior pide venganza; mi ética, olvido. Me quedan unos doscientos kilómetros para decidir.

—Una vez un viejo me dijo una frase: "Mirá, pibe, cuando dudes es mejor no hacer nada". ¿Y si te olvidás del asunto?

—No sé, ese turro me cagó la vida. Primero me vino a buscar, yo dudaba, y me convenció; y todo para cagarme. Me di cuenta de que es un sorete, me tenía bronca.

Cuando se dieron cuenta estaban llegando a la ruta siete, faltaba poco más de un kilómetro. Allá al fondo, donde debía ser el cruce de rutas, se veían luces azules, sirenas de patrulleros; la policía los esperaba.

—Viejo, allá está la cana. ¿Y ahora qué hacemos? Por ahí seguro que no pasamos.

Mientras Carlos terminaba la frase, Robledo ya estaba doblando a la derecha, con un volantazo brusco, y tomando por un camino de tierra que salía de la ruta, aminorando bastante la velocidad.

—¿Sabés dónde lleva este camino?

—Creo que sale más adelante a otro, paralelo a la ruta. En mis tiempos de camionero me habían dicho que se podía usar como atajo para esquivar a la Caminera, pasa por adentro de un campo. Aminoré bastante para no levantar mucha tierra, así no nos ven.

El camino se internaba un par de kilómetros a pleno campo. Alrededor, mucha soja, alguna vaca y pocos árboles. Al dar la vuelta siguiendo el camino, tras un galpón se veía una camioneta: una vieja Estanciera bastante entera. Los compañeros de viaje cruzaron una rápida mirada.

Robledo se dirigió al galpón, estacionando frente a la puerta, y le dijo a Carlos, ya en tono cordial, casi cómplice, dejando de lado las órdenes de la mañana cuando recién se conocieran:

—Ché, fijate si está abierto.

El vendedor de medias bajó rápidamente del auto y comprobó que el portón del galpón estaba sin llave. Abrió una de las hojas, lo cual fue suficiente para que el convicto entrara en el auto.

—¿Tenés que llevarte algo? El auto se queda acá.

—Sí, dejame sacar el bolso con mis cosas.

—Dale. Mientras pongo en marcha la Estanciera.

Robledo tardó menos de un minuto en arrancar la camioneta. Mientras calentaba el motor, vio a Carlos acercarse, llevaba un pequeño bolso y algunas ropas sobre el hombro.

—Mirá lo que encontré. Ropa de trabajo, alpargatas y hasta dos boinas.

—Dale, cambiémonos.

Mientras se cambiaba, Carlos se veía a sí mismo partícipe de una historia que esa mañana, al salir de casa, no hubiera podido imaginar. Muchas veces había fantaseado, al salir a la ruta, con aventuras, pero nunca como esta, como mucho con alguna compañera de viaje ocasional.

Robledo se acomodó la faja vasca que encontró entre las ropas, poniendo bajo ella, en la espalda, las dos pistolas que le había entregado Gómez.

—Por las dudas —dijo, casi murmurando.

Carlos entendió que su vida había cambiado, que lo que estaba pasando ya no era una simple aventura: ahora era también su realidad. El auto ya estaría reportado por el policía que se había quedado en el cruce de la ruta ocho. A esta altura ya sabrían que era propiedad de Medias Maidana S. A. y que él lo manejaba.

Subieron a la camioneta, Robledo al volante. Después de todo era camionero de profesión, así que quién mejor que él para manejar a la vieja Estanciera, pensó Carlos.

Siguieron por el camino de tierra un par de kilómetros, hasta el cruce de la ruta siete. Cuando llegaron, comprobaron que no había policías a la vista, doblaron a la derecha, camino a Junín, camino al destino de Ortelli.

—Tenemos suerte —dijo Robledo.

—¿Por?

—Es a gas, tiene el tanque lleno. Tenemos para unos doscientos kilómetros, de sobra para llegar a Junín.

—¿Seguís pensando en Ortelli?

Robledo permaneció callado. Un silencio que fue más que una afirmación.

Casi cien kilómetros sin hablar: Robledo, concentrado en el camino, y Carlos, enfrascado en sus pensamientos. "Junín 30 km", recordaba un cartel. Se estaban acercando.

—Voy a parar en la Shell que está en la entrada de Junín a comprar cigarrillos. Tengo los cincuenta mangos que me dejó Gómez. ¿Vos tenés algo de guita?

—Algo, poco, unos 80, ¿por?

Otra vez el silencio.

Cuando llegaron al cruce del camino en la entrada a Junín, se detuvo en la estación de servicios, como había anunciado.

—Bajá vos, por las dudas. Traeme un Camel y un encendedor; tomá la guita.

—Dale, aprovecho y voy al baño.

Cuando Carlos entró al baño, se dio cuenta de que era un buen momento para escaparse, quizás ir a la policía y contarles todo. Después de todo, él era inocente, un rehén del convicto.

También se dio cuenta de que no podía hacerle eso a Robledo. El hombre estaba buscando al tipo que le había cagado la vida. Mejor compraba los cigarrillos y volvía a la camioneta.

—Buen día. Un Camel corto y un encendedor. ¿Cuánto es?

—Cuatro pesos, señor.

—Tomá, cobrate.

Se sentía raro, vestido con ropa que no era de él, en medio de la ruta, con un atado de cigarrillos en la mano. Raro pero bien, hasta relajado. Sin dudas, un día distinto.

Cuando se dirigió a la zona del estacionamiento, no vió la ca-

mioneta, no estaba. Se acercó al empleado que barría monótonamente y le preguntó.

—Disculpá, pibe, ¿la Estanciera que estaba estacionada ahí?

—Se fue, señor.

—¿Se fue? ¿Hacia dónde?

—No sé, salió a la ruta.

—¿Iba para la ciudad, para Junín?

—No, al centro no, salió por la ruta siete, para el oeste. Lo escuché hablar solo, dijo que era un día hermoso para manejar y que le quedaba un largo viaje.

—¡Te salvaste, Ortelli!

—Perdón, señor, ¿me dijo algo?

—Sí, ¿dónde paran los micros? Los que van a Buenos Aires.

El submundo amarillo

—No le entiendo, señor.

—¿Cómo que no me entendés?

—Es que usted me habla de cosas que yo no le comprendo.

—Mirá, Maidana, es fácil. Vos bajás al túnel y te fijás si hay alguna rajadura por donde salga agua. Vas caminando hasta la estación que está debajo de la avenida, vas despacio, mirando todo. Cuando llegás allá, das la vuelta y volvés, mirando el otro lado. Siempre tenés que mirar la pared que está a tu derecha. ¿Sabés cuál es la derecha?

—La de escribir, señor.

—Bien, nos vamos entendiendo.

—Lo que no le entiendo es eso de caminar al "suoeste".

—Suroeste, de sur y oeste. No importa, es para allá. ¿Ves para adonde te señalo con la mano? Ese es el suroeste.

—¿Y usted sabe de eso porque estudió?

—No, pibe, no. Esto no te lo enseñan en la universidad. Lo sé por el mapa y la brújula.

—Bueno, como usted diga. ¿Entonces voy?

—Sí, andá. Y mirá bien todo. Caminá despacio y fijate bien.

—Si, señor, voy.

—Maidana.

—Diga, señor.

—Llevate una linterna y ponete el casco.

Balame estaba cansado, muy cansado. Hacía más de dos años que estaban trabajando en esos túneles y habían avanzado muy poco. Cuando él se hizo cargo de la obra, estaban llegando al cruce de la avenida Caseros y la calle La Rioja, ahí donde empieza el par-

que de Los Patricios. Hoy, setecientos días después, recién estaban en la otra punta del parque, bajo la avenida Almafuerte, llegando al cruce con la calle Uspallata; apenas seiscientos metros de construcción. Eso le causaba gracia, menos de un metro por día, nada. Claro que esta era una conclusión simplista, pensaba Balame, no habían cavado y construido un metro por día de manera constante; la obra tuvo muchas demoras, muchas más de las que se habían planificado y de lo que él mismo hubiera imaginado. A este ritmo, este tramo del subterráneo se inauguraría el día del arquero, y no precisamente un doce de julio.

Pero lo que ahora le preocupaban eran esas grietas que Benegas —el pibe nuevo— dijo haber visto la noche anterior. Grietas en la estructura de hormigón, "algo más que extraño, el hormigón, una vez que fragua, no se agrieta", pensaba Balame.

A la par del reconocimiento visual de Maidana, él mismo bajaría al túnel para efectuar su propia observación. "Seis ojos ven mejor que dos", se decía a sí mismo.

—¡Déjese de joder, Balame! La obra no se puede detener. Llevamos más de un año de atraso.

—Mire, doctor, yo entiendo que esto puede tener un costo político, pero, si seguimos, puede también pasar algún desastre.

—¿Costo político? ¡Me cortan las pelotas! Esos hacen si seguimos demorando. ¡Sigan adelante! Y, por favor, no se olvide de que estamos en año de elecciones, no se puede parar.

El secretario del ministro salió de la improvisada oficina del ingeniero Balame dando un portazo y se dirigió rápidamente al coche oficial que lo esperaba sobre la avenida Almafuerte. Había aceptado venir a ver la obra y reunirse con el encargado, respondiendo a las llamadas telefónicas que había recibido durante esa semana. Balame se había ocupado de que esto sucediera llamándolo más de treinta veces en los últimos tres días.

Las grietas eran más que preocupantes, según lo dicho por Benegas, lo relatado por Maidana y lo que él mismo observó. Todo in-

dicaba que algo estaba por suceder; o mejor dicho, que ya estaba sucediendo.

Al principio eran solo dos pequeñas rajaduras en la sección cercana al inicio de la futura estación Hospitales. Durante la última observación —efectuada una hora antes de la reunión con el funcionario— pudieron reconocer treinta y cuatro grietas en un tramo de ciento dos metros, contados desde el inicio de la estación en dirección noreste. Pero lo más extraño no eran las grietas, sino el líquido azul verdoso que comenzaba a filtrarse desde algunas de ellas.

Balame había llegado al país a los cuatro años de edad. Su padre había muerto en 1969 en una cárcel salvadoreña como preso político; había sido un maestro comprometido con los cambios sociales, apresado durante la huelga general de 1968. Luego de su muerte, y a raíz de la guerra desatada con Honduras en 1969, su madre decidió abandonar El Salvador emigrando hacia el sur, siguiendo un antiguo mandato maya.

Esta civilización creía que, después de la muerte, el alma emprende el camino hacia *Xibalbá*, el inframundo. Este mundo subterráneo se encuentra en el sur, y hacia esta tierra emprendió el viaje con su pequeño hijo José, buscando algún significado para la muerte de su esposo, según las creencias de sus ancestros.

José, hoy el ingeniero José Balame, de cuarenta y cinco años de edad, se había hecho cargo de la obra de este tramo de la línea H del subterráneo de Buenos Aires, contratado por la constructora.

A él lo atraía el mundo que edificaban bajo tierra. Cada vez que bajaba a los túneles, se sentía cómodo, como en su casa, entre los suyos. Tal vez los relatos de su madre tuvieran algo que ver con esto. Ella se ocupó de que el pequeño José conociera la historia y las creencias de su pueblo originario; pero lo que más quedó marcado en su interior fue la búsqueda que ella emprendió. Cuando su madre murió, hacía ya veinte años, él se prometió continuar su camino, y no se detendría hasta dar con el *Metnal*.

Según sus antepasados mayas, cuando el alma llegaba al inframundo (sureño y de color amarillo), renacía en un individuo de la misma especie sin ningún recuerdo de su vida anterior. Por eso había estudiado ingeniería, por eso se había doctorado en arqueología y por ese motivo había buscado este trabajo en el submundo, al sur de la ciudad y en una línea identificada con el color del sol.

Balame era en realidad su apellido mal anotado por el funcionario de migraciones. El real era *Balam,* que en maya quiere decir "jaguar" y que en la misma civilización centroamericana se utilizaba para llamar a unos espíritus protectores de los campos y las cosechas.

El día en que llegó a Argentina, un 11 de abril de 1970, en la aduana no había muchas ganas de trabajar, todos los empleados estaban pendientes de lo que ocurría con la misión espacial Apolo XIII cuando este vuelo casi se convierte en una tragedia al estallar parte del módulo de servicio que dejó a la tripulación casi sin oxígeno, combustible y electricidad. Luego, al tramitar su residencia, el registro inicial de migraciones pudo más que su acta de nacimiento, y desde ese día fue José Balame (con "e" final, como le gustaba decir, casi burlándose del destino de su apellido).

—Suárez, por favor, junte a la cuadrilla, traigan el trépano y las herramientas necesarias para picar la pared del túnel. Vamos a ver con qué nos encontramos tras esas grietas.

—Disculpe, ingeniero, pero hace un rato le sugirieron que siguiéramos adelante. ¿No cree que esto puede traernos problemas?

—Traernos, no. Traerme, en todo caso. ¡Al carajo con lo que dijo este infeliz! Si él es un títere es su problema, yo no me puedo quedar de brazos cruzados. Sobre mi cabeza no va a pesar una tragedia, me hago totalmente responsable de mis actos.

—Como usted diga. Pero le aviso de que no estoy de acuerdo.

—Okey, entendido. Vamos, junte a los muchachos, hay trabajo que hacer.

La cuadrilla emprendió el camino que los separaba desde el acceso exterior hasta la zona de grietas, a unos doscientos metros.

A la cabeza iba Balame, ansioso por descubrir lo que pasaba. En sus pensamientos, la ansiedad se traducía en el deseo de encontrar algún indicio de lo que había venido a buscar a este mundo subterráneo. No podía dejar de pensar en su madre y en los vagos recuerdos que tenía de su padre.

Cuando llegaba a su casa, luego de la jornada de trabajo, don Pedro —como lo llamaban sus compañeros— siempre llamaba en voz alta a José: "Josecito, ven; ha llegado tu padre". Esas palabras y la potente, y a la vez dulce, voz del maestro resuenan cada día en los oídos del hoy ingeniero. Es la misma voz que creyó escuchar en estos túneles más de una vez.

José tiene por costumbre descender a "su submundo" cada día, luego de que el personal termina su jornada y se retira. Tiene un lugar preferido, al finalizar el andén de la futura estación, en donde se sienta a tomar mate y a escuchar los sonidos del silencio. Este es su lugar, acá medita, se relaja y piensa en el momento en que esta posibilidad se acabe, cuando se inaugure este tramo de la línea. Espera que, antes de que ese día llegue, haya terminado su búsqueda.

—Por acá, Ingeniero. Ahí empiezan las grietas.

—Sí, ya lo sé. Avancemos un poco más, busquen la más grande. En ese lugar comenzaremos.

Caminaron veinte metros hasta encontrar una rajadura de un metro y medio de largo por tres centímetros de ancho. De ella brotaba el líquido viscoso, de color azul verdoso, que habían observado. El ingeniero juntó un poco en un frasco esterilizado que había traído del pañol; luego lo analizaría esperando descubrir algo.

—Muchachos, a romper. Con cuidado, perforan y miran. Vamos despacio, a ver si descubrimos qué pasa.

Luego de una media hora de trabajar perforando la pared del túnel, no habían descubierto mucho. El líquido continuaba saliendo con la misma intensidad. Ahora tenían una perforación de unos dos metros de largo, por un metro de ancho y ochenta centímetros de profundidad.

—Paren, muchachos —ordenó Balame—. Mañana seguimos, ya es hora de terminar por hoy. Vayan a cambiarse. Las herramientas déjenlas ordenadas acá, mañana vemos qué hacemos.

—¿Usted viene con nosotros, ingeniero? —preguntó Suárez.

—No, me voy a quedar un rato. Quiero ver un poco más.

—Le dejo las linternas entonces.

—Gracias, Suárez.

—Hasta mañana, ingeniero— el saludo se escuchó de varias bocas a la vez.

—Hasta mañana, muchachos. Que descansen.

Balame se quedó un par de horas recorriendo el túnel, mirando las grietas. Anotó con cuidado las características de cada una y sacó fotos de todas: quería tener un mapa del día de hoy para compararlo en días subsiguientes. Él seguía pensando en detener la construcción y sabía que para que lo autorizaran del Ministerio debería documentar lo que estaba pasando, aunque en el fondo estaba convencido de que todo esto sería inútil, un año de elecciones podía más que cualquier lógica, por más que esta lógica fuera tan contundente como lo que estaba sucediendo en ese túnel.

Al finalizar su relevamiento, alteró la rutina diaria: ese día no se quedó a tomar mate en el andén de su estación; tenía que pasar los datos en limpio, bajar las fotos a su computadora y mandar a analizar la muestra del líquido que supuraba de las grietas. Esto último fue lo primero que hizo.

Si bien la empresa para la que trabajaba tenía un laboratorio de química propio, José prefirió enviar la muestra a uno privado. En ese laboratorio trabajaba un compañero de estudios, arqueólogo como él, en el cual podía confiar plenamente.

—Química del Sur, buenas tardes.

—Buenas tardes, señorita. Con el ingeniero Todesca, por favor. De parte de José Balame.

—Un segundito, ya lo comunico.

—¿Balame? ¿El que tenía una plantita en su balcón y nunca convidaba?

—Hola, Todesca, sí, soy yo. Balame, el angurriento.

—¿Cómo andás? Tantos años sin verte.

—Bien, trabajando en el subte H.

—¿En qué te puedo ser útil?

—Práctico como siempre, eso me gusta. Mirá, te acabo de enviar una muestra de un líquido viscoso. Necesito saber qué es.

—Alguna pista. Digo, para saber por dónde empezar.

—Es algo que está drenando de la pared del túnel que acabamos de construir, sale en varios lugares.

—Okey. Lo investigo y te aviso.

—Lo necesito cuanto antes. Creo que hay que frenar la obra, pero necesito tener datos que avalen mi corazonada. Por favor, fijate si hay vestigios de ADN humano.

—¿ADN humano? ¿No me dijiste que ese líquido sale de la pared?

—Sí, pero, por favor, verificalo.

—Pregunta: ¿esto es oficial? ¿Va con informe?

—Si podés, preferiría que en esta primera prueba quedara acá, entre nosotros. Yo les pago el trabajo, no hay problema por eso.

—¿Estás loco vos? Por los viejos tiempos, cortesía de la casa.

—Gracias, Todesca. Te debo un vino.

—Te tomo la palabra, que sea acompañado de unas costillas a la parrilla.

—Hecho. Avisame cuando esté.

Cuando Balame miró la hora, eran ya más de las doce de la noche; desde las seis de la tarde, en que los operarios se retiraban, el tiempo había pasado volando. Entre que envió las muestras, copió las fotos en la computadora, las clasificó y armó un archivo con los datos de cada una de las grietas, se olvidó de cenar. A esa hora lo único abierto era la pizzería de Caseros y La Rioja. Hacia allí se dirigió; una *mozzarella* con fainá le vendría muy bien. Después volvería a la construcción, hoy pensaba quedarse a dormir allí.

A eso de las cinco de la madrugada, un grito agudo lo despertó sobresaltado. Venía del túnel, parecía cercano y a la vez profundo.

Balame se había acostado a dormir en el andén de la futura estación, sobre unas mantas que tenía en su oficina. La cercanía con el túnel era inmediata, lo separaban apenas diez metros. Si bien se asustó, le costaba despertarse. Lo envolvió una sensación de "ya va a pasar, está todo bien", abrió los ojos e inmediatamente los volvió a cerrar, entregándose a un profundo estado de sopor.

El segundo grito fue un aullido intenso, cargado de desesperación y dolor. Balame saltó de su improvisada cama, quedando parado mirando en dirección al grito, en el túnel, hacia la grietas. Luego, a un profundo silencio que duró unos minutos, lo siguió un suave murmullo que comenzaba a brotar del túnel. A Balame le costaba escucharlo, tenía que esforzarse para llegar a percibirlo. Por momentos el murmullo cesaba, inmediatamente volvía a empezar y se hacía más intenso, luego disminuía y otra vez el silencio. El ciclo se repetía con el mismo orden: silencio, murmullo suave que se incrementaba y disminuía, silencio.

Balame no pudo esperar más, tomó una linterna (el túnel estaba a oscuras y no quería encender las luces, para que lo que fuera que hacía esos ruidos no se escapara) y bajó del andén. Mientras caminaba en dirección a las grietas, sintió que un hálito frío pasaba por su lado, rozándolo apenas. Eso lo estremeció y lo paralizó. Quería seguir caminando, pero no podía moverse, sentía frío, mucho frío. Este estado duró unos segundos; quince, quizás treinta, imposible contarlos, al hombre le parecieron una eternidad. Cuando recobró el movimiento, todo había terminado, no hubo más ruidos, ni aullidos, ni murmullos, ni aire frío; por el contrario, volvió a sentir el clima húmedo y cálido del túnel al cual estaba acostumbrado. Volvió al andén, eran ya las cinco y media de la mañana. En un rato amanecía y en una hora y cuarto llegaban los primeros operarios. Decidió no dormir más, unos mates le vendrían bien para ordenar sus ideas y acomodar sus sentires.

—¡Ingeniero!

—Sí, acá. ¿Qué pasa?

—¡Las rajaduras! —dijo Maidana, entre jadeos cortos, mientras llegaba corriendo.

—Tranquilizate, Maidana. ¿Qué pasa con las rajaduras?

—Que ya no están, ingeniero.

—¿Cómo que no están? ¿Dónde no están?

—Donde estaban ayer. En el túnel.

—No me jodas, Maidana.

Balame corrió hacia el túnel. Lo que decía el operario no podía ser realidad. El día anterior habían trabajado en el túnel profundizando las rajaduras, en busca de alguna respuesta; no podían haberse cerrado como heridas en la piel. La pared es de hormigón, el concreto no cicatriza.

—Véalo usted mismo, ingeniero, las rajaduras ya no están.

—¿Cómo mierda…?

—Cuando bajamos, hace un rato, ya estaba así. Es como si a la noche se hubieran curado esas heridas de la pared.

—¿De qué heridas me hablás? Eran rajaduras, no heridas.

—Con todo respeto, ingeniero, ¿qué diferencia hay? Heridas, rajaduras, ¿acaso no son lo mismo? ¿No pensó que la pared sangraba a través de sus heridas?

—No seas irracional, pibe. Las paredes no sangran—. Por más que Balame exteriorizara esta expresión, sus pensamientos navegaban por el carril opuesto. Desde los gritos de la noche anterior sabía que había allí algo con vida; quizás dentro de esas paredes.

Mientras intercambiaban opiniones sonó, su celular.

—Con el Ingeniero Balame por favor.

—Él habla.

—Buenas tardes, de Química del Sur. El ingeniero Todesca le va a hablar.

—Gracias, señorita.

—¿Balame? Todesca habla.

—Hola. ¿Tenés los resultados?

—Sí. Nada de ADN. El líquido es un hidrocarburo, aceite mezclado con kerosén. Encontré vestigios de gasoil.

—¿Eso es todo?

—No, falta lo mejor.

—¿Sí? ¿Qué más?

—Las muestras las puse en el espectrómetro anoche. Allí es donde se analizan. Cuando está el resultado final, saca una hoja impresa con los datos. Hoy, cuando llegué, a eso de las ocho de la mañana, los resultados estaban impresos, pero los tubos con las porciones de la muestra que me trajiste estaban vacíos.

—Los habrá limpiado alguien del laboratorio.

—No, soy el único que tiene la llave del gabinete del espectrómetro. Nadie las pudo sacar, simplemente desaparecieron. Pero hay más.

—¿Qué más?

—El recipiente que me trajiste con la muestra. Ahí quedaba la mitad más o menos. También está vacío.

—¿Qué? ¿Se evaporó? ¿Desapareció?

—Algo así, Balame, algo así. Es raro, muy raro. Es como si de pronto todo se hubiera desmaterializado.

—Una pregunta, Todesca, ¿a qué hora empezó el aparato ese a analizar la muestra?

—A eso de las diez de la noche, y el proceso tarda unas siete horas, o sea, que terminó a las… Esperá, acá tengo la copia impresa, dice cuatro cuarenta y nueve. Antes de las cinco terminó.

—Gracias, Todesca. Te debo una.

—Una no, un asado con tinto me debés.

¿Podría ser que todo desapareciera en el mismo momento? Las muestras, las rajaduras en el túnel, todo se esfumó entre las doce de la noche (que fue la última vez que Balame vio las “heridas” de la pared, como las llamara Maidana) y las siete de la mañana (la hora en que los operarios llegaron a trabajar y descubrieron que ya no estaban). Este horario coincidía con lo que le contó Todesca,

ya que él dejó el análisis del líquido en marcha a las diez de la noche, el examen terminó antes de las cinco y para las ocho de la mañana las muestras ya no estaban. Podía concluir (a Balame le gustaba llegar a conclusiones certeras, vicio profesional tal vez) que tanto las rajaduras como la muestra del líquido desaparecieron en algún momento entre las cinco y las siete de la mañana. Pero esta conclusión no llevaba a ningun tipo de resolución, hasta allí podría saber. No tenía más datos, ni los podía conseguir. Las grietas ya no estaban; el líquido, tampoco. La obra podía seguir adelante.

Era un año de elecciones, también en el submundo sureño y amarillo.

A la memoria de don Pedro Balame.
2 de enero de 1939 – 29 de julio de 1969 (6:00 a.m.)

En el nombre de Dios

—Ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

—Amén.

—Gracias por estar presentes, hermanos. Recuerden que el domingo realizaremos la Santa Misa en la plaza luego de la procesión por el aniversario de nuestra santa patrona, los espero allí. Ahora pueden retirarse en paz.

El padre Juan, sacerdote ordenado en 1959, estaba a cargo de la iglesia de Colonia General Paz desde mediados de 1977. Había sido propuesto para el cargo por el obispo Igarreta. Ambos eran fieles a la Obra de Dios, organización defensora de la moral y las tradiciones cristianas.

La comunidad de feligreses, que había sido muy numerosa, año tras año disminuía en cantidad ante el crecimiento de las iglesias evangélicas. Esto no sucedía solamente en la Colonia: era una constante que se repetía en casi todas las ciudades del interior del país y había sido motivo de más de una reunión entre obispos y sacerdotes con iglesias a cargo.

En el último cónclave nacional, realizado en la ciudad de Córdoba, los sacerdotes miembros de la Obra de Dios habían mantenido una reunión propia luego de finalizado el cónclave. El obispo a cargo de la sección Latinoamérica Sur era el padre Ignacio Igarreta, quien, a sus noventa y cinco años, continuaba trabajando diariamente con el mismo empuje y vocación que tenía en 1976, cuando en mayo de ese año fuera designado en ese cargo por el enlace que había llegado a estas tierras, enviado por el santo pa-

dre, para expresar el total apoyo institucional, y en particular de la Obra de Dios, al nuevo gobierno argentino.

El padre Igarreta debería trabajar coordinando a los sacerdotes que estuvieran alineados con el pensamiento de la Obra para colaborar con las autoridades zonales en la lucha contra la subversión, que desconocía los valores morales y tradicionales de la familia cristiana y atentaba contra la propiedad de los hombres de bien. Para Igarreta, los tiempos que corrían eran una auténtica cruzada y se asemejaban a los de la Inquisición. Estaba convencido de que los cristianos de fe no podían permitir el avance de los bárbaros que hacían peligrar tantos siglos de valores fundamentales en los que se basaba el mundo civilizado de Occidente. Por la gracia de Dios, contaba con el apoyo de las autoridades, quienes restablecerían el orden; ellos —los sacerdotes de la Obra de Dios— colaborarían para que ese orden fuese en breve una realidad duradera. Los años de lucha habían terminado, el orden había vuelto y la acción de la Santa Institución colaboró en ello. Luego de lo vivido en esos tiempos, para Igarreta no existían los imposibles, sabía que era un elegido del Señor para estas tierras. Latinoamérica era cristiana desde hacía cinco siglos y debía seguir siéndolo, estaba escrito. Para su labor, contaba con sacerdotes fieles, y el padre Juan Maidana era uno de ellos. Esa tarde cordobesa, las órdenes impartidas por Igarreta fueron claras.

—Señores, de nosotros depende que los falsos enviados del Señor, aquellos que en su nombre pretenden adjudicarse milagros, no consigan captar la atención de nuestros fieles. Sabemos de las necesidades de los habitantes de estas tierras, como también sabemos que la salvación llegará solamente de la mano del Señor, y nosotros, desde la santa madre Iglesia, somos quienes podemos traer la salvación para aquellos que crean sin condiciones. Esa es nuestra santa misión, no podemos claudicar, no podemos ser débiles, solo con mano firme lo lograremos. Acérquense, pues, a la gente desde la oración, invítenlos a participar, tienen todo mi apoyo y el

de la santa iglesia cristiana. Confío en ustedes. ¡Dios confía en ustedes!

Al padre Juan las palabras del Obispo todavía le resonaban, claras, firmes, contundentes: "…somos quienes podemos traer la salvación para quienes crean sin condiciones".

Para esta tarea contaba con algunos colaboradores, todos ellos de su entera confianza. En el núcleo más íntimo estaba el padre Joaquín Prieto, sacerdote de mediana edad, de carácter templado, íntegro y de fe; si bien era miembro activo de la Orden de Dios, no había alcanzado cargos de importancia debido a que algunos de sus familiares habían sido sospechosos durante los años difíciles. El padre Joaquín era el nexo de la institución con las organizaciones sociales de la Colonia.

Contaba también con la hermana María Inés, quien tenía a su cargo la coordinación evangelizadora del colegio que formaba parte de la comunidad, junto a la iglesia. Si bien la dirección era responsabilidad de la madre superiora, la hermana tenía contacto directo con los alumnos, los docentes y los padres. A pesar de ser mujer y, por lo tanto, de no formar parte de la Obra de Dios —reservada a sacerdotes y fieles del sexo masculino—, con su trabajo constante, y disciplinado, durante los cinco años que llevaba en la Colonia había ganado la entera confianza del padre Juan.

El tercer colaborador no era religioso de formación, lo era de vocación. El doctor Cipriano Fuentes Robledo, de una de las familias fundadoras de la Colonia, era miembro activo de la comunidad e integrante de la Obra de Dios. En su carácter de licenciado en Ciencias Económicas, se ocupaba de la contabilidad de la escuela, de la iglesia y de la delegación regional de la Obra; además, era, desde hacía dos años, el intendente electo de Colonia General Paz por el partido Liberal, mayoritario en la región. Su padre también ocupó ese cargo, desde 1976 hasta 1983. Gracias al fuerte compromiso que tenía con la Iglesia, el doctor Fuentes (padre) fue elegido por las autoridades provinciales para ejercer la intendencia durante aquellos años difíciles. El padre Prieto, cercano a las organiza-

ciones sociales, la hermana María, Inés junto a la comunidad escolar, y el doctor Fuentes, en el gobierno. El padre Maidana sentía que contaba con lo necesario para delinear una estrategia evangelizadora en la región y lo haría con su propio esfuerzo y el de estos tres fieles.

—Padre Juan.

—Si, Hermana, dígame.

—Necesito confesarme.

—¿No lo hizo antes de misa, con el padre Joaquín?

—Sí, pero hay algo que no le pude contar. Prefiero que sea usted quien me escuche.

—Bueno, espéreme en el confesionario. Termino de resolver un asunto y la escucho.

El sacerdote tenía una charla pendiente con Fuentes Robledo acerca del tema en cuestión que los ocupaba en esos días, la nueva iglesia El Señor es el Camino, que un supuesto pastor evangélico había inaugurado, a escasas dos cuadras de su iglesia.

—Amigo Fuentes Robledo, le invito a un café en mi despacho.

—Encantado, padre. Justo le estaba pidiendo a mi esposa que lleve a los chicos a casa.

—Señora—. El cura acompañó esta palabra con una leve inclinación de cabeza a modo de saludo.

—Hasta el domingo, padre —fue la respuesta de la primera dama del pueblo mientras tomaba de la mano a sus dos pequeños hijos y se dirigía hacia el auto, en donde esperaba el chofer y guardaespaldas de la familia.

Los hombres recorrieron el pasillo hasta el despacho principal sin mediar palabra. Una vez dentro, fue el propio sacerdote quien preparó el café. No quería interrupciones de nadie en la conversación con su hombre de confianza.

—Dos de azúcar, ¿cierto?

—Me conoce bien, padre.

—Las personas con hábitos arraigados son, generalmente, decididas; y usted es uno de ellos. Eso me gusta.

—Me honra. Espero poder corresponder a su confianza.

—Sin dudas que lo podrá hacer. Escúcheme, Fuentes. Necesitamos que esa nueva seudoiglesia cierre.

—¿Qué tiene en mente?

—Por ahora, no mucho. Pensé en dejar esa tarea a su fértil imaginación.

—¿Le pide eso al amigo, al contador o al intendente?

—A todos y a cada uno.

—No va a ser algo sencillo. Me comentaron que ya tienen muchos seguidores.

—Por eso mismo. No podemos permitir que los sigan engañando con falsos milagros. Es nuestro deber proteger a los fieles—. Mientras terminaba esta frase, se puso de pie y tendió su mano derecha, despidiendo de este modo al hombre de confianza, quien le respondió con un movimiento de cabeza.

La hermana María Inés esperaba junto al confesionario. En su rostro se podía apreciar un rictus tenso. Cuando vio que el cura entraba a la cabina confesional, su corazón comenzó a latir de forma acelerada, sintió los pómulos acalorados y un sudor frío corrió por su espalda: el estado de ansiedad la dominaba. Las primeras palabras del sacerdote no llegaron a sus oídos, recién cuando lo escuchó pronunciar su nombre pudo volver al mundo real.

—La escucho, hermana María Inés.

—He pecado, padre.

—Cuénteme.

—No sé cómo empezar.

—Por el principio sería conveniente.

—Necesito confesarme con el sacerdote y que me escuche como hombre. En usted confío, no me animo a hablar con otro.

—Puedo escuchar su confesión en el nombre del Señor. Usted sabe que lo que me cuente será un secreto confesional.

—¿Y usted está dispuesto a escucharme como ser humano?

—Si es lo que necesita, estoy dispuesto.

—Estoy embarazada.

El sacerdote levantó la cabeza, la miró a los ojos a través del enrejado y no supo qué palabras pronunciar. Fueron segundos en silencio que parecieron horas, toda una eternidad. La monja volvió a hablar.

—De dos meses, padre.

—En el nombre de Dios, la absuelvo de su pecado. Rece tres Rosarios cada día durante una semana. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

—Amén.

El cura se puso de pie y, antes de abrir la puerta, le dijo:

—La espero en mi despacho.

Lo que sintió la monja fue una extraña mezcla, por un lado, de alivio espiritual, por otro, una opresión en la boca del estómago que acrecentó las náuseas que la acompañaban desde hacía ya varias semanas. Tuvo que contener el vómito hasta llegar al baño. Las arcadas le producían estremecimiento y ardor. Hacía unos días que no podía probar bocado sin descomponerse. Se repuso lentamente, se lavó la boca y mojó su cara con agua fría. Poco a poco se comenzó a sentir mejor; su semblante demacrado reflejaba en el espejo el esfuerzo. Cuando llegó al despacho del padre Juan, este la esperaba con un vaso de güisqui en la mano derecha, el cual bebía a lentos sorbos; en la izquierda, un cigarrillo a medio fumar.

—Permiso, padre.

—Pase, hermana, siéntese. ¿Desea un vaso de agua, o un té?

—Té, por favor.

El cura puso a calentar agua, permaneció en silencio. La monja poco a poco fue recuperando el color rosado de sus mejillas. Tomó la taza que le acercara su confesor y bebió lentamente un primer sorbo. Le faltaba azúcar, pero no se animó a pedir nada.

—Como podrá imaginar, estamos ante un problema de características especiales. No sé qué pensará usted al respecto. ¿Desea contarme algo más sobre los hechos?

—Es difícil, pero necesito hacerlo. Tengo que sacar mi angustia, por eso lo elegí a usted. Lo que pasó es complejo.

El sacerdote permaneció en silencio, atento al relato. Mientras la escuchaba, pensaba en cómo podría impactar esto en su comunidad. Era algo que no se podía dar a conocer, debían buscar una solución. Había mucho en juego. Recordaba un caso similar que había sucedido hacía unos veinte años, en una ciudad del norte, en donde una monja tuvo un romance con un sacerdote. El hecho fue ocultado, la madre se mantuvo internada en un convento, en donde nació la criatura, que fue dada en adopción a un familia del lugar. Nunca nadie supo la verdad. Lo que se dijo en ese momento fue que el recién nacido había sido abandonado en la puerta del convento y criado hasta la adopción por las religiosas del lugar. Pero él no quería asumir esa responsabilidad, ya tenía suficientes asuntos que atender.

—¿La concepción fue contra su voluntad?

—No del todo.

—No entiendo.

—No fue buscada. Acepté tener relaciones obligada por mi voluntad de ayudar.

—¿Ayudar? ¿A quién?

—Prefiero no dar nombres. Lo que puedo decirle es que beneficié a quienes más lo necesitaban.

—¿Y usted no se cuidó? ¡Hay formas, hermana!

—Sí, ya sé, padre. Las formas que no aprueba la santa Iglesia. Sí, me cuidé.

—Y falló.

—Sí, falló.

—¿Podemos saber quién es el padre?

—Como le dije antes, prefiero que no.

—¿Y él que opina de esto?

—No sabe nada.

El cura se quedó en silencio. Los años le habían enseñado que para poder tomar decisiones correctas se requería de tranquilidad,

había que conocer las posibles soluciones. Y en este caso debería poner sobre la mesa, o mejor dicho, acomodar en su cabeza, todas las piezas alineadas para elegir la correcta. Su forma de pensar siempre fue basándose en estrategias y movimientos tácticos, así se ganaban las batallas. Importaban los fines; los medios para alcanzarlos siempre fueron relativos en función del resultado esperado. Como en un complejo juego de ajedrez.

—Hermana, déjeme meditar sobre esto. Mañana, después del almuerzo, venga a verme.

—Padre.

—Dígame.

—Confío en usted.

Cuando la monja se retiró del despacho, el cura buscó en una vieja libreta de teléfonos, e hizo una llamada.

—Hola.

—Con el doctor Iglesias, por favor.

—Él habla.

—Soy el padre Maidana.

—Buenas tardes, padre, ¿a qué debo el honor de su llamado?

—Necesito verlo, es una consulta profesional.

—¿Está usted bien? ¿Necesita que vaya?

—No, está bien, prefiero ir yo. ¿Me puede recibir ahora?

—Sí, cómo no. En una hora, en mi consultorio.

—Es confidencial, doctor.

—No hay problemas, solo estará mi asistente. Es de confianza.

La hermana María Inés conocía el caso de la monja que había sido ocultada en un convento hasta que dio a luz. Cuando pensaba en eso, veía el hecho como una posible solución. Estaba segura de que, con la gracia de Dios, encontraría una familia adoptiva para su bebé y que, si era afortunada, sería de la zona y podría verlo crecer y hasta tenerlo en su escuela. Si este sueño se cumplía, el embarazo habría sido una bendición en su vida. Prefería no pensar otras posibilidades, eso le incrementaba las náuseas.

—Buen día, padre, el doctor lo atenderá en seguida.

—Gracias, señorita. ¿Está ocupado con pacientes?

—No, no hay nadie. Termina unos informes y lo atiende.

Mejor así, pensó el cura. No deseaba encontrarse con nadie conocido, no era conveniente.

El sacerdote conocía al doctor Iglesias desde hacía unos veinte años, en los que había compartido reuniones sociales, charlas y libros. El médico, si bien no era una persona que profesara el catolicismo, siempre había demostrado ser un hombre íntegro, de una gran confianza. Este hecho animaba al cura para plantearle lo que estaba sucediendo y pedir su ayuda.

—Pase, padre, disculpe la demora.

—Gracias por recibirme.

—Siéntese, por favor. ¿Quiere un café?

—Si usted toma, lo acompaño, sin azúcar, por favor.

—Laura, por favor, ¿nos prepara un café sin azúcar para el padre y un cortado para mí?

—Cuénteme el motivo de su visita.

—Alguna vez le comenté acerca de las nuevas iglesias evangélicas, y de cómo vemos ese hecho desde la santa Iglesia.

—Sí, lo hemos hablado. Además, es algo que conozco de cerca. La chica que trabaja en casa es miembro de una de ellas. Hasta donde sé a ella le ha servido, la ayudó a salir del alcoholismo y a conseguir este trabajo.

—Estos temas no dejan de sorprenderme. Desde hace años, en nuestra iglesia tenemos grupos de alcohólicos anónimos y una bolsa de trabajo; sin embargo, hay cada vez más gente que busca soluciones en esas comunidades.

—Disculpe, pero creo que no vino a que discutamos sobre este asunto, ¿o sí?

—No, tiene razón, doctor, pero sobre lo que tengo que hablar influye directamente en nuestra imagen como institución, además de tener relación con su profesión.

—Entonces cuénteme, padre.

—Bueno, al grano. Tenemos a una miembro de nuestra comunidad embarazada, de dos meses, según me dijo ella.

—Puedo recomendarle un buen obstetra, de confianza, así la trata hasta el parto.

—En realidad, lo que yo necesito es de sus servicios. Sé que usted, antes de venir a radicarse en la Colonia, hacía algunas intervenciones especiales.

—¿Quién le contó eso?

—El mundo es pequeño, doctor. Los sacerdotes sabemos más de lo que la gente supone. No se olvide, que somos con quien, se suelen confesar.

—Mire, padre, no pienso hablar al respecto. Se equivocó de persona. Si es lo que supongo, yo no puedo hacer nada.

—Podemos compensarlo, económicamente, o con lo que usted necesite.

—No, padre, no me dedico a ese tipo de intervenciones. ¿Le puedo preguntar algo?

—Dígame.

—¿Lo que me plantea no va contra la moral cristiana?

—Las guerras también, doctor, y, sin embargo, en toda la historia hubo motivos más que válidos para librarlas.

—Y la mujer, ¿qué opina al respecto?

—No le he preguntado. Ella vino a buscar mi consejo y en eso estoy, buscando la solución.

Mientras el cura hablaba, el médico buscaba en un fichero.

—Tome, padre. Hable con el doctor Lesague. Está en Buenos Aires, él puede hacer lo que usted quiere.

—Gracias. Creo que no hace falta recordarle acerca de la confidencialidad sobre este asunto.

—Descuide.

Los hombres se despidieron con un apretón de manos. El cura se dirigió a su despacho para hacer el llamado telefónico a la capital. Mientras caminaba, sintió un agradable olor a pan recién

horneado. En ese momento se dio cuenta de que desde el desayuno no comía nada, solo un par de cafés, y ya eran las seis de la tarde.

Si tan solo hubiera podido negarse, las cosas serían distintas. Cuando la hermana María Inés fue a visitar al doctor Fuentes Robledo, no pensó en cómo cambiaría su vida. Hacía ya tres años que luchaba para abrir un hogar para madres solteras. Sistemáticamente, sus pedidos eran ignorados, sus cartas no hallaban respuesta, sus llamados telefónicos no eran atendidos. La única opción viable fue hablar con el intendente en persona. Ella pensó que Fuentes Robledo se conmovería con el proyecto y que, si lograba su apoyo político, sería una realidad. Lo que nunca imaginó era la propuesta del funcionario, contador de la orden religiosa y hombre de confianza del padre Juan. Fuentes fue directo; si ella accedía a tener relaciones con él, lograría todo su apoyo; "de lo contrario, se puede olvidar de ese asunto", fueron las palabras textuales que escuchó. La monja no supo qué responder, se retiró asustada de la intendencia, asustada, aturdida, descolocada. Ella lo conocía como a un hombre de Dios, dispuesto a servir a Él. Lo que la religiosa no sabía era que el político la deseaba desde el día en que la joven llegó al pueblo, con sus veintiún años, recién ordenada como monja, hacía ya cinco años. Luego de esa reunión pasaron unos meses, hasta que un día el padre Juan, en una reunión con ella y el padre Joaquín, les expresó a ambos la necesidad de hacer lo posible y todavía más para que la comunidad de fieles creciera y se fortaleciera. "Si hace falta, debemos sacrificarnos en persona para el éxito de esta misión divina", recomendó el cura. Ese día, el paradigma ético de la hermana María Inés cambió. A partir de esas palabras comprendió que la propuesta del político era un desafío a su entereza cristiana. Como sierva del Señor, debería sacrificarse para el futuro de esas madres solteras, y así lo hizo. Por eso estaba en paz con su conciencia y con el Señor.

Durante el último año, la joven y el político, se encontraron una vez por semana en una casa en las afueras del pueblo. Al principio,

la religiosa sintió dolor —físico y en el alma—; luego de cada tarde que pasaba con él, lloraba desconsolada. Una vez que se descargaba y se bañaba, sacándose del cuerpo el olor agrio del hombre, comenzaba a sentirse mejor.

Fuentes Robledo había cumplido. El hogar había sido inaugurado hacía poco más de tres meses, en un amplio edificio céntrico.

Cuando comenzó a sospechar que algo no estaba bien —su período llevaba más de una semana de atraso—, decidió utilizar una de las pruebas de embarazo que guardaba en la enfermería del hogar. En realidad, fueron tres las que utilizó. En cada una de ellas, las dos líneas aparecieron bien definidas, sin dar lugar a dudas. Ahora esperaba que el cura la ayudara con el embarazo, quizás enviándola a algún convento lejos de la Colonia. Una vez que diera en adopción a su hijo, podría volver a trabajar en la escuela y en el hogar de madres. A Fuentes Robledo no pensaba contarle; cuando se fuera del pueblo, seguramente él la olvidaría. Ensimismada en sus pensamientos, tardó en escuchar el teléfono.

—Hola.

—Hermana, la espero en mi despacho—. La voz del cura sonó determinante. Nuevamente sintió náuseas. Se lavó la cara y salió de su habitación.

—Permiso.

—Pase. ¿Quiere un té? Traje bizcochitos.

—Gracias, padre. Mejor no, no me siento bien.

—Acabo de hablar con un médico para que la revise. Es en Buenos Aires. Salimos a las siete de la mañana, lleve una muda de ropa y viaje vestida con ropa de calle, no lleve atuendos religiosos.

—¿Por qué en Buenos Aires?

—¿Le parece extraño? Allí no nos conocen. Creo que es lo mejor, debe salir cuanto antes del pueblo, nadie debe enterarse de la situación. Confíe en mí, lo resolveremos.

—Gracias.

—A las siete, aquí en mi despacho.

—Hasta mañana, padre.

—Descanse y coma algo, se la ve muy pálida.

Esa noche fue larga para ambos. El cura quería resolver ese asunto cuanto antes; la monja estaba ansiosa, pensaba en qué familia adoptaría a su hijo.

Cuando sonó el despertador, a las seis, María Inés saltó de la cama. Hacía apenas un par de horas que se había podido dormir. Puso a calentar agua a fuego mínimo, se duchó velozmente, sirvió una taza de té con azúcar y dos galletitas de agua. Se vistió con ropa de calle —como le había pedido el cura— y guardó en un bolso dos remeras, una pollera, un pulóver y ropa interior. A las seis y cincuenta y cinco salió de su cuarto rumbo al despacho del padre Juan.

El cura estaba levantado desde las cinco y treinta, se había afeitado, bañado y estaba tomando un café en taza grande con algunos bizcochitos que habían quedado del día anterior. Antes de que llegara la monja —puntualmente a las seis—, había guardado en su bolsillo cinco mil pesos, los que sacara de la caja fuerte en donde guardaban las donaciones de los fieles. Debería inventar algo para justificar el gasto. Por suerte, el contador era de confianza. Lo que no se imaginaba el cura era la relación que tenía Fuentes Robledo con el embarazo de la monja y, por consiguiente, con el destino de ese dinero. Los cinco mil pesos serían para los gastos del viaje y el pago de la intervención quirúrgica que había planificado en Buenos Aires. El médico le había dicho que, por estar recomendado por el doctor Iglesias, el precio de ese tratamiento sería de cuatro mil pesos, la mitad de lo que él cobraba.

Cuando la futura madre llegó al despacho del cura, se sorprendió al encontrarlo vestido con yin, remera y zapatillas; lo habitual era verlo con su uniforme eclesiástico.

—Vamos, hermana, el coche está listo.

Subieron al auto; el sacerdote, al volante; ella, en el asiento del acompañante; en el asiento trasero, los bolsos. Partieron a las siete y diez. Los separaban casi cuatrocientos kilómetros de su destino, los cuales transcurrieron en gran parte en silencio. Al cabo de dos

horas de viaje se detuvieron a cargar combustible, ir al baño y tomar un café. Ella prefirió un té con limón (era lo único que le aliviaba el malestar matinal). Cuando estaban entrando en Buenos Aires, el cura habló.

—A este médico me lo recomendó el doctor Iglesias.

—¿Le contó al doctor?

—Solo lo necesario. Lo importante es que usted esté tranquila y confíe en el médico.

¿En qué debía confiar?, se preguntó a sí misma. Si es un médico, ¿por qué podría desconfiar? El comentario del cura le produjo intranquilidad. Había algo que no entendía y no le agradaba.

—Es acá, llegamos bien, falta menos de media hora para nuestro turno.

Descendieron del auto y se dirigieron a la entrada de un edificio moderno, de categoría, tocaron el timbre diez, había un solo departamento por piso. La chicharra anunció que podían pasar. El ascensor automático le produjo náuseas. Cuando descendieron, se encontraron con un vestíbulo de acceso privado, alfombrado y decorado de forma elegante, casi señorial. Una mujer joven los hizo pasar a un cuarto que hacía las veces de sala de espera. Sonaba una música suave, el ambiente olía a jazmines. Al cabo de unos minutos, los invitó a ingresar al consultorio. Para la joven, nacida en un pueblo de provincia, educada en un convento y que su primera, y única, asignación era la de Colonia General Paz, el lujo que se respiraba en ese lugar le producía incomodidad.

—Buenos días, señor López, buen día, señorita.

—Buen día, doctor —dijo el cura.

La monja no podía pronunciar palabra. “¿Señor López?” ¿Por qué ocultar su nombre?

—Pase, señorita, por favor, por aquí. Usted, señor, puede esperar en la recepción mientras la reviso y completar los requisitos formales con la secretaria.

El médico confirmó que el embarazo era de nueve semanas y procedió a explicarle a la joven los detalles de la intervención.

María Inés tardó en comprender que el médico le estaba hablando de interrumpir el embarazo. Recién en ese instante se ordenaron en su cabeza todas esas cosas que no llegaba a comprender. El viaje a Buenos Aires, la ropa de calle, el lujoso consultorio, haber ocultado sus nombres verdaderos; no podía creerlo, el padre Juan, su confesor, la había llevado a una clínica de abortos. Y ella que confiaba ciegamente en él, en su fe cristiana, en su entereza moral. En un instante, todo eso se desmoronó, se sintió sola, abandonada, perturbada; las náuseas volvieron. Salió inmediatamente del consultorio y se dirigió a quien fuera hasta ese momento su guía espiritual.

—¡Usted es un monstruo!

—Tranquilícese. Hacer este tratamiento es lo mejor para todos. Nadie tiene por qué saberlo, será un secreto entre nosotros.

—¿Nadie tiene que saberlo? Yo lo sé, Dios lo sabe, mi hijo lo sabrá. ¿Con qué autoridad puede usted decidir algo así? ¿Acaso me preguntó mi opinión? ¿Y todo lo que hemos aprendido? Nuestra fe, nuestros principios morales, lo que profesamos cada día, ¿dónde está todo eso? Usted es una basura, tiene una doble moral.

—¿Y usted pensó en las consecuencias antes de revolcarse vaya a saber con quién?

—No tiene idea de lo que pasó. Me juzga en vez de comprenderme y ayudarme. Todo lo que hice en estos cinco años fue por nuestra comunidad. Se cree Dios y no un simple representante de Él ante los mortales.

El médico, que escuchaba atento y sorprendido la discusión, preguntó.

—¿Acaso usted es cura?

—A usted no le importa quién soy, lo contraté para que haga lo que sabe hacer y no para que pregunte y opine.

—Disculpen, pero les voy a pedir que se retiren. Mi secretaria le devolverá su dinero. Ustedes nunca estuvieron aquí.

Los religiosos se retiraron del consultorio sin dirigirse palabra,

subieron al auto, el cura, al volante, manejó en dirección del hotel que había reservado.

—¿A dónde me lleva?

—Vamos a descansar, mañana hablaremos, cuando ambos nos hayamos tranquilizado.

En la cabeza de la monja, los pensamientos se cruzaban, chocaban de forma caótica, las náuseas volvieron y comenzó a dolerle la cabeza. Ya en el hotel, cada uno se dirigió a su habitación.

—A las nueve la espero abajo para cenar —fueron las palabras terminantes, frías, que dijo el cura.

María Inés se tiró en la cama, boca abajo, se hundió en la almohada y liberó un mar de lágrimas contenidas.

A las nueve y media, el sacerdote subió a ver por qué la joven no bajaba a cenar. Golpeó la puerta y no obtuvo respuesta, tanteó el picaporte y comprobó que estaba sin llave. Entró y se encontró a la joven durmiendo angelicalmente. Decidió dejarla descansar. Bajó a cenar, luego salió a caminar un rato, era una hermosa noche, un poco fresca, como a él le gustaba.

Pasadas las doce, luego de beber un par de güisquis en un bar cercano, algo mareado volvió al hotel. Al ingresar al vestíbulo, se le acercaron dos hombres.

—¿Señor López?

—Sí —respondió el cura.

—¿O mejor, padre Juan Maidana?

—¿Qué pasa?

—Está detenido. Nos tendrá que explicar por qué se registró con un nombre falso, qué hace en Buenos Aires vestido de civil, por qué huele a alcohol y, si tiene tiempo, ¿por qué en la habitación contigua a la suya, una joven, monja de su congregación, yace muerta? Prepárese, va a ser una noche larga.

En la 221

—Te llamé para proponerte algo que pienso te va a gustar.

—Contame.

—Mirá, el martes, pasado mañana, necesito desaparecer un par de horas, por eso pensé en vos.

—¿Desaparecer? ¿De dónde?

—Del recorrido, a eso de las diez de la mañana. Voy a estar volviendo desde Camet, salgo a las nueve y treinta y ocho. Para las diez voy a estar pasando por el casino.

—¿Querés que te reemplace en el bondi? ¿Estás en pedo? Nunca manejé algo más grande que el Renault seis de mi primo.

—Es fácil. Acordate de que hace un tiempo me dijiste que te gustaría manejar el colectivo, ¿te acordás?

—Sí, te lo dije. Como se dicen muchas cosas. También te conté que siempre tuve fantasías con una monja y no por eso me meto en un convento a perseguir a alguna. Además, ni conozco el recorrido, no sé por dónde es, soy de madera con las calles.

—Mejor. Te vas a divertir más.

—Pero ¿y cómo se maneja?, ¿qué tengo que hacer?

—Por el bondi no te hagás drama, es nuevito, tiene caja automática. Vos solo tenés que manejar y abrir las puertas. Cuando arrancás, si no las cerraste, se cierran solas. Es una papa. Solo tenés que estar atento para cambiar las secciones en la máquina de boletos; te las dejo anotadas, no son muchas.

—¿Nada más?

—Nada más. Mirá, vos me esperás en la parada frente al casino, camino al puerto; acordate que vengo desde Camet. Voy a venir vacío, no voy a levantar a nadie hasta que vos estés arriba y

hagamos el cambiazo. Ahí arrancás vos. Yo te aguanto hasta el puerto, para que te acostumbres. Ahí me bajo y seguís vos.

—Pero ¿no se van a dar cuenta? Los de la empresa, o alguno de tus compañeros.

—Por mis compañeros no te hagás drama, te dejo mi campera y mis anteojos. Después de todo, siempre nos dijeron que somos bastante parecidos.

—No sé, loco, me da cagazo.

—¡Dale, animate! Es una papa, te va a gustar.

—¿Y vos? ¿Cuándo subís de nuevo?

—Mirá. Vos vas hasta Mogotes, al fondo. Ahí no hay drama, no va a haber nadie, ningún control. A esa hora, el chancho está en el centro, camino a Camet. Yo te espero cuando volvés para el puerto, en la esquina de Juan B. Justo frente a la carpa del circo, ahí cambiamos de nuevo y listo, fin de tu aventura.

—Sí, y de la aventura de los pasajeros.

—Me vas a decir que tenés miedo.

—Y… un cacho.

—No pasa naranja.

—¿Y el recorrido? ¿Y las paradas?

—El recorrido es derechito por la costa. Si querés te dejo un planito. Las paradas, fácil. Si alguien está en una esquina con la mano levantada, vos parás.

—¿Y si no lo veo?

—Te putean y listo, como me hacen a mí a cada rato.

—¿Y los que bajan?

—Tocan timbre, boludo.

—No, digo, ¿dónde les paro?

—En la esquina que se te cante.

—¡Qué hijos de puta que son! ¿Hacen eso?

—A veces.

—Che, esto me está entusiasmando.

—Bueno, entonces ¿me esperás a las diez, el martes?

—Sí, dale ¡me animo! Colectivero por un día. ¡Ja! El sueño del pibe. Che…, ¿y la yuta?

—Son unos tipos morochos con cara de malos.

—No, nabo, si me paran ¿qué hago?

—¿Adónde viste que la cana pare a un colectivo?

—Tenés razón.

—Solo para viajar gratis. Bueno, martes a las diez entonces.

—¡Hecho!

—Gracias, loco, te debo una. Ah, traete reloj, así controlas el horario del recorrido.

—Okey, dale.

—Hola.

—¿Sánchez?

—No, Murúa, ¿quién habla?

—Tomás. Me pasás con Sánchez.

—¡Sánchez! Teléfono. Tomás.

—Hola.

—Buen día, señor Sánchez, habla Tomás.

—Sí, decime, pibe.

—Llamo para avisarle de que no voy a poder ir a trabajar. Estuve toda la noche descompuesto. No me siento bien.

—Bueno, pibe, ¿te mando un médico?

—No creo que haga falta. Si para la tarde estoy mejor, voy y hago el turno noche. ¿Puede ser?

—Dale, pibe. Si podés, vení, hay mucho laburo.

—Gracias, señor Sánchez. Lo llamo después.

—Ta luego, pibe, cuidate.

¡Qué boludo que soy! No le pregunté al Chango cuál es el interno del bondi, o cómo es. Así me doy cuenta cuando llegue. Bueno, lo espero acá, él me va a ver.

Luego de media hora de espera, llegó el móvil rodante. El Chango, en tono irónico, saludó al chofer debutante:

—¿Usted pidió un colectivo?

—Hola, Chango. Pensé que me habías dejado de a gamba.

—Subí, dale.

—¿No era que venías vacío?

—No pude. En la terminal subió el supervisor. Lo dejé aca nomás, en la avenida Libertad. Por suerte se bajó, si no me cagaba el plan.

—Y ahora ¿cómo hacemos?

—No pasa nada, seguimos unas cuadras y hacemos el cambio. Mientras, te explico algo. Cuando ves que viene de frente otro colectivo de la línea y te hace luces, vos fijate, el código es así: una luz cortita es saludo: le contestás igual, con otra cortita, de acá con esta palanquita para abajo; si son dos o tres luces seguidas, te está avisando de que hay mucho quilombo de tránsito: vos igual, otra cortita, ¿entendiste? Con eso nadie va a sospechar nada.

—Bien. Yo siempre contesto con una cortita, fácil.

—Si te acercás mucho al de adelante —es el interno 137—, aminorá y seguí despacio, haciendo tiempo. No lo pasés.

—Che, ¿y los cambios?

—Facilongo, te dije que es caja automática. Mirá, ahora está en marcha, vos acelerás o frenás. La caja labura sola. Si tenés que esperar en un semáforo, para no estar frenando, podés poner "neutro". ¿Ves la "N"? Las puertas las abrís de acá. Esta palanca con la letra "D" es la delantera y la de la "T", la trasera. Cuando arrancás, si no cerraste las puertas, se cierran solas. Fijate que no haya nadie en el estribo.

—Claro, si no lo aplasto.

—A esta hora para allá va poca gente. A la vuelta es un poco más denso, viajan más pasajeros. Igual el quilombo es en el centro, pero ahí ya me toca de nuevo a mí.

—Ta bien, entendí. Y ¿dónde pego la vuelta?

—Una vez que pasás el faro de Mogotes, después vienen los balnearios. Vos le pegás hasta que veas un cartel de café, La Virginia. Ahí seguís unos dos kilómetros, maso, y donde la ruta se

ensancha, bajás a los últimos pasajeros. Ahí te quedas estacionado unos diez minutos y retomás, girando en U, volviendo pal centro. El bondi puede dar la vuelta sin problemas, pero si no te alcanza el radio de giro, ponés la marcha atrás, con "R" de reversa, y listo. —Bueno, loco, te toca a vos, dale, sentate al volante.

—Pongo el cambio. ¿Acelero despacio?

—Dale, tranqui, este no tiene embrague, no se va a parar el motor. Así, ¡eso! Tomá, ponete los anteojos. Ya está, sos el Chango.

—¿Me acomodás el espejo derecho? Más para adentro.

—¿Así está bien?

—Joya. Che, ¡esto está bueno! Me gusta.

—Ahí te paran. Tu primer pasajero, ¡mirá qué gambas tiene!

—Buen día, ¿me puede avisar en la diagonal Vélez Sársfield?

—Sí, como no señorita.

—Es en la rotonda del faro de Mogotes, Tomás.

—Okey.

—En la próxima esquina, dejame. Te espero ahí enfrente.

—Che, boludo, no tardés. Esperame ahí.

—Vos fumá. Yo sé cuánto se tarda. Chau, hermano, ¡suerte en el recorrido! Y… gracias.

—Chau, negro, nos vemos.

.

Bueno, acá estoy, al volante. ¡Ja, parezco el capitán Beto! *"…ayer colectivero, hoy amo entre los amos del aire…".* Timbre. Le paro en la esquina.

—No, acá no. En la otra, flaco.

—Le chingué en la primera. Ahí me paran, aprovecho y le abro al gil ese para que se baje.

—Buenas.

—Buen día.

—¿Vas hasta La Serena?

—No, termino antes. Este hace el recorrido corto.

—No importa. Avisame cuando llegamos.

—Mire que es bastante antes.

—Está bien. ¿Cuánto es?

—Dos con diez.

Qué tipo raro. Encima se queda parado, con todos los lugares que hay. Bue, cada loco… Ahí hay otros dos.

—Dos de dos con diez.

—¿Y estos? Se sientan separados. Hoy es el día de los chiflados. Se podrían bajar, quedan estos tres piantados y esas dos viejas. ¿Para qué hablé? Ahí se bajan las veteranas. Y bue, igual tengo que seguir, con los chiflados o sin ellos.

—¡Morocho!

—¿A mí me habla?

—No, a Gardel, boludo. En la curva doblá a la derecha y seguí por esa calle, hasta que te diga.

—¿De qué me habla? Ese no es el recorrido. Si quiere ir para allá, le paro y toma un taxi.

—No te hagás el gil. Mirá que tengo un caño.

—Pero…

—Pero nada, seguí por donde te digo y cerrá el culo.

—Ya escuchaste, flaco. Mirá que somos tres y estamos calzados, y no son Adidas.

—Por favor, no me metan en ningún quilombo. Si quieren el colectivo, se los dejo. Me bajo y listo.

—Vos no vas a ningún lado. Ya sabés adonde vamos, el Tío te lo dijo bien clarito. Nos das una mano y se olvida de todo.

—No sé de qué me hablan, se equivocaron de persona.

—Nada. ¡Este es el interno doscientos de la dosveintiuno?

—Sí, pero yo no sé qué es lo que quieren ni quién es el Tío.

—Sabés bien. Las deudas se pagan, con guita o con favores. Y esta es una manera facilonga de hacerlo. Hacemos el laburito, vos manejás y listo. El Tío se olvida de aquello. No arrugués ahora, mirá que tu deuda es grande.

—Le juro que se equivocan. Yo no soy quien ustedes piensan.

—¡Basta! O manejás calladito o sos boleta acá mismo.

—Está bien. Tranquilos. ¿Para dónde quieren que vaya?

—A la derecha, en la próxima, ya te dije.

Este pelotudo del Chango ¿en qué bolonqui está metido? La puta madre. Y la ligo yo, ¡me cago en él!

—En la segunda, doblá otra vez a la derecha, por allí, tres cuadras. Yo te digo dónde parar.

¿Lo habrá hecho a propósito? No puede ser tan hijo de puta. Después de todo no me contó por qué necesitaba que le manejase el bondi. Hace años que nos conocemos, más de diez; no puede ser tan turro. Igual, ahora es al pedo, piense lo que piense no me queda otra que seguir adelante y darle bola a estos tipos.

—Acá, morocho, pará en el portón verde. Acomodalo para entrarlo de culata. Abrime, así bajo.

Si se bajan los tres, me voy a la mierda. Aunque no creo que sean tan boludos.

—Dale, para atrás, doblalo más a la derecha. ¡Despacio, nabo! ¡No, frená, boludo! La puta que te parió, ¿Dónde mierda aprendiste a manejar, en la escuela del ACA? ¡Pelotudo! Hiciste mierda las plantas y el poste de la luz. ¡Pará, dejalo ahí! A ver, correte, nabo, yo lo acomodo.

—Bueno, tranqui, me puse nervioso.

—Bajá, Pepe, ayudalo al Cholo con la merca, mientras yo cuido el bondi y a este boludo.

—¿Y después adónde vamos?

—A vos qué te importa. Calladito cumplís y pagás tu deuda.

—No entiendo, ¿por qué un bondi?

—Gil. ¿Quién va a sospechar que en un colectivo transportamos merca?

—Dale, Tito, decile al boludo ese que ayude a cargar. Abrí la puerta de atrás.

Puta madre. Encima falopa. Si nos para la cana, cagué. Ya tengo dos entradas por peleas. ¡La puta que lo parió al Chango y a toda su familia!

—Vamos, dale, acomodá ese bulto y listo.

—Vos, morocho, sentate, que ya salimos. Esta vez no rompás nada.

—¿Para dónde agarro?

—Salí a la ruta. Vamos al centro.

—¿Al centro?

—Sí, al centro. ¿Qué, acaso nunca fuiste al centro? ¿Cuántas veces por día pasás por ahí con el bondi?

Si estos supieran que nunca, que es mi primera vez acá arriba... Y bue, ya estoy en el baile…

—Doblá en la ruta, prendé las luces y poné el cartelito de "máquina fuera de servicio". Tranquilo, a no más de sesenta. No queremos quilombos. Cuando estemos llegando, te avisamos.

—Bueno. ¿Y después de que descarguen qué hago?

—Te vas, desaparecés y te olvidás de todo. En la empresa decís que se trabó la máquina y listo. ¡Ah! No te hagás drama, la máquina está trabada. Cuando sacamos los dos boletos, le tiramos una arandela adentro.

—¡Pensaron en todo!

—Somos profesionales, papá. Como vos con el bondi.

Si supieran, seguro que soy boleta. Este hijo de puta del Chango me las va a pagar.

—Tranqui, no acelerés tanto, que allá adelante está Prefectura. Saludalos con una luz, como hacen siempre.

Ahora cuando pasemos por la entrada del puerto, si el Chango no está es porque es un reverendo hijo de puta. Hijo de puta profesional, como estos tipos.

—Che, vamos diez minutos adelantados. Vos, más despacio, hacé tiempo.

—¿Adelantados? ¿Adelantados para qué?

—En tu horario de recorrido, boludo. Así no levantamos la perdiz. Muchachos, ¡este sí que es un nabo!

Queé turros, pensaron en todo. Ahí estamos llegando a Juan B. Justo donde debería estar el Chango, parado frente a la carpa del circo Rodas. Puta, no hay nadie; ni para un lado, ni para el otro.

Allá para el lado del puerto, me parece que viene, no estoy seguro, no veo bien…

—¡Pará, flaco! ¡Frená! ¡El semáforo!

—¡Uhhh! ¡La puta madre! ¡El camión! Mierd……………….

—Chango, ¿estás cómodo?

—Sí. ¿Podés bajar un cacho el aire?

—¿Así está bien?

—Sí. Mirá que acá la máxima es ciento veinte.

—¿En qué pensás? Te veo relajado.

—Miro la ruta, los árboles, es linda esta sensación de libertad. ¿Qué hora es?

—Doce y media.

—A esta hora debería estar pasando por el puerto con el bondi. Tomás no debe entender un carajo.

—Ya está, no pensés más en eso. Se acabó. Basta de quilombos.

—Negra…

—¿Sí?

—Gracias. Te quiero.

Horacio, el 3CV rojo y la flaca

—Hola.

—Buenas tardes. Llamo por el aviso del Citroën 3CV.

—Sí, decime… ¿Dónde lo viste?

—En *Segundamano*, en la web.

—Bueno, entonces viste las fotos.

—Sí, se lo ve lindo. ¿Cuántos kilómetros tiene?

—Te cuento. Desde que lo restauré (le hice motor a nuevo, chasis, chapa y pintura, tren delantero, frenos e interior completo) tiene diez mil kilómetros. Está una pinturita, mejor que cero. Rojo brillante, con los guardabarros negros y un detalle negro en las puertas, tiene capota nueva y estéreo con radio y pasacasetes.

—¿Y de papeles?

—Soy titular, no debe nada; además, ya no paga patentes, es modelo setenta y ocho pero parece cero, está radicado acá, en Buenos Aires

—¿El precio se puede conversar?

—No. Son cinco mil dólares en efectivo. No acepto cheques ni permutas. Solo dólares billete.

—Es un poco saladito, vi otros…

—Mirá, flaco, este Citro es único, yo sé lo que te digo. Te va a llevar muy lejos.

—¿Cuándo se puede ver?

—Mañana, de diez a doce.

—Okey, paso.

—¿Tu nombre?

—Horacio.

—Yo soy Luis. Traé seña, vas a ver que te lo llevás.

—Nos vemos mañana entonces. ¿Centenera veinte cincuenta y tres, no?

—Sí, timbre dos. Te espero.

—¿Vos estás loco? ¿Cinco mil dólares? Con eso nos compramos el Uno de Pablo.

—Sí, claro, y después le hacemos frenos, embrague, tren delantero, y andá a saber las multas que tiene. Tu primo es un loco de mierda, maneja peor que tu vieja.

—Y vos, dale, aprovechá para criticarla.

—Bueno, después de todo es verdad.

—No me cambiés de tema, ¿y vos del tipo ese que sabés?

—Nada, pero tengo un pálpito.

—Sí, un pálpito. Vos y tus premoniciones, ¿te olvidaste de la última vez?

—La última vez el caballo se cayó, casi se mata el *jockey*.

—Sí, y vos perdiste toda la guita de las vacaciones. ¿Y la vez anterior, cuando ese amigo tuyo te convenció de invertir en la bolsa? Hasta me hiciste poner el aguinaldo.

—Esa fue la crisis asiática, todos perdieron.

—Todos menos el vivo que te vendió las acciones.

—Fondos de inversión eran.

—Mirá, pienso que es una locura, pero allá vos. Yo esta vez no pongo un mango.

—Esta bien, yo me arreglo, pero ¿vas a venir a pasear a la Costanera conmigo cuando lo tenga?

—¿Y que otra me queda?

—Vas a ver. Unos choripanes, una cervezas y la luz de la luna con la capota abierta.

—Sos un grasa.

—Y vos mi remedio contra el colesterol.

—Como te dije, flaco. Impecable.

—¿Podemos dar una vuelta?

—Sí, dale. Tomá las llaves, manejá vos. ¿Sabés los cambios? Porque este tiene la palanca arriba, al tablero.

—Sí, mi viejo tenía un 2CV. De chico me iba al garaje donde lo guardaba, lo arrancaba, hacía unos metros, lo sacaba y lo volvía a estacionar. Aprendí a estacionar antes que a manejar. De vez en cuando le llevaba un vino al sereno del garage y me quedaba horas allí. Quería ser piloto, de coches de carrera.

—Y practicabas con el 2CV.

—Era lo que había.

—¿Y, qué te parece?

—Anda suavecito, no parece un 3CV. Me lo imaginé mucho más ruidoso.

—Te dije, es único. El motor está puesto a punto para que no haga nada de ruido, tiene algunas modificaciones. Toda la carrocería está reforzada, con varias partes de aluminio, para que pese menos. Las mazas de las ruedas modificadas, para que use neumáticos de ciento sesenta y cinco sesenta trece, con llantas de aluminio y frenos a disco en las cuatro ruedas. Toda la reforma es de Fiat Uno, amortiguadores incluidos. Conseguís repuestos en cualquier lado.

—La flaca va a estar feliz.

—Disculpá, ¿qué dijiste? No te entendí.

—Nada, no importa, es que ella quería comprar un Uno.

—Como te decía, las butacas delanteras y el asiento trasero están modificados a partir de los originales, acolchados, reforzados y retapizados en cuero, apoyacabezas incluidos y tiene cuatro cinturones inerciales.

—¿Y la instalación eléctrica?

—Toda a nuevo, reforzada, la batería de setenta y cinco amperes, para motor gasolero.

—Che, me gusta. ¿Cuatro quinientos?

—No sigas pijoteando, el precio es cinco mil y punto.

—Está bien. Por más que este tema del precio me va a costar una discusión y cara de culo de la flaca por unos días, lo compro.

Traje quinientos verdes, ¿cuándo podemos hacer la verificación y la transferencia?

—Si querés, vamos ahora y hacemos el trámite en la cana, acá en Barracas. ¿Vos cuándo tenés el resto?

—Hoy es martes… El jueves, ayer me transfirieron la guita que me faltaba, quizás esté mañana, pero más seguro el jueves.

—Bueno, dale, vamos a la planta verificadora ahora y el jueves nos vemos en el registro del automotor. Ahí, una vez que veas que los pelpas están en orden, me das el saldo y hacemos el trámite para la transferencia.

Espero que este tipo no sea un chanta. Al Citro se lo ve impecable, realmente parece único, como él dice. Con la cana estuvo todo bien, no tendría que haber problemas. Mejor me relajo y el jueves veo qué pasa.

—¿Seguro que no querés que te acompañe?

—Como quieras, flaca, pero no hace falta, es solo un trámite. Veo que esté todo bien, le garpo y me traigo el bólido rojo a casa.

—Bueno, te espero acá. Fijate bien en todo…

—Sí, mamá.

—¡Boludo! Suerte. ¿Te dije que te quiero un poquito?

—Yo no. Para mí, solo sos un objeto sexual.

—Volvé rapidito con el autito.

—Cuatro mil novecientos, cinco mil. Está todo. Acá tenés los dos juegos de llaves, la cédula verde, el boleto de compra-venta y el título. Firmame la responsabilidad civil y es tuyo.

—¿Alguna recomendación?

—Sí. En unos cinco mil kilómetros cambiale el aceite y los filtros, ponele solo nafta *premium*. Y algo más… Cuando uses la radio, tené cuidado con la AM.

—¿Con la AM? No entiendo.

—Es que a veces no anda bien, hace ruidos y cosas raras. Es la

única parte del auto que no te garantizo. La FM y el pasacasete andan joya, pero la AM no es muy confiable.

—Gracias, Luis, ¿querés que te acerque a algún lugar?

—No, dejá. Me tomo un taxi. Suerte.

—Gracias. Nos vemos.

Horacio estaba feliz, el 3CV era su primer auto. Hacía cinco años que juntaba peso tras peso, había reunido tres mil setecientos dólares, con eso le sobraba para un Citröen, pero este era distinto, por eso se animó a pedirle lo que le faltaba a su amigo el gordo, que estaba juntando para un departamento. El plazo que habían acordado para que Horacio le devolviera los dólares fue de trece meses, a cien dólares por mes, sin interés. El gordo era de fierro. Apenas Horacio le contó del Citroën, no tardó casi nada en ofrecerle su ayuda. Al día siguiente lo iba a invitar a comerse unas pizzas en Banchero de La Boca; por supuesto, lo pasaría a buscar con el bólido rojo.

De camino a su casa, paró en una YPF: había que alimentar a la máquina.

—Buen día. Llenalo de *premium*, por favor.

—¿Qué modelo es, jefe? Parece nuevito.

—Setenta y ocho, pibe. Recién lo compré.

—¿Le reviso el aceite?

—Dale. Te lo abro.

El playero se quedó mirando el motor, sorprendido.

—¡Este no es Citroën!

—¿Cómo dijiste?

—Que no es el motor de un 3CV.

—¿Cómo que no es?

—Parece japonés, pero no tiene marca. Esto parece un turbo y tiene radiador de agua, los 3CV no traen.

—La verdad, no lo había mirado. Andaba tan suave que ni me preocupé por ver qué tenía bajo el capó.

—Acá está la varilla del aceite, está lleno. El aceite parece nuevo. Quédese tranquilo, tiene pinta de fierro.

—Parece que se llenó.

—Sí, cincuenta litros. Por lo visto, el tanque tampoco es original estos cargan treinta litros.

—¿Cuánto es, pibe?

—Doscientos veintitrés pesos.

—¡Mierda! ¿Aceptás Visa? No llego con la guita.

—Sí, no hay problema.

—Cobrate.

Horacio se quedó preocupado. ¿Qué había comprado? ¿Un 3CV con motor japonés? ¿Por qué este tipo no le dijo nada?

—Cuando le cuente a la flaca, seguro se chiva. Ya sé lo que me va a decir: “Siempre te estafan, ¿por qué no te fijás antes de hacer?”. ¿Y si es realmente único? Ahí seguro que no me va a decir nada —Horacio pensaba en voz alta, hablando consigo mismo.

—¡Llegaste! Estaba impaciente. ¿Y el auto? ¿Todo bien?

—Sí, está acá, al lado, no había lugar en la puerta. Vení, así lo ves y damos una vuelta.

—Dale. De paso, ¿me llevás hasta lo de mamá? Tengo que devolverle una cartera que me prestó el otro día.

Cuando la pareja salió, vieron a dos personas que estaban admirando la reciente adquisición. Uno de ellos le sacaba fotos con el celular.

—¿Es suyo? —le preguntaron a Horacio.

Él, con alegría, les dijo que sí.

—Está impecable —comentaron.

—Viste, flaca, qué lindo que está.

—Parece que tenías razón.

—Vas a ver cómo anda. Vamos por la autopista, así lo podemos probar.

El camino desde la casa de la pareja, hasta la casa de la madre de la flaca, si bien se podía recorrer por las calles de la ciudad —de parque de los Patricios a Villa Luro—, era mucho más rápido por la autopista que unía el centro de la ciudad con el límite oeste. Serían unos diez minutos de viaje a noventa kilómetros por hora (la máxima en la autopista era de cien) y una buena oportunidad para testear el bólido rojo.

Subieron por el acceso de la calle Colombres. Una vez arriba, Horacio se acomodó en el carril intermedio: en menos de veinte segundos viajaban a noventa.

—Nada mal para el Citro —comentó la copiloto.

Mientras mencionaba esto, la flaca prendió la radio, estaba sintonizada en una FM de música clásica; cambió inmediatamente. “La música culta me aburre”, pensó. A ella le gustaban todos los ritmos bailables; Horacio los odiaba. Para no generar ninguna discusión, buscó algo tranquilo. Mientras cambiaba el dial, sin querer presionó el botón “Band”, lo cual hizo que el receptor cambiara a AM, mil treinta marcó el visor digital; el bólido rojo continuaba viajando a noventa.

Lo que pasó a continuación fue muy extraño. Niebla espesa, una explosión frente al auto, luces intermitentes y de nuevo la normalidad.

—¿Qué pasó? —preguntó la flaca.

—¡Qué sé yo! —respondió el piloto.

—¿Se rompió algo?

—No, fue afuera. El auto me parece que funciona bien.

—¡Frená, Horacio!

—¿Qué es eso?

—Parece un colectivo.

—¿Ah, sí? ¿Y desde cuándo los bondis flotan en el aire?

—No flota, está colgando de algo… parece una vía, pero arriba del techo.

—Si no fuera que hace ya unos meses que no tomo, diría que estoy borracho, viendo visiones.

—Mirá allá, enfrente, la gente que anda con esos carritos. Parecen monopatines con motor.

—¿Qué está pasando? Esto no me gusta nada, me da miedo. Es como una película berreta, de ciencia ficción, de esas del futuro.

Después de esa palabra, ambos se quedaron en silencio, mirándose a los ojos, como si hubieran descubierto algo que no pensaban descubrir. Con la mirada se dijeron más que con las palabras que podían imaginar. La flaca rompió el silencio, que los volvió a la realidad.

—No, no es posible.

—¿Y cómo explicás este paisaje? Estamos en la misma autopista, solo que no creo que sea siete de noviembre de dos mil diez.

—Pero ¿cómo llegamos aquí? Digo, el lugar es el mismo, allá está el parque Chacabuco, se ve la iglesia de la Medalla Milagrosa y también se ven edificios que ayer, cuando pasé con el taxi, no estaban.

—Lo que pasa es que ayer no es ayer. O mejor dicho, hoy es otro hoy, vaya a saber de qué año. Fue la explosión, la niebla, eso fue.

—Pero esas cosas ¿cómo pasaron?, ¿por qué?

—No sé, flaca. Lo que sí sé es que mejor que nos pongamos en marcha, acá nos van a chocar; mirá a la velocidad que pasan.

Mientras arrancaban nuevamente, la flaca trataba de entender qué había pasado. Si bien su forma de pensar era muy poco estructurada, en ese momento su mente se asemejaba a la de un investigador, acomodando uno a uno los hechos. Horacio, mientras tanto, aceleraba tratando de llegar a algún lugar que los pusiera nuevamente en el mundo conocido y también ordenaba sus ideas.

—Subimos a la autopista en Colombres —dijo ella— Mientras buscaba alguna radio con música tranqui, sentimos la explosión y

apareció la niebla— Completó la idea, como si al exteriorizarla tal vez pudiera comprender algo más.

—Y cuando la niebla se despejó, todo había cambiado.

—Lo que no entiendo es qué fue lo que produjo la explosión; la niebla pudo ser un efecto de eso.

—Me gustás, flaca, así seria. Parecés Sherlock Holmes. ¿Puedo ser tu Watson?

—Vos mejor manejá y mirá para adelante.

—Llegamos al desvío para Liniers. Mirá, en la vía a Ezeiza no están las cabinas de peaje.

—Horacio.

—¿Sí?

—Estás yendo a ciento cincuenta.

—¿Qué? Mierda, este sí que es un bólido.

—Pará, loco. Un Citroën 3CV no anda a ciento cincuenta, ¿qué está pasando?

—Tranqui. Eso tiene una explicación. Es un Citro, pero con motor japonés, con turbo compresor.

—¿Motor japonés? ¿Vos sabías eso y no me lo contaste?

—No tuve tiempo de hacerlo. Cuando fui a cargar nafta, el pibe se dio cuenta al medir el aceite.

—¿Qué más no me contaste?

—Que carga más de cincuenta litros, usa solo nafta *premium*.

—¿Algo más?

—Cuando me lo entregó, el chabón que lo vendía me dijo que me garantizaba todo el auto menos la radio AM. Eso me dio gracia. ¿Quién carajo usa la AM?

—Nosotros, Horacio, nosotros.

Ambos miraron el panel digital de la radio, estaba en AM, en AM1030.

—¿Cuándo pusiste AM?

—Cuando estaba sintonizando, apreté sin querer este botón y cambió de FM a AM.

—Y ahí vino la explosión.

—Pero ¿quétiene que ver la radio con la explosión y con viajar en el tiempo?

—No lo sé. Lo único que se me viene a la cabeza son las palabras de Luis, el dueño anterior del auto: “Cuando uses la radio, tené cuidado con la AM… A veces no anda bien, hace ruidos y cosas raras”, me dijo.

—¿Qué carajo te vendieron?

—No sé, pero me gusta.

Bajaron de la autopista en el empalme con la avenida General Paz, se habían pasado de la bajada de Rivadavia porque no veían la cancha de Vélez, y nunca la vieron. El estadio no estaba, no existía más, en su lugar había un complejo de edificios. Eran unas torres vidriadas de unos cincuenta pisos, rodeadas de un amplio jardín arbolado.

Cuando llegaron al cruce de la avenida Rivadavia, vieron que ahora se llamaba avenida Carlos Saúl Menem. El nombre estaba escrito —como casi todos los carteles que habían visto— en castellano y en chino (o algo así).

—¿Viste el nombre de la calle?

—Sí, flaca, parece que volvieron, estamos cagados. ¿En qué año estaremos?

—Pará allá, en la esquina de Murguiondo, en la Petrobras.

—¿Para?

—Me fijo si tienen el diario de hoy y veo la fecha.

—Che, la Petrobras no es más Petrobras; dice Combustibles de Oriente.

—Bueno, ¿qué más da? Un diario deben tener.

Estacionaron en la esquina, la flaca descendió del auto. Mientras se alejaba unos pasos vió como unas personas se juntaban alrededor del bólido rojo. “Parece que por estos años no es muy común un 3CV”, pensó.

La estación de servicio era muy distinta a la que ella conocía:

la habían ampliado, ocupaba casi media cuadra por lo que fuera la calle Murguiondo, que ahora se llamaba Mariano Grondona. “Otro prócer”, pensó en voz alta.

Con paso firme, se dirigió al minimercado. Al llegar a las puertas estas se abrieron de forma automática. Ya adentro, sintió un agradable olor a lavanda. No había ningún mostrador, solo máquinas expendedoras de bebidas, hamburguesas, pañales, máquinas de afeitar, toallitas femeninas, papel higiénico, aceite para motores y mil cosas más. Todas las expendedoras estaban ubicadas en fila, contra las paredes y formando pasillos, como las conocidas góndolas de los supermercados; le sorprendió no encontrar ninguna expendedora de diarios. Se dirigió al fondo, hacia una cabina vidriada que decía “Informes – 报告”. La atendió una joven, amable.

—Buen día, bienvenida a Combustibles de Oriente, ¿en qué la puedo ayudar?

—Hola, ¿me decís en dónde puedo comprar un diario?

—¿Un diario?

—Sí, un diario. *Clarín*, *Crónica*, el que sea.

—Disculpe, no le entiendo.

—¿Tan difícil es? Quiero leer el diario.

—¿Y para qué lo quiere comprar?

—Para llevármelo. ¿Para qué va a ser?

—Los diarios se pueden leer *on-line*, allá en aquellas pantallas.

“Mierda, cómo cambió todo”, pensó la flaca.

—Gracias —dijo a la empleada y se dirigió hacia un costado en donde había unas diez pantallas planas. Cada una frente a una silla. Se acercó y el aparato le dijo:

—Buen día, ¿en qué la puedo ayudar?

Mientras se sentaba, respondió:

—Quiero leer el diario.

—Inserte su tarjeta —contestó la máquina.

—¿Qué tarjeta?

El aparato repitió:

—Inserte su tarjeta.

La flaca se dirigió nuevamente a “Informes”.

—Buen día, bienvenida a Combustibles de Oriente, ¿en qué la puedo ayudar?

—Decime, ¿qué tarjeta tengo que insertar para leer el diario?

—Su tarjeta de identificación.

—No tengo.

—¿Cómo que no tiene? —contestó la empleada mientras oprimía un botón rojo ubicado a la derecha del vidrio blindado.

—Señorita, por favor, su identificación— Escuchó una voz que le hablaba sobre el hombro.

—Disculpame, no la traje, salí apurada —fue lo primero que se le ocurrió a la flaca para zafar de esa situación.

—Le pido que por favor se retire o tendré que llamar a la Policía Metropolitana.

—No, a esos no. Ya me voy. ¿Me podés decir qué día es hoy?

—Siete de noviembre, señorita.

—¿De qué año?

—¿Se siente bien?

—Sí, es que tengo problemas de memoria —argumentó haciendo gala de sus estudios actorales.

—Dos mil treinta. Siete de noviembre de dos mil treinta.

—Gracias —contestó mientras salía aterrada.

Ya en la calle vio que Horacio estaba hablando con un policía. Se acercó rápidamente. Ella sabía algo que su compañero ignoraba; de alguna manera le tenía que avisar de que estaban en dos mil treinta.

—Le digo que lo compré hoy, por eso no tengo los papeles a mi nombre, sólo el boleto de compra-venta.

—Señor, este papel tiene veinte años, ¿no cree que ya debería haber realizado la transferencia? Y su carné de conductor venció hace dieciséis años, me va a tener que acompañar.

—Es muy largo de explicar, agente. ¿Lo podemos dejar así?

Digo, quizás con este día de calor, usted y su compañero tengan ganas de tomarse una cerveza.

—Bueno, que sean varias cervezas. Esta infracción es muy grave, señor.

Horacio se asomó dentro del 3CV, buscó en la cartera de la flaca y encontró cien pesos.

—Es lo que tengo —dijo al policía.

—Está bien. Un poco viejo el billete, pero todavía sirve. En estos días el efectivo es escaso. Por favor, retírense despacio y no vuelvan a pasar por la avenida, hay más controles.

La pareja subió al auto y salieron por la ex-Murguiondo —hoy Grondona— hacia la avenida Alberdi.

—Suerte que estos no cambian nunca. Son iguales a lo que había antes, los que vestían de azul.

—Horacio, estamos en dos mil treinta.

—Sí, me dí cuenta cuando el milico me dijo lo de los veinte años de los pelpas del auto.

—¿Y ahora que, hacemos?

—Ir derechito a lo de tu vieja.

—Horacio.

—¿Qué?

—Me da miedo ir a lo de mamá, pasaron veinte años.

—¿Y?

—¿Cómo y? ¿No pensás que quizás ya no esté?

—Pará, loca, tu vieja tiene cincuenta y cinco, o sea setenta y cinco, seguro que está.

—Está bien, vamos.

Agarraron por Falcón, que ya no era Coronel Ramón L. Falcón, ahora se llamaba Héctor *Bambino* Veira.

—¡Mierda con los nombres de las calles, uno peor que el otro! ¿Qué carajo nos pasó? Yo sabía que el país se iba a la mierda.

Doblaron por Guardia Nacional (se llamaba igual). Al llegar a la avenida Juan Bautista Alberdi (Canciller Dr. Nicanor Costa Mén-

dez, el nuevo nombre) se detuvieron frente al sesenta sesenta y dos. La flaca cruzó la calle, la casa estaba igual. Quiso abrir con su llave, pero no pudo. Tocó timbre, atendió una mujer de unos treinta años.

—Buen día, ¿está Nélida?

—¿Nélida? Acá no hay ninguna Nélida.

—Disculpame, hace unos años vivía acá. ¿No sabés dónde la puedo encontrar?

—¿Cuántos años? Yo vivo acá hace diez.

—Hace unos veinte, más o menos.

—Ya sé, debe ser la señora que le vendió la casa a mi vieja. Por lo que sé, se había mudado a Italia, con su esposo.

—¿Esposo?

—Sí, un actor español, creo.

—¿Tendrán algún teléfono, o algún dato para encontrarla?

—¿Sos familiar?

—La hija. Hace veinte años que no la veo.

—Pero ¿qué edad tenés?

—Veintisiete— En ese momento, la flaca se dio cuenta de que la historia no sonaba muy convincente, tenía que inventar algo—. Mis viejos me adoptaron ya de grandes, yo era una beba, al poco tiempo se separaron, yo me quedé con papá. De ella no supe más nada, es una historia muy triste.

—Bueno, esperá, que le pregunto a mamá. Ya vengo.

Mientras esperaba impaciente, miró a su compañero y le hizo un gesto arqueando las cejas y levantando los hombros, expresando un “no sé”, así era como se sentía.

—Acá tenés, el número de teléfono. Como te dije, se había mudado a Italia, el número es de allá. Los primeros años se llamaban con mi vieja para las fiestas, después perdieron contacto. Ya hace unos años que mamá no sabe nada de ella.

—Gracias —respondió la flaca tomando la hoja de papel entre sus manos. Mientras volvía sobre sus pasos hacia el auto, escuchó

a sus espaldas “¡Suerte!”. Siguió caminando sin hacer caso al deseo de la chica.

—¿Y? —preguntó Horacio.

—Según esta chica, mi vieja vivía en Italia, casada con un actor español.

—¿Será Antonio Banderas? Ese siempre le gustó a tu vieja.

—No seas boludo, vamos para casa.

—Perdón, ¿y cómo hacemos? ¿Agarramos por Directorio o como mierda se llame?

—No sé. Vos compraste este auto, resolvelo.

—A ver, pensemos. Cuando pusiste AM, sintonizó en mil treinta, y estamos en dos mil treinta. Si ponemos mil diez, ¿iremos a dos mil diez?

—Me sorprendés. A veces usás la cabeza. Probemos.

Rápidamente, la flaca sintonizó el dial en AM mil diez. Una música horrible salió del dial mientras el locutor anunciaba: “AM mil diez, Onda Latina, con la música que a vos te gusta, hoy y siempre en tu dial”. Pero no pasó nada, siguieron en el mismo lugar y en el mismo espacio del tiempo.

—¡Esta mierda no anda! El tipo me dijo que a veces sintonizaba mal. Probá otra frecuencia.

La flaca sintonizó mil cinco, nada; mil quince, nada; ochocientos cuarenta, nada; mil cuarenta y cinco, nada.

—Algo falta —dijo la flaca—. Tal vez si nos movemos.

Horacio arrancó, puso primera, segunda, tercera… Pero nada. Cuando el velocímetro alcanzó los noventa kilómetros por hora, de nuevo la explosión, el humo, las luces intermitentes. Ambos miraron el dial, mil cuarenta y cinco indicaba.

—Por lo menos sabemos que, si nuestra teoría no falla, estamos en dos mil cuarenta y cinco.

—¡Cuidado! —gritó la flaca.

A poco menos de media cuadra, la avenida terminaba. Lo que

había sido la General Paz era ahora un paredón. Horacio pisó el freno, el bólido se detuvo en pocos metros.

—Bueno, los frenos son buenos, el tipo no me mintió.

—Mirá eso. Parece un grafiti, pero es como fluorescente, tiene luces.

La flaca, mientras hacía el comentario, se bajaba del auto y caminaba hacia el paredón.

—¿Adónde vas? —le gritó Horacio.

Ella no se había dado cuenta: del lado izquierdo venían tres personas con una especie de palos que emitían una luz intermitente. Cuando los vio, ya era tarde para correr, estaban a menos de diez metros. Horacio se había dado cuenta y, mientras la flaca miraba petrificada, el 3CV se cruzaba entre ella y el trío agresor.

—¡Subí, flaca! Apurate, estos pibes no nos vienen a preguntar si estamos perdidos —gritó Horacio mientras clavaba los frenos y abría la puerta a su compañera.

—¿Qué carajo pasa? ¿De dónde salieron estos tipos?

—Ni idea, flaca, lo que espero es que esos palos luminosos no disparen,; hasta donde sé, el Citro no es blindado.

Mientras expresaba sus deseos, aceleraba a fondo, doblando en U, retomando por la ex-Alberdi hacia el centro. El bólido rojo llegó en pocos segundos a los noventa kilómetros por hora. Horacio se había dado cuenta de que esta era la velocidad indicada, viajando en tercera.

—Dale, flaca, sintonizá la AM diez diez.

—¿Qué querés, escuchar cumbia berreta?

—Sí, con mucho humo, explosiones y luces de colores.

Justamente eso fue lo que sucedió: la explosión, el humo, las luces intermitentes y de nuevo la avenida. Pasaron una esquina, el semáforo en rojo, iban muy rápido para frenar. Horacio pudo ver el cartel que decía avenida Juan Bautista Alberdi. Respiró aliviado. Estaban al seis mil doscientos, faltaban dos cuadras para el seis mil sesenta y dos. Pararon en la puerta.

La flaca bajó del auto con su llave en la mano, la introdujo en la cerradura y entró.

—¡Ma! —gritó.

—¿Qué pasa, hija? Se escuchó en el pasillo de entrada.

La joven, desesperadamente, abrazó a la madre, que la miraba sin entender a qué se debía este arrebato de afecto. Ambas permanecieron en silencio: la flaca, porque no sabía qué decir, por dónde empezar a contarle a su madre lo que había pasado; y la madre, sencillamente, porque disfrutaba el momento.

Ramírez, uno más de los nuestros

—Hay algo que no entiendo.

—¿Dijo algo, Ramírez?

—Sí, disculpe, señora, pensaba en voz alta.

—¿Lo quiere compartir con los demás?

—La escuchaba y mientras pensaba en la privacidad de esos supuestos dos millones de “amigos”, como los llama. ¿No estaríamos invadiéndolos con una campaña en esa red social.

—Ramírez… Ramírez… ¿Acaso vive en otro mundo? Cuando usted mismo armó su perfil en la red, autorizó el uso de sus datos. ¿Acaso me va a decir que no lo sabe?

—Yo no autoricé nada.

—Lo hizo al hacer clic en “aceptar las condiciones”.

—Yo no hice clic en ningún lado.

—Claro, el señor tiene su perfil en esa red sin haber aceptado las condiciones.

—Es que yo no tengo ningún perfil, salvo el de mi propia cara.

—Pero, cómo, ¿no tiene una página con fotos, amigos y comentarios en el muro?

—Mire, señora, con el mayor de mis respetos, mis fotos están en álbumes en mi casa y en los cuadritos de la pared; mis amigos, cada uno en su casa, nos juntamos los viernes en el bar; y en el muro, que da al jardín de mi casa, tengo una enredadera que este año creció bastante.

—Entiendo, es un rebelde antisistema. Entonces le pregunto, ¿cuál es el motivo por el que trabaja en esta empresa?

—Para que los usuarios de nuestros productos puedan vivir una experiencia feliz.

—¿Usted cree en eso realmente?

—Lo dice en nuestra visión como empresa.

—A sí, la misión y la visión, claro. Un idealista.

—Sinceramente, creo que los ideales sirven solamente si se los puede llevar al mundo de los hechos.

—¡Perfecto! Es lo que necesitamos. Un idealista puro, comprometido con sus principios.

—No entiendo, señora.

—Lo acabo de nombrar responsable de nuestra campaña en las redes sociales.

—¿Es una broma, señora?

—¿Broma? No hablaba tan en serio desde el día que le dije a mi exmarido que se fuera de casa. Usted está a cargo. Elija dos colaboradores, alguien de marketing y otro de relaciones públicas.

—Pero, señora, yo soy técnico. Trabajo en desarrollo y mejoramiento industrial. No soy bueno en los aspectos sociales.

—¡Mejor! Quiero alguien convencido de lo que quiere y que esté acostumbrado a trabajar de manera metódica.

—¿Me puedo negar?

—No le conviene. Por si no lo sabe, la empresa está cambiando su modelo de negocios: nos estamos alejando del desarrollo industrial para fortalecernos en aspectos comerciales y de servicios al consumidor. Véalo como una oportunidad y un desafío.

—A mi edad, los cambios cuestan, señora.

—Claro, lo sé. Por eso sugiero que elija colaboradores jóvenes.

—En resumen, ¿qué tengo que hacer?

—Primero, lo primero: hágase un perfil en la red social, junte algunos amigos, suba fotos actuales y algunas de su juventud y empiece a participar en forma activa. Opine, hágase seguidor de algunas causas de bien social. Una vez que esté en la red, tendrá que construir un perfil de la empresa, eso lo iremos viendo. En un rato le paso un *brief* por correo electrónico.

—¿Algo más?

—Sí, ya que es virgen en este asunto, aproveche y construya un

perfil acorde a las circunstancias pensando en el objetivo que tenemos como empresa, ya que usted será la cara visible, figurará como creador de la página institucional en la red.

—Gracias, señora.

—¿Por qué gracias?

—Por permitirme ser como soy y mostrarme sincero y para nada especulador.

—Ya veo. Idealista y cínico. Me gusta.

Bueno, Ramírez, estás en el horno. Si querés conservar el trabajo, más vale que esto te salga bien. Y si sale mal, un taxi puede ser la solución; por qué no: trabajar por cuenta propia, recorrer la ciudad, conocer gente.

—Buenas...

—Buen día, Ramírez. ¿Qué necesita?

—Mira, piba, me tengo que hacer cargo de un nuevo proyecto y necesito buscar dos colaboradores.

—Bien. ¿Prefiere que ya sean empleados de la empresa, o buscamos en forma externa?

—No, querida, no gastemos dinero extra si no hace falta. Busquemos entre lo que hay adentro.

—¿Que no gastemos? Disculpe, yo no pensaba poner plata de mi bolsillo, ¿y usted Ramírez?

—No importa, pensamos distinto. Decime, necesito dos personas jóvenes, una de marketing y otra de relaciones públicas.

—¿Quiere que estén trabajando en esa áreas?

—No. Con que hayan estudiado algo de eso me alcanza.

—A ver, espéreme un poquito, que busco en la base de datos.

—¿Querés que vuelva más tarde?

—No hace falta, está todo en línea. Tenemos cuatro empleados que estudiaron marketing y dos de relaciones públicas.

—Necesito entrevistarlos.

—¿No prefiere saber algo más de cada uno?

—¿Algo más? ¿Qué datos hay en la base esa?

—Lo que quiera. Estudios, gustos personales, enfermedades, datos de familiares, amigos, preferencias musicales, qué leen, películas favoritas, afinidades religiosas y políticas, lugares en que vacacionan, marca del auto…

—¿Y de dónde salen esos datos? ¿No es ilegal?

—No sé. Lo que sé es lo que tenemos. Algunos datos se piden en el formulario preocupacional, otros los aportan el servicio de medicina laboral, los demás salen de un rastreo en la redes sociales, en los blogs y en los foros de discusión de distintas webs. Cuando entra un empleado nuevo, hacemos una búsqueda en la web y suscribimos el nombre y apellido al servicio de información de los principales buscadores. Con eso, cada vez que esa persona publica algo con su nombre y apellido, o con algún seudónimo que hayamos registrado, ese servicio nos envía un correo electrónico con el enlace a la publicación.

—¡Pero eso es invadir la privacidad!

—Ramírez, ¿de qué privacidad está hablando? La mayoría de esos datos están disponibles para quien quiera encontrarlos. Entonces ¿qué datos quiere saber?

—¿Qué hay en esa base sobre Pablo Ramírez?

—En realidad, no puedo darle esa información.

—¿Cómo que no podés? Me estás ofreciendo datos de quien quiera y no me podés dar los míos.

—Política de la empresa. Los datos se pueden usar solamente para fines relacionados con actividades internas, no para fines personales.

—Pero tengo el derecho a saber lo que tiene sobre mí.

—Para eso necesito la aprobación de la gerencia.

—O sea, que los gerentes sí tienen acceso.

—Por supuesto.

—¡Viva la democracia!

—Ya me habían comentado sobre sus ideas.

—¿Ah, sí? ¿Quién? Bueno, no importa. Ya sé la respuesta: “No se lo puedo decir Ramírez”. Dame los nombres de las personas que

califican para mi pedido y decime en qué sección trabajan. Yo me arreglo.

—Bueno, le envío los datos por *mail*.

—¿Para qué? Decime que anoto.

—No, Ramírez. El protocolo indica que todos los pedidos de datos deben salir por *mail*, con copia a la gerencia.

—Bueno, como vos digas. Dale, piba, mandalos.

Nombre y apellido, fácil, Pablo Ramírez. Fecha de nacimiento, 1 de enero de 1960. Estado civil, ya empiezan las preguntas privadas. A ver las opciones. Ja, ésta, "en una relación complicada", con "Pablo Ramírez". Me parece que me voy a divertir con esto. Creencias religiosas, "budismo"; afinidades políticas, "socialismo"; frase favorita, "hasta la victoria siempre". Aceptar. Ahora, a subir algunas fotos. Voy a poner las de cuando cursaba Bellas Artes.

Ramírez busca en el tercer cajón de su escritorio mientras se sirve otro mate. El gato negro, que por cierto es bastante obeso —"debería ponerlo a dieta", dice Ramírez bastante seguido— ronronea sobre la mecedora.

Acá están. En esta época tenía el pelo largo. Tenía veinticinco años cuando dejé Bellas Artes y entré a Ingeniería. Mi viejo insistía diciendo que con el arte me iba a morir de hambre. ¡Cómo si con la ingeniería me hubiero ido tan bien! En esa época me hubiera negado a esta obligación que me impusieron en la empresa. Bueno, es otra época, ya casi no tengo pelo. Mejor sigo con esto.

Mientras Ramírez se sumergía en los recuerdos, el escáner barría una por una las fotos, muchas en blanco y negro, como si fuera devorando los años vividos.

Si publico esta foto, me echan. ¿Me echan? No sé, no estoy tan seguro. Después de todo, la señora me dijo que le gustaba que yo fuera idealista y cínico. Ma, sí, yo la publico y en el epígrafe pongo "con los camaradas de la segunda sección, Bellas Artes, La Habana, 1979". Y que se vea bien clarita la cara del comandante Castro. A ver qué dicen.

¿Estarán los chicos de esa época en esta red? Bueno, chicos ya no deben ser… “Perfil creado. ¿Desea actualizar su imagen de perfil?”. ¿Actualizar qué? Si todavía no hay nada. Bueno, “Aceptar”. Acá debo tener que poner mi cara, voy a poner esta en la que no estoy tan pelado. La puta, cómo pasan los años. Hace diez tenía algunas canas, hace quince tenía todo el pelo y estaba largo. Me parece que voy a dejar que crezca de nuevo. Sí, me gusta, jovato, medio pelado arriba pero con el pelo largo atrás, socialista —ni trotskista, ni leninista, socialista a secas— como siempre, cínico e idealista, como me dijeron, y con perfil en la red. Quizás hasta consiga novia y todo.

Bueno, las fotos ya están. ¿Y ahora? Voy a buscar gente conocida. Primero, los de la época de la militancia. “Susana Marecchio”, buscar, “hay diez personas con Susana Marecchio”. La Negra Susy, ¿qué será de ella? A ver esta, se parece. Susana Marecchio, Bahía Blanca, Argentina, intereses: agricultura orgánica, jazz, yoga. Podría ser, la foto es muy chiquita, yo la invito. Listo. “Invitar amigo”. “Aaron Duskavsky”, el rusito, ¿estará? “Buscar”… “No hay resultados”… ¿tendrá algún apodo? Pruebo con Ary, como le decía la madre. “Ary Duskavsky”, “Buscar”… “Hay una concidencia”, un pelado de lentes, no se parece mucho, pero dale, lo invito igual.

“Partido Socialista”, “Buscar”… Trescientas dos coincidencias. “Carlos Garré”… Cinco coincidencias. “Alina Suárez”, tres. “Pedro Santillán”, once. “Javier Echeguren”, nada. Ja, ja, me acordé del apodo, “Javier E-Che”, “Una coincidencia”. ¡Mierda, están casi todos! “Ary Duskavsky ha aceptado tu solicitud de amistad”. ¡El primero! ¿Y yo dónde estaba? Esto es una basura, pero me gusta.

A las cinco de la madrugada, Pablo se dio cuenta de que llevaba seis horas conectado en esa red, sumaba cincuenta y tres amigos, estaba registrado como seguidor de dieciocho agrupaciones sociales y políticas —casi todas de izquierda—, había sido aceptado en catorce grupos y tenía confirmada la asistencia a

seis eventos, los cuales ya ni recordaba de qué se trataban y menos cuándo y dónde eran.

Mejor me pego una ducha y desayuno, así llego temprano a la oficina.

—Buen día, Ramírez, ¿cómo va con lo que le encargué?

—Buen día, señora. Bien. Trato de entender.

—¿De entender qué, Ramírez?

—Hace tiempo que me di cuenta de que los humanos, las personas, muchas veces hacemos lo que hacemos sin saber con certeza por qué lo hacemos.

—Mire, Ramírez, no estoy para filosofía. Le pido, en realidad le reitero, que se concentre en el objetivo de esta campaña. Preséntame una propuesta sobre la estrategia que vamos a implementar en la red social. La necesito para el viernes antes del mediodía. A la tarde tengo una reunión con el director para ver este tema.

—Pero, señora, hoy es miércoles, es muy poco tiempo.

—*"Time is money"*, Ramírez. Y por si no lo sabe, no nos sobra ni *time*, ni *money*. Viernes a las doce, último plazo. Por escrito, en un archivo que sirva para proyectar en la sala de reuniones.

Mientras caminaba hacia el baño, Ramírez pensaba en qué iba a preparar para el viernes. Estaba casi en cero, solamente había armado su perfil en la red. Si bien es cierto que se había enganchado toda la noche, sentía que eso no era para él. Pensaba que ese era un espacio hueco, hipócrita, exhibicionista. Si a eso le sumaba el hecho de tener que ser el responsable —en realidad, se veía cómplice— de imponer los intereses de la empresa a otras personas, sentía algo muy parecido a la náusea.

Sus pensamientos y sensaciones fueron interrumpidos cuando se cruzó con Sanjurjo. Nunca le perdonaría el día en que este individuo despreciable —así lo catalogó Ramírez— intentó acercarse a su hija. Ella tenía quince años y el hijo de puta, cuarenta.

—Y, Ramírez, ¿me vas a aceptar como amigo?

—¿Amigo? ¿Vos?

—Te mandé una solicitud en la red social, ¿no la viste? Fijate en tu celular.

—¿Vos amigo mío? Mi celular es para hablar por teléfono.

—Sí, flaco, la red es para eso, para juntar amigos. ¿Tu celular no tiene Internet?

—¿Vos tenés idea de lo que significa esa palabra?

—Y si no querés amigos, ¿para qué armaste tu perfil? Eso está ahí, es para usarlo.

—Mirá, Sanjurjo, usar se usan la medias, la cama, una cuchara, no las personas.

—Ese es un pensamiento del siglo pasado. Ponete en onda, Ramírez. El que está ahí está para que lo miren.

—Sí, claro, "coma mierda, tantos millones de moscas no pueden estar equivocadas".

—¿De qué hablás, Ramírez? Mirá que sos difícil.

Tal vez este pelotudo tenga algo de razón y yo me haya quedado en los setentas junto a los ideales. Pero no me puedo traicionar, no de esta manera. No lo hice cuando me apretaron los milicos, no lo voy a hacer ahora con esta mierda. ¿Tanto cambió todo en treinta años? Antes, cuando nos querían hacer callar, nos tenían que encontrar; ahora, con escribir el nombre y apretar en "Buscar" nos tienen en la palma de la mano, a nosotros, a nuestros amigos, nuestros gustos, nuestros libros, hasta la foto del perro tienen. Claro, las dictaduras cambiaron, se modernizaron. Hoy manda el puto mercado, los gustos del consumidor, eso somos: consumidores consumidos.

Dicen que las redes sociales unen a la gente, otra pelotudez. Un asado, una paella, unos vinos, un café, eso une a la gente. Personas que se juntan, conociéndose, compartiendo, discutiendo, sonriendo…, viviendo. No podemos ser tan ciegos, no podemos.

—Disculpe, señora, ¿puedo pasar?

—Sí, Ramírez, pase, ¿quiere un café?

—No, gracias. Es algo breve. Le quiero decir algo que estuve pensando sobre la campaña, la red, la empresa y el hecho de que me haya elegido.

—Soy toda oídos, Ramírez.

—¡Renuncio!

Impreso en Buschi Express
durante el mes de abril de 2014

http://buschiexpress.com.ar
Ferré 2250, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, República Argentina
(011) 4918-3035